

4 RS EN MADRID

4 RS EN PROVINCIAS

BUG-JARGAL

POR
VICTOR HUGO



J. GRACIA
EDITOR
MADRID

LIT. DESEGAÑO 14



BUG-JARGAL

JESÚS GRACIÁ, EDITOR

BUG-JARGAL

NOVELA ESCRITA EN FRANCES

POR

MR. VÍCTOR-HUGO

TRADUCIDA DE LA ÚLTIMA EDICION FRANCESA

POR

MANUEL CUBAS



MADRID

ADMINISTRACION

Calle del Olivar, núm. 6, principal derecha.

1881

ESTADO GRACIA, SINTAS

BUG-JARGAL

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

— 101 —

M. R. VICTOR-HUGO

TRADUCCIÓN DE EL ÚNICO Y ÚNICO

— 102 —

MANUEL CUBAS

MADRID

DE MONTAÑANA Y CA

1881

MADRID: 1881.—Imp. de Moreno y Rojas, Isabel la Católica, 10.

BUG-JARGAL

I.

..... Cuando le correspondió el turno al capitán Leopoldo de Auverney, declaró á todos aquellos señores que no recordaba ningun acontecimiento de su vida que mereciese la pena de contarse.

—Pero, capitán,—le dijo el teniente Enrique;—vos habeis viajado y recorrido mucho mundo; habeis visitado las Antillas, Africa, Italia, España... Pero ¿qué es esto? ¡Ah! Aquí teneis á vuestro perro cojo.

Auverney se estremeció, dejó caer á tierra su cigarro y se volvió bruscamente á la entrada de la tienda de campaña en el momento en que un enorme perro corria cojeando hácia él. El perro aplastó al pasar el cigarro del capitán, pero éste no fijó en ello la atención. El perro le lamió los piés, le sacudió con su cola, dió vueltas saltando alrededor de su amo, y por último se echó á su lado. El capitán, conmovido, le acariciaba maquinalmenté con la mano izquierda y con la otra desabrochaba las carrilleras de su casco, diciendo de vez en cuándo:

—¡Rask, tú por aquí!—Y despues añadió:—pero ¿quién te ha traído?

—Con vuestro permiso, mi capitan...

Hacia ya algunos minutos que el sargento Tadeo tenía levantada la cortina de entrada de la tienda y permanecía en pié, con el brazo derecho envuelto en su capote militar, con los ojos cubiertos de lágrimas y contemplando en silencio el desenlace de aquella escena. Por fin aventuró aquellas palabras:

—Con vuestro permiso, mi capitan...

Auverney levantó los ojos.

—¡Eres tú, Tad! ¿Cómo diablos has conseguido?.. ¡Pobre perrol! yo te creía en el campo inglés. ¿Dónde le has encontrado?

—A Dios gracias, vos me veis, mi capitan, tan alegre como vuestro señor sobrino cuando le mandais declinar, *nominativo genu*, la rodilla; *genitivo genu*, de la rodilla...

—Pero, dime, ¿dónde le has encontrado?

—No me lo he encontrado, mi capitan; he ido á propósito á buscarle.

El capitan se levantó y tendió su mano al sargento; pero la mano de éste continuó envuelta en su capote.

El capitan no fijó su atención en esta circunstancia.

—Es que..... ya podeis conocer, mi capitan..... Desde que el pobre Rask desapareció, noté, dicho sea con vuestro permiso, que os faltaba algunas cosa. Para deciroslo todo, creo que la noche que no vino como de costumbre á participar de mi pan de munición, poco faltó para que el viejo Tad se pusiese á llorar como un chiquillo. Pero no, á Dios gracias, yo no he llorado más que dos veces en mi vida; la primera... el dia en que...— y el sargento miró á su capitan con inquietud.—La

segunda, cuando á aquel bribon de Baltasar, cabo de la sétima media brigada, tuvo la ocurrencia de restregarme contra los ojos un manojo de cebollas.

—Me parece, Tadeo,—exclamó riendo el teniente Enrique,—que os habeis dejado sin decir el motivo por el cual llorásteis la primera vez.

—Será sin duda cuando recibí un abrazo de Latour de Auvernia, el primer granadero de Franesi,—dijo afectuosamente el capitán sin dejar de acariciar á su perro.

—No, mi capitán; si el sargento Tadeo ha llorado, no ha podido ser, y vos convendreis en ello, sino el día en que mandó ¡fuego! sobre Bug-Jargal, llamado también Perico.

Una nube de tristeza cubrió las facciones de Auverney; se acercó vivamente al sargento y quiso estrecharle la mano; pero el viejo sargento, insensible á aquella distincion honorífica, continuaba ocultando tenazmente la suya bajo el capote.

—Sí, mi capitán,—continuó Tadeo retrocediendo algunos pasos, mientras Auverney fijaba en él sus miradas llenas de angustia;—sí, yo lloré aquella vez porque lo merecía. Es verdad que era un negro; pero también es negra la pólvora de cañón... y... y...

El buen sargento hubiera querido de buena gana concluir su bizarra comparacion; pero en vano procuró encontrar la salida á su frase. Por fin, declarándose vencido en su pensamiento, hizo un brusco movimiento y prosiguió, sin preocuparse de las sonrisas de los jóvenes oficiales que le escuchaban:

—Decid, mi capitán, ¿os acordáis de aquel pobre negro que llegó jadeando en el mismo instante en que sus diez camaradas estaban allí?... Había sido necesario mandarlos atar; yo era el responsable, y cuando

él mismo empezó á desatarlos para colocarse en su lugar, ellos no querian permitirlo; pero él se mantuvo inflexible. ¡Oh! ¡Qué hombre! Y despues, cuando se colocó allí como si fuera á entrar en baile, y su perro, este Rask que está aquí presente, se abalanzó á mi garganta...

—Por lo regular, Tad,—interrumpió el capitan,—siempre que cuentas ese relato, al llegar á ese punto nunca dejas de hacer algunas caricias á Rask; mira, mira cómo fija los ojos en tí.

—Teneis razon,—dijo Tadeo con cierto embarazo;—pobre Rask, cómo me mira pidiéndome una caricia; pero la vieja Malagrida dice que es malo acariciar con la mano izquierda.

—¿Y por qué no le acaricias con la mano derecha?—preguntó sorprendido Auverney, observando entónces por la primera vez la mano del sargento envuelta en el capote y las pálidas facciones de Tadeo. La turbacion de éste pareció redoblarse.

—Con vuestro permiso, mi capitan; es que... ¡vos teneis un perro cojo y temo que vais tambien á tener un sargento manco!

El capitan se lanzó de su asiento.

—¡Cómo! ¡Qué dices! Tú, mi viejo Tadeo, tú manco. Veamos tu brazo. ¡Manco! ¡Gran Dios!

Auverney se estremeció; el sargento desdobló lentamente su capote y ofreció á los ojos de su jefe su brazo envuelto en un pañuelo ensangrentado.

—¡Dios mio! — exclamó el capitan levantando el lienzo con precaucion. — Pero, dime, ¿cómo ha sido esto?

—La cosa más sencilla del mundo. Ya os he dicho que habia notado vuestra tristeza desde que esos mal-

ditos ingleses nos habian robado nuestro hermoso perro, el pobre Rask, el dogo de Bug... ¡Basta! Resolví entónces traerle, aunque me costase la vida, para poder comer con apetito. Para ello, despues de recomendar á Matelet, vuestro asistente, que cepillase bien vuestro uniforme de gala, porque mañana tendremos combate, me salí callandito del campamento, sin más armas que mi sable, y atravesé por el bosque para llegar más pronto al campo de los ingleses. Todavía no habia llegado á los primeros atrinchamientos, cuando en un bosquecillo á mano izquierda ví un gran grupo de soldados encarnados. Avancé para husmear lo que era, y como no fijaron su atencion en mí, pude ver que en medio de ellos estaba Rask atado á un árbol, miétras que dos de aquellos milores, desnudos hasta la cintura como dos paganos, se daban sobre los huesos atroces puñetazos, que sonaban como el bombo de la música de un regimiento. Eran dos ingleses que se batian en duelo disputándose vuestro perro. En esto Rask reparó en mí, y tiró con tanta fuerza de su collar que rompió la cuerda, y en un abrir y cerrar de ojos estuvo sobre mis huellas. Ya podeis imaginaros que los otros no se quedarían atras: yo me escabullí por el bosque; Rask me siguió, y muchas balas silbaron en mis oidos. Rask ladraba, pero dichosamente ellos no podian oirle á causa de sus gritos *¡frenck dog! ¡frenck dog!* como si vuestro perro fuese frances, siendo un hermoso perro de la isla de Santo Domingo. A pesar de todo, atravesé el bosque, y ya estaba cerca de su salida, cuando dos *encarnados* se presentaron delante de mí. Mi sable me libró de uno de ellos, y me hubiera librado del otro tambien si su pistola no hubiera estado cargada... ¡ya

vois mi brazo derecho! No importa; *frenck dog* le saltó al cuello como un antiguo camarada; os respondo que el abrazo fué rudo; el inglés cayó estrangulado. Por fin, Tad está ya de vuelta en el campamento y Rask tambien. Lo único que siento es que esto no me haya sucedido en la batalla que se dispone para mañana. ¡Cómo ha de ser!

Las facciones del viejo sargento parecian tomar un tinte de tristeza á la idea de que su herida no procedia de una batalla.

—¡Tad! — exclamó el capitán con tono irritado. Despues añadió con más dulzura: —¿Como has sido tan loco para exponerte así por un perro?

—No ha sido por un perro, mi capitán; ha sido por Rask.

El rostro de Auverney se tranquilizó de pronto.

El sargento continuó:

—Por Rask, el perro de Bug...

—¡Basta, basta, mi viejo Tad!—exclamó el capitán llevando la mano á sus ojos.—Vamos,—añadió despues de un corto silencio:—apóyate en mí, y vamos á la ambulancia.

Tadeo obedeció despues de una resistencia respetuosa. El perro, que durante esta escena habia roído de alegría la piel de oso que servia de alfombra á su amo, se levantó y siguió á los dos.

II.

Este episodio excitó vivamente la atención y la curiosidad de los alegres narradores. El capitán Leopoldo de Auvern y era uno de esos hombres que cualquiera que fuese el escalon que el azar de la naturaleza y el movimiento de la sociedad les colocase, siempre inspiran cierto interés mezclado de respeto. A primera vista no había en él nada de extraordinario: sus maneras eran finas, su mirada indiferente. El sol de los trópicos, tostando su rostro, no le había dado aquella vivacidad de gestos y palabras que se une en los criollos á un abandono con frecuencia lleno de gracia. Hablaba poco, escuchaba raramente, y se manifestaba siempre dispuesto á obrar. Siempre el primero á caballo, y el último en guarecerse bajo la tienda, parecía buscar en las fatigas corporales una distracción á sus pensamientos. Estos pensamientos, que habían grabado su triste severidad en las arrugas precoces de su frente, no eran de aquellos que se desechan ó se comunican, y de aquellos que en una conversación frívola se mezclan de buen grado á las ideas de otro. Los trabajos de la guerra no habían conseguido doblegar su cuerpo; pero las luchas del espíritu habían fatigado su alma: huía de las discusiones

como buscaba las batallas. Si alguna vez se dejaba llevar en un debate, pronunciaba tres ó cuatro palabras llenas de sentido; despues, en el momento de convencer á su adversario, se detenía de repente diciendo: *¿Y para qué?* Y salía para preguntar ó mandar lo que había de hacerse mientras se esperaba la hora de la carga ó del asalto.

Sus camaradas excusaban sus frias costumbres, tan reservadas como taciturnas, porque siempre le encontraban valiente, bueno y afable. Había salvado la vida de muchos de ellos con riesgo de la suya, y sabían que si su boca se abría rara vez, en cambio su bolsillo jamás estaba cerrado. Era querido en el ejército, y se le perdonaba hasta hacerse casi respetar.

Era jóven: apenas se le hubieran dado treinta años, y aún estaba lejos de tenerlos. Aunque militaba hacia ya bastante tiempo en las filas republicanas, se ignoraban sus aventuras. El solo sér que además de Rask le arrancaba alguna viva demostracion de afecto, era el viejo sargento Tadeo, que había ingresado en el cuerpo al mismo tiempo que él, y que no le dejaba jamás; contaba alguna vez, pero muy vagamente, algunas circunstancias de su vida. Sabíase que Auverny había sufrido grandes desgracias en América; que habiéndose casado en Santo Domingo, había perdido á su mujer y toda su familia en medio de las matanzas que marcaron la invasion revolucionaria en aquella magnífica colonia. En aquella época eran tan comunes los infortunios de este género, que se había formado para ellos una especie de piedad general, en la cual cada uno dejaba y tomaba su parte. Compadeciase al capitán no por las pérdidas que había sufrido, sino por su modo de sufrirlas, porque, en efecto, á traves de su

indiferencia glacial se adivinaba muchas veces una llaga interior é incurable.

Apénas empezaba una batalla, su frente se mostraba serena; en el combate aparecía intrépido como si tratase de merecer ser nombrado general, y después de la victoria se manifestaba tan modesto como si sólo tratase de ser un simple soldado. Sus camaradas, viendo su desden por los grados y honores, no comprendían por qué en el momento de la lucha parecía aspirar á algo, y no adivinaban que entre todas las peripecias de la guerra la única que buscaba el capitán era la muerte. Los representantes del pueblo comisionados cerca del ejército, le nombraron un día jefe de brigada sobre el campo de batalla; rehusó, porque separándose de su cuerpo tenía que separarse del sargento Tadeo. Algunos días después se ofreció para mandar una expedición peligrosa, y volvió sano y salvo de ella contra lo que se esperaba. Entónces le oyeron echar de ménos el grado que había rehusado:

—Porque,—decía,—puesto que el cañon enemigo me respeta siempre, la guillotina, que cae sobre los que se elevan, podrá acordarse de mí.

III.

Tal era el hombre respecto del cual, apenas salió de la tienda, se entabló la conversacion siguiente:

—Apostaria, — exclamó el teniente Enrique limpiando sus botas, sobre las cuales el perro habia dejado al pasar una mancha de barro, —apostaria á que el capitán no daba la pata rota de su perro por esas diez cestas de vino de Madera que vimos el otro dia en el furgon grande del general.

—¡Chist! ¡chist!—dijo alegremente el ayudante de campo Pascual;—eso sería una mala compra. Las cestas ya están vacías: sé de esto alguna cosa, y—añadió con gravedad—treinta botellas destripadas no valen ciertamente, y vos mismo convéndreis en ello, mi teniente, la pata de ese pobre perro, que despues de todo, todavía puede servir para el tirador de una campanilla.

Los concurrentes rompieron á reir estrepitosamente del tono grave con que el ayudante de campo pronunció estas últimas palabras. Sólo el jóven Alfredo no tomó parte en la hilaridad, y repuso con aire descontento:

—No veo, señores, en qué puede prestarse á la burla lo que acaba de suceder. Ese sargento y ese perro que siempre he viste al lado de Auverney desde que le co-

nozco, me parecen, por el contrario, muy dignos de despertar el mayor interes. Y despues de todo, esta escena...

Pascual, picado y descontento, le interrumpió:

—Efectivamente, esta escena es muy sentimental. ¡Vaya, y cómo no! Un perro encontrado y un brazo roto.

—Capitan Pascual, no teneis razon,—dijo Enrique arrojando fuera de la tienda la botella que acababa de vaciar.—Ese Bug... llamado tambien Perico, excita singularmente mi curiosidad.

Pascual, dispuesto á enfadarse, se apaciguó notando que su vaso, que creia vacío, estaba lleno. Auverney entró, y fué á sentarse á su sitio sin pronunciar una palabra. Su aire era pensativo, pero su rostro denotaba más tranquilidad. Parecia tan preocupado, que no oia nada nada de cuanto pasaba á su alrededor. Rask, que le habia seguido, se acostó á sus piés, mirándole con aire inquieto.

—Vuestro vaso, capitan Auverney. Probad de este...

—¡Oh! gracias á Dios,—contestó el capitan creyendo responder á la pregunta que se le dirigia,—la herida no es peligrosa; el brazo no está roto.

El respeto involuntario que el capitan inspiraba á todos sus compaderos de armas, contuvo la carcajada dispuesta á estallar en los labios de Enrique.

—Puesto que ya no estais tan inquieto respecto de Tadeo,—dijo,—y que hemos convenido en contar cada uno alguna de nuestras aventuras para abreviar esta noche de vivac, espero, querido amigo, que cumplireis con vuestro compromiso contándonos la historia de vuestro perro cojo y de Bug... no se qué, llamado Perico, de ese verdadero Gibraltar.

A esta demanda hecha en un tono medio serio y medio en broma, Auverney no hubiera respondido si todos no hubieran juntado sus instancias á las del teniente. Por fin cedió á sus ruegos.

—Voy á satisfaceros, señores; pero no esperéis más que el relato de una historia muy sencilla, en la cual no represento más que un papel muy secundario. Si la intimidad que existe entre Tadeo, Rask y yo os ha hecho esperar alguna cosa extraordinaria, os prevengo que os habeis engañado. Empiezo.

Reinó entonces un profundo silencio. Pascual vació de un trago su copa, y Enrique se envolvió en la piel de oso medio roida para precaverse del frío de la noche. El capitán permaneció un momento pensativo, como llamando á su pensamiento los recuerdos de acontecimientos reemplazados por otros largo tiempo ya, y después tomó la palabra lentamente, casi en voz baja y con frecuentes pausas.

IV.

—Aunque nacido en Francia, fui enviado muy joven á Santo Domingo á casa de uno de mis tios, colono muy rico, y con cuya hija debia casarme. Las habitaciones de mi tio estaban cercanas al fuerte Galifet, y sus plantaciones ocupaban la mayor parte de las llanuras del Acul. Esta desgraciada posicion, cuyo detalle os parecerá de poca importancia, fué una de las primeras causas de los desastres y de la ruina total de mi familia.

Ochocientos negros cultivaban los inmensos dominios de mi tio. Os confieso que la triste condicion de estos esclavos estaba aún más agravada con la insensibilidad de su amo. Mi tio era del número, por fortuna poco considerable, de aquellos plantadores á quien una larga costumbre de despotismo, el más absoluto, habia endurecido el corazon. Acostumbrado á ser obedecido á la primera ojeada, la menor demora por parte de un esclavó era castigada con los más duros tratamientos, y con frecuencia, la intervencion de sus hijos no servia más que para aumentar su cólera. Por lo tanto, nos veíamos obligados á consolar en secreto los males que no podíamos evitar.

—Todo eso no son más que palabras y frases de

efecto,—dijo Enrique en voz baja inclinándose al oído de su vecino.—Me parece que el capitán no dejará de hablarnos de las desgracias de los *ex-negros* sin alguna disertación sobre los deberes que impone la humanidad, etc., etc. Parece que estamos en el club Masiac.

El club Masiac á que se refería el teniente Enrique, era una asociación de *negrófilos*, formado en París al principio de la revolución, y que provocó la mayor parte de las insurrecciones que estallaron entonces en las colonias. La ligereza un poco atrevida con que el joven teniente se burlaba de los filántropos que reinaban en aquella época por gracia del verdugo, se explica recordando que ántes y despues del Terror, la libertad de pensar y de hablar se había refugiado en los campamentos. Este noble privilegio solía de vez en cuando costar la cabeza á un general.

El capitán Auverney oyó las observaciones del teniente Enrique, aunque habían sido hechas en voz baja, pero no prestó atención alguna á ellas y prosiguió su relato.

—Entre todos aquellos esclavos, sólo uno había hallado gracia en mi tío. Era un enano español *griffe* de color, que le había regalado lord Effingham, gobernador de la Jamáica. Mi tío, que había residido largo tiempo en el Brasil, había contraído las costumbres del fausto portugués y se complacía en rodearse en su casa de un aparato en armonía con sus riquezas. Numerosos esclavos, dedicados al servicio como criados europeos, daban á su casa un aspecto casi señorial; y para que nada faltase había hecho del esclavo regalado por lord Effingham, su *loco*, á imitación de los antiguos príncipes feudales que tenían bufones en sus

cortes. La eleccion no podía ser más acertada. Habibrah, así se llamaba el esclavo, era uno de esos seres cuya configuracion fisica es tan extraña, que parecerian mónstruos si no causasen risa. El horrible enano era grueso, pequeño, barrigudo y se movia con una rapidez singular sobre sus pequeñas y flacas piernas, que cuando se sentaba se replegaban debajo de él como las patas de una araña. Su cabeza enorme, pesadamente hundida entre sus hombros y erizada de una lana rojiza y espesa, estaba acompañada de dos orejas tan enormes, que sus camaradas decian que se enjugaba con ellas los ojos cuando lloraba. Su rostro era una mueca continua y nunca la misma, lo que daba á su fealdad la ventaja de lo variable. Mi tio le queria á causa de su rara deformidad y por su inalterable alegría. Habibrah era, pues, su favorito. Mientras que los otros esclavos estaban rudamente abrumados de trabajo, Habibrah no tenía otra ocupacion que ir detras de su amo con un gran abanico de plumas de pájaros del paraiso para espantar los mosquitos. Comia á los piés de mi tio sobre una estera de junco y le daba siempre en su propio plato algunos restos de sus más predilectos manjares. El esclavo, por su parte, se mostraba reconocido á aquellas bondades, y no usaba de sus privilegios de bufon de decir y hacer cuanto se le antojase sino para divertir á su amo con mil chanzonetas mezcladas de contorsiones, y á la menor señal corria á sus piés con la agilidad de un mono y la sumision de un perro.

A mí me repugnaba este esclavo; encontraba alguna cosa de disgusto en su servilismo, porque si la esclavitud no deshonra, la adulacion servil envilece. Experimentaba un sentimiento de piedad benévola por

los desgraciados negros á quienes veia trabajar todo el dia sin que ninguna vestidura ocultase su cadena; pero aquel sér deforme, aquel esclavo holgazan con sus ridículos vestidos galoneados y cubiertos de cascabeles, me inspiraba el más profundo desprecio. Desde luégo, el enano no usaba bien del crédito que sus bajezas le daban con el patron comun para con sus demas hermanos de infortunio, porque jamás habia pedido gracia á un amo que prodigaba tan frecuentes castigos; por el contrario, un dia en que se creia solo con mi tio, le oí que le exhortaba á redoblar su severidad contra sus infortunados camaradas. A pesar de esto, los otros esclavos no parecian aborrecerle, sino que les inspiraba una especie de temor respetuoso que en nada se parecia al rencor; y cuando le veian pasar por entre sus chozas con su enorme bonete puntiagudo, adornado de campanillas y figuras rojas, decian en voz baja los unos á los otros: Es un *obi* (hechicero).

Estos detalles, sobre los cuales ahora me fijo y llamo vuestra atencion, señores, me preocupaban entónces muy poco. Dedicado por completo á las puras emociones de un amor que nada parecia turbar, de un amor nacido y sentido desde la infancia por la mujer que se me habia destinado, no concedia sino miradas de distraccion á todo lo que no fuese Maria. Acostumbrado desde mi más tierna edad á considerar como mi futura esposa la que casi era mi hermana, se habia formado entre nosotros una ternura cuya naturaleza aún no comprendia, porque nuestro amor era una mezcla de afecto paternal, de exaltacion apasionada y de confianza conyugal. Pocos hombres han visto deslizarse sus primeros años más dichosos que yo;

pocos hombres han sentido ensancharse su alma bajo un cielo más hermoso, en un acorde más delicioso de ventura para el presente y de esperanza para el porvenir. Rodeado casi desde la cuna de todas las comodidades de la riqueza, de todos los privilegios del rango en un país donde el color basta para darle, pasando los días al lado del sér que era dueño de todo mi amor, viendo este amor favorecido por mis parientes, y todo esto en una edad en que la sangre hierve y en un país de perpetuo estío y de admirable naturaleza, ¿qué faltaba para darme una fe ciega en mi estrella afortunada? Puedo decir que pocos hombres han visto trascurrir más felices sus primeros años.

El capitán se detuvo un momento como si le faltase la voz al evocar aquellos recuerdos de ventura. Después prosiguió con un acento de profunda tristeza:

—En cambio, ahora tengo el derecho de decir, que ninguno verá deslizarse más tristemente sus últimos días.

Y como si sacase fuerzas del sentimiento de su desgracia, continuó con voz más tranquila.

V.

En medio de aquellas ilusiones y ciegas esperanzas cumplí mis veinte años. Era el mes de Agosto de 1791, y mi tío fijó esta época para celebrar mi union con María.

Ya comprendereis que el pensamiento de tan próxima felicidad absorbía todas mis facultades, y cuán vago debe ser el recuerdo que me queda de los debates políticos en que aquella colonia estaba agitada hacia ya dos años. No os hablaré, por lo tanto, ni del conde de Peinier, ni de M. de Blanchulande, ni del desgraciado coronel Mandiut, cuyo fin fué tan trágico. No os pintaré las rivalidades de la Asamblea *provincial* del Norte, ni de la Asamblea *colonial*, que tomó el título de Asamblea *general* porque la palabra *colonial* olía á esclavitud. Estas miserias que entónces agitaban todos los espíritus, no ofrecen hoy más interes que por los desastres que han producido; en cuanto á mí, en aquellas rivalidades que dividian al Cabo y á Puerto-Príncipè, si tenía una opinion debia ser necesariamente en favor del Cabo, en cuyo territorio habitábamos, y de la Asamblea provincial, de la cual era miembro mi tío.

Sólo una vez me sucedió tomar una parte algo viva

en los asuntos del día, y fué en ocasion del desastroso decreto de 15 de Mayo de 1791, por el cual la Asamblea nacional francesa declaraba á los hombres libres de color con igualdad de derechos políticos que los blancos. En un baile dado por el gobernador en la ciudad del Cabo, muchos jóvenes colonos hablaban con vehemencia de esta ley que lastimaba tan cruelmente su amor propio; yo aún no habia tomado parte en su conversacion, cuando ví acercarse al grupo un rico plantador que los blancos admitian entre ellos con alguna dificultad y cuyo color equívoco hacia sospechar su origen. Avancé bruscamente hácia este hombre y le dije en alta voz: «Pasad de largo, caballero, que aquí se dicen cosas desagradables para vos que teneis *sangre mestiza* en las venas.» Estas palabras le irritaron hasta el punto de provocarme á un duelo, en el cual ambos salimos heridos. Confieso que no tuve razon en provocarle, porque es seguro que sólo por lo que se llama el *prejuzgado del color* no me hubiera bastado para ello; este hombre hacia algun tiempo que se habia atrevido á poner los ojos en mi prima y acababa de bailar con ella en el momento en que yo le humillaba de un modo tan inesperado.

De todos modos, yo veia avanzar con embriaguez el momento en que iba á ser el dueño de María, y permanecia extraño á la efervescencia siempre creciente que hacia arder las cabezas á mi alrededor. Con los ojos fijos en la ventura que se acercaba, no veia la nube terrible que cubria ya casi todos los puntos de nuestro horizonte político y que debia al estallar romper tantas existencias. Los espíritus, aún los más propensos á alarmarse, no se preocupaban gran cosa de la rebelion de los esclavos, porque se despreciaba

demasiado á esta clase para temerla; pero existia entre los blancos y los mulatos libres bastante rencor para que el volcan, largo tiempo comprimido, trastornase toda la colonia en el temible momento de estallar. Desde los primeros dias del mes de Agosto, tan ardientemente deseado por mí, un incidente extraño vino á mezclar una inquietud imprevista en mis tranquilas esperanzas.

VI.

Mi tío había hecho construir á orillas de un lindo riachuelo que bañaba sus plantaciones, un pabelloncito de ramaje rodeado de un macizo de árboles espesos, donde iba mi prima todos los días á respirar las dulzuras de las brisas del mar, que durante los meses más calurosos del año soplan seguramente en Santo Domingo desde por la mañana hasta por la noche, y cuya frescura aumenta ó disminuye con el mismo calor del día. Yo tenía el cuidado de adornar este retiro con mi propia mano, y todas las mañanas, con las más hermosas flores que podía recoger.

Un día, María vino corriendo á mi encuentro toda atemorizada. Había como de costumbre entrado en su verde gabinete, y había visto, con una sorpresa mezclada de terror, arrojadas por el suelo y pisoteadas las flores con que yo había adornado su retiro aquella mañana, y en su lugar y en el sitio donde ella acostumbraba á sentarse, un ramillete de flores silvestres. Apenas había vuelto de su estupor, cuando oyó los acordes de una guitarra salir de entre los árboles que rodeaban el pabellon; despues, una voz que no era la mia empezó á cantar dulcemente una cancion que le había parecido española, y en la cual su turbacion y

tal vez su pudor de vírgen le habian impedido comprender otra cosa que su nombre, repetido con frecuencia. Entónces acudió á una fuga precipitada, que por fortuna no encontró obstáculo. Aquel relato me llenó de indignacion y de celos, y mis primeras conjeturas se dirigieron sobre el *mestizo* libre, con el cual habia tenido recientemente un altercado; pero en la perplejidad en que estaba sumido, resolví no proceder ligeramente. Tranquilité á la pobre María, y prometí velar sin descanso sobre ella hasta el momento próximo en que me estuviera permitido protegerla más de cerca.

Presumiendo que el audaz cuya insolencia habia asustado á María no se contentaria con esta primera tentativa para hacerla conocer lo que yo adivinaba ser su amor, me puse en acecho desde aquella misma noche alrededor del edificio donde habitaba mi prometida, apénas todos estaban en la plantacion entregados al sueño. Oculto en el espesor de las altas cañas de azúcar y armado de mi puñal, esperé y no esperé en vano. Hácia la media noche, un prelude grave y melancólico se dejó oír cerca de mí, en medió del general silencio, y despertó bruscamente mi atencion. Era el sonido de una guitarra que me hizo el efecto de una fuerte sacudida, y que partia debajo de la misma ventana de María. Furioso, blandiendo mi puñal, me lancé al sitio donde salian aquellos acordes, rompiendo bajo mis pasos los tallos quebradizos de las cañas de azúcar. De repente sentí que me asian y arrojaban en tierra con una fuerza que me pareció prodigiosa; mi puñal me fué violentamente arrancado, y le ví brillar alrededor de mi cabeza, al propio tiempo que dos ojos ardientes chispeaban en la sombra cerca de

los míos, y una doble fila de blancos dientes que entreveía en las tinieblas se abrían para dejar pasar estas palabras pronunciadas con el acento del furor:

—¡Te tengo, te tengo!

Más aturdido que atemorizado, en vano forcejeaba contra mi formidable adversario, y ya la punta del puñal buscaba paso á través de mis vestidos, cuando María, á quien el sonido de la guitarra y despues el ruido de la lucha habian despertado, apareció de repente en su ventana. Reconoció mi voz, vió brillar el acero, y arrojó un grito de angustia y de terror. Aquel grito paralizó la mano de mi antagonista victorioso; se detuvo como petrificado por un encanto, y despues soltó el arma de repente.

—No, —dijo;—ella lloraría mucho.

Diciendo estas palabras desapareció, y ántes que yo pudiera levantarme martirizado por aquella lucha, ni el más ligero ruido, ni el más pequeño vestigio quedaba de su presencia y de su paso.

Difficilmente podré explicar lo que en aquel momento pasó por mí cuando volviendo de mi estupor me encontré entre los brazos de mi María, á la cual habia sido conservado por aquel mismo que al parecer pretendia disputármela. Yo estaba más indignado que nunca contra aquel rival inesperado, y avergonzado de deberle la vida. En el fondo, me decia mi amor propio, es á María á quien se la debo, puesto que el puñal ha caído al imperio de su voz; sin embargo, no podia desconocer que habia algo de generosidad en el sentimiento que habia decidido á mi enemigo á respetarme. Pero este enemigo, ¿quién era? Yo me confundía en sospechas que se destruían las unas á las otras. No podia ser el plantador mestizo que los celos me

habian desde luégo designado; estaba muy léjos de tener aquella fuerza extraordinaria, y desde luégo la voz que oí no era la suya. El hombre con quien yo habia luchado me pareció que estaba desnudo hasta la cintura, y sólo iban así los esclavos de la colonia. Pero no podia ser un esclavo, porque el sentimiento á que cedió arrojando el arma, no podia pertenecer á un sér semejante, y despues, mi espíritu se sublevaba ante la idea de que un esclavo pudiese ser mi rival.

¿Quién era, pues? Resolví esperar y espiar.

VII.

María despertó á la anciana nodriza que la servia de madre, á quien habia perdido en la curra. Yo pasé el resto de la noche cerca de ella, y apenas apareció el dia, informamos á mi tío de aquellos inexplicables acontecimientos. Su sorpresa fué extremada; pero su orgullo, lo mismo que el mio, no se detuvo ante la idea de que pudiera ser un esclavo el amante desconocido de su hija. La nodriza recibió la orden de no abandonar ni un momento á María; y como las sesiones de la asamblea provincial, los cuidados que inspiraban á los principales colonos la actitud cada vez más amenazadora de los asuntos coloniales y los trabajos de las plantaciones no dejaban á mi tío reposo alguno, me autorizaban á acompañar á su hija en todos sus paseos hasta el dia de nuestro casamiento, que se fijó en el 22 de Agosto. Al propio tiempo, suponiendo que el nuevo enamorado no podia venir sino de fuera, se dispuso que el recinto de sus dominios fuese vigilado más severamente que nunca.

Tomadas estas precauciones, y de acuerdo con mi tío, quise tantear una prueba. Fui al pabellon del rio, y arreglando el desorden de la víspera, renové el adorno de flores con que acostumbraba á embellecerle para María.

Cuando llegó la hora en que tenía la costumbre de venir, me armé con mi carabina cargada con bala y propuse á mi prima acompañarla al pabellon. La anciana nodriza nos seguía. María entró la primera en el gabinete de follaje.

—Mira, Leopoldo,—dijo,—mi nido está en el mismo desórden en que ayer le dejé: mira tu obra destruida, tus flores arrancadas; y lo que más me extraña,—añadió tomando un ramillete de flores silvestres colocado sobre un banco,—es que este ramo no se ha marchitado nada desde ayer. Mira, amigo mio, parece que está recién cogido.

Quedé inmóvil y aturdido de cólera. En efecto, mi obra de por la mañana estaba destruida, y aquellas flores silvestres, cuya frescura extrañaba á la jóven, habian tomado insolentemente el sitio de mis rosas.

Me guardé muy bien de desengañarla por miedo de alarmarla mas.

—Cálmate,—me dijo, viendo mi agitacion;—cálmate; ya todo ha pasado, y ese insolente no volverá más.

Lo que segun ella no debia suceder más, habia ya sucedido, y la dejé arrojar á sus piés y pisotear las flores silvestres con inocente indignacion. Despues, esperando que llegase la hora de conocer al misterioso rival, la hice sentar en silencio entre su nodriza y yo.

Apénas lo verificamos, cuando María colocó su dedo entre mis labios; algunos sonidos debilitados por el viento y el ruido del agua acababan de llegar á sus oidos. Escuché; era el mismo prelude triste y acompasado que la noche anterior habia despertado mi cólera. Quise lanzarme de mi sitio, pero un gesto de María me detuvo.

—Leopoldo,—me dijo en voz baja,—detente; va á cantar, y tal vez por su cancion sepamos quién es.

En efecto, una voz cuya armonía tenía algo de quejumbrosa salió un momento despues del fondo del bosque y mezcló á las notas de la guitarra una romanza española, en que cada palabra resonaba tan profundamente en mis oidos que mi memoria puede aún reproducirla casi por completo.

«¿Por qué huyes de mí, María? ¿Por qué huyes de mí, hermosa jóven? ¿Por qué ese terror cuando me oyes? ¡Soy, en efecto, muy temible: yo sé amar, sufrir y cantar!»

«Cuando tu forma ligera y pura deslízase entre los troncos de los cocoteros del rio, una nube turba mis ojos y creo ver pasar un espíritu.

»Y si oigo los mágicos acentos que se escapan de tu boca como una melodía, me parece que mi corazón resuena palpitando en mis oidos mezclando un murmullo de queja á tu voz armoniosa.

«¡Ah! tu voz es mas dulce para mí que el canto de los pajarillos que agitan sus alas en el cielo y que vienen del lado de mi patria.

«De mi patria, donde era rey, donde era libre.

«Libre y rey, jóven hermosa, todo lo olvido por tí, todo. Reino, familia, deberes y venganza; sí, hasta la venganza, aunque pronto llegará el instante de coger este fruto amargo y delicioso á la vez y que tarda tanto en madurar.»

Estas estancias habian sido cantadas con pausas frecuentes y dolorosas; pero al acabar las últimas palabras, la voz tomó un acento terrible.

—«¡Oh María! tú te pareces á la esbelta palmera dulcemente balanceada sobre su tallo, y te miras en los

ojos de tu joven amante como se mira la palmera en las limpidas aguas de la fuente.

«Pero tú no sabes que hay algunas veces en el fondo del desierto un huracan celoso de la ventura de la fuente amada; que corre y se acerca mezclando el aire y la arena bajo el vuelo de sus pesadas alas; que envuelve al árbol y al manantial en un torbellino de fuego. Y la fuente se seca, y la palmera siente crisparse bajo el aliento mortifero el verde círculo de sus ramas que tenian la majestad de una corona y la gracia de una cabellera.

«¡Tiembla, blanca hija de la isla Española! Tiembla, no sea todo pronto á tu alrededor una tempestad y un desierto. Entonces echarás de menos el amor que te hubiera conducido hácia mí como el alegre Katha, el pájaro de salud, guía á traves de las arenas del Africa al viajero hácia la cisterna.

«¿Por qué rechazas mi amor? Yo soy rey, y mi frente se eleva por encima de todas las frentes humanas. Tú eres blanca y yo soy negro; pero el dia necesita reunirse á la noche para producir la aurora y el anochecer que son más bello que él.»

VIII.

Un largo suspiro, prolongado sobre las cuerdas temblorosas de la guitarra, acompañó estas últimas palabras. Yo estaba fuera de mí.

—¡Reyl! ¡negrol! ¡esclavol!

Mil ideas incoherentes despertadas por el inexplicable canto que acababa de oír bullerón en mi cerebro. Una violenta necesidad de concluir con el sér desconocido que se atrevía á asociar el nombre de mi prometida á sus cantos de amor y de amenaza se apoderó de mí. Cogí con mano convulsiva mi carabina y me precipité fuera del pabellon. María, atemorizada, trató de retenerme con sus brazos, pero ya me habia internado entre la espesura de árboles de donde habia partido la voz. Ojeé el bosque en todas direcciones, aparté con el cañon de mi arma todos los matorrales, di la vuelta á todos los árboles más corpulentos, agité las más altas ramas... Nada, nada, ¡y siempre nada! Aquellas pesquisas inútiles, unidas á las reflexiones inútiles tambien sobre la romanza que acabábamos de escuchar, mezclaban la confusion á mi cólera; el insolente rival se escapaba siempre á mi brazo y á mi espíritu; no podia encontrarle ni adivinarle...

En aquel momento, un ruido de campanillas y cas-

cabeles vino á sacarme de mis pensamientos. Me volví. El enano Habibrad estaba á mi lado.

—Buenos días, amo,—me dijo inclinándose con respeto.

Pero su mirada, oblicuamente dirigida sobre mí, parecía observar con una expresion indefinible de malicia y de triunfo la ansiedad que se pintaba sobre mi frente.

—Habla,—le dije con acento brusco;—¿has visto algo en el bosque?

—A nadie más que á vos, señor mio,—me respondió con tranquilidad.

—¿No has oido una voz?—repuse.

El esclavo permaneció un momento como buscando su respuesta.

—Pronto,—le dije,—responde pronto. ¿Has oido una voz?

Fijó atrevidamente en mis ojos los suyos redondos como los de un tigre.

—¿Qué quereis decir, mi amo? Hay voces por todas partes y para todo; hay las de los pájaros, la del agua, la del viento en las hojas....

Le interrumpí sacudiéndole bruscamente.

—Miserable bufon, deja de tomarme por tu juguete ó te hago escuchar de cerca la voz que produce el cañon de mi carabina. Responde pronto: ¿has oido en este bosque la voz de un hombre que ha cantado una romanza española?

—Sí, mi amo,—respondió sin aparentar sorpresa.—Mirad, voy á contaroslo todo. Yo me paseaba sobre la ladera de este bosque oyendo lo que los cascabeles de plata de mi gorra decian á mi oido, cuando el aire vino á unir á este concierto algunas palabras de una len-

gua que vos llamais española, la primera que empecé á balbucear cuando mi vida se contaba por meses y no por años, y cuando mi madre me colgaba á sus espaldas con andadores de lana amarilla y roja. Yo amo esta lengua porque me recuerda el tiempo en que era pequeño, pero no era enano, en que era un niño y no era bufon: por esto me acerqué al oirla y pude oír el fin de la canción.

—¿Y nada más?—le pregunté con impaciencia.

—Sí, mi hermoso amo; si quereis os diré quién es el hombre que cantaba.

Creí que de alegría iba á abrazar al pobre loco.

—¡Oh habla!—exclamé,—habla. Aquí tienes mi bolsa, Habibrad, y diez bolsas mejores que esta serán para tí si me dices quién es ese hombre.

Tomó la bolsa, la abrió y se sonrió.

—¡Diez bolsas mejores que esta, demonio! Será entre todo una *fanega* completa de buenos escudos con la imágen de Luis XV. Mi amo, no os enfadeis; voy al asunto. Acordaos de las últimas palabras de la canción: «Tú eres blanca y yo soy negro, pero el día necesita reunirse á la noche para producir la aurora y el anochecer que son más bellos que él.» Pues bien, si esta canción dice la verdad, el mulato Habibrad, vuestro humilde esclavo nacido de una negra y de un blanco, es más hermoso que vos, señorito adorado. Yo soy el fruto de la union del día y de la noche; yo soy la aurora y el anochecer de que habla la canción española, al paso que vos no sois más que el día. Luego yo soy más hermoso que vos, si no os oponéis; más hermoso que un blanco...

El enano mezclaba sus aturdidas carcajadas á aquella extraña divagación.

—¿Adónde vas á parar con tus extravagancias?—le dije interrumpiéndole.—¿Todo eso sirve para decirme quién es el hombre que ha cantado en el bosque?

—Precisamente, mi amo,—repuso el bufon con una mirada maliciosa.—Es posible que el hombre que ha cantado tales *extravagancias*, como voís las llamais, no pueda ser sino un loco como yo. Quedan ganadas las diez bolsas.

Mi mano se levantaba para castigar la insolente burla del esclavo emancipado, cuando un grito horrible resonó de repente en el bosque hácia el lado del pabellon del rio. Conoci la voz de María. Me lancé, corrí, volé, pensando con terror qué nueva desgracia tenia que temer, y llegué jadeando al verde gabinete. Allí me esperaba un espectáculo horrible. Un monstruoso cocodrilo con el cuerpo medio oculto entre las yerbas del rio, habia pasado su enorme cabeza entre una de las arcadas de follaje que sostenian el techo del pabellon. Su boca abierta y horrible amenazaba á un jóven negro de una estatura colosal, quien con un brazo sostenia la jóven aterrorizada y con el otro hundia atrevidamente el hierro de una azadilla aguda entre las aceradas mandíbulas del mónstruo. El cocodrilo luchaba furiosamente contra aquella mano audaz y poderosa que le mantenía en respeto. En el momento de presentarme á la puerta del gabinete, María arrojó un grito de júbilo, se desprendió de los brazos del negro y vino á refugiarse en los míos, gritando:

—¡Me he salvado!

A este movimiento y á estas palabras, el negro se volvió bruscamente, cruzó sus brazos sobre su hinchado pecho, y arrojando sobre mi prometida una mirada dolorosa, permaneció inmóvil sin cuidarse de que el

coodrilo estaba allí, cerca de él, y que libre del arma que le contenia se disponia á devorarle. Así hubiera sucedido, si yo, dejando á María en el banco sobre las rodillas de su nodriza más muerta que viva, no me hubiese acercado al mónstruo y descargado en sus fauces la carga de mi carabina. El animal abrió dos ó tres veces aún su boca ensangrentada y sus ojos apagados; pero esto no era más que un movimiento convulsivo, pues de repente cayó de espaldas con gran estrépito, agitando un momento sus patas escamosas. Estaba muerto.

El negro, á quien acababa de salvar tan afortunadamente, volvió la cabeza, y vió los últimos estremecimientos del animal; entónces fijó sus ojos en la tierra, y levantándolos despues lentamente sobre María, me dijo, y el acento de su voz expresaba una dolorosa desesperacion:

—¿Por qué le has matado?

Despues se alejó precipitadamente sin esperar mi respuesta, y desapareció en el bosque.

IX.

Esta terrible escena, este singular desenlace, las emociones de todo género que habían precedido, seguido y acompañado mis pesquisas en el bosque, produjeron un caos en mi cabeza. María continuaba presa de su terror, y trascurrió bastante tiempo antes de podermos comunicar nuestros incoherentes pensamientos de otro modo que con miradas y apretones de manos. Por fin, rompió el silencio.

—Ven,—dije á María,—salgamos de aquí. ¡Este sitio es funesto!

Se levantó apresuradamente como si esperase mi orden, apoyó su brazo en el mio, y salimos. Entónces la pregunté cómo había recibido el milagroso socorro de aquel negro en el momento del peligro que acababa de correr, y si sabía quién era aquel esclavo cuya grosera vestidura y desnudez demostraba que pertenecía á la clase más ínfima de los habitantes de la isla.

—Sin duda es un negro de mi padre,—respondió María,—que estaria trabajando cerca del rio en el momento de aparecerse el cocodrilo que me hizo arrojar el grito de espanto que te advirtió mi riesgo. Lo único que puedo decirte es que en el mismo instante se lanzó fuera del bosque para volar en mi auxilio.

—¿Por dónde ha venido?—pregunté.

—Del lado opuesto de donde salió la voz que ha cantado ántes, y por el cual entraste en el bosque.

Este incidente me hizo desechar la sospecha que habia concebido y que se habia despertado por la semejanza entre las últimas palabras pronunciadas por el negro salvador al marcharse, y la romanza cantada en el mismo idioma por mi desconocido rival. Otras sospechas se habian además despertado en mí. Aquel negro de talla gigantesca y fuerza prodigiosa, podia muy bien ser el rudo adversario contra el cual habia luchado la noche anterior, y la circunstancia de su desnudez era un nuevo indicio. El cantar nocturno habia dicho «yo soy negro»; otra semejanza más. Habia dicho que era rey, y éste no era más que un esclavo; pero recordé, no sin aturdimiento, el aire de ruda majestad pintado sobre su semblante en medio de los signos característicos de la raza africana, el brillo de sus ojos, la blancura de sus dientes sobre el brillante negro de su tez, lo espacioso de su frente, sorprendente en un hombre de color como el suyo, todo daba á su aspecto cierta nobleza; hasta la belleza de sus formas, que aunque enflaquecidas por la fatiga del trabajo, tenian un desarrollo hercúleo; yo me representaba en su conjunto el aspecto de aquel esclavo, y me decia que bien podia convenir á un rey. Entónces, calculando otros muchos incidentes, mis conjeturas se detuvieron con un temblor de cólera sobre el negro insolente. Pensé buscarle, y que fuese castigado... y de nuevo volví á caer en mi indecision; porque en realidad, ¿cuál era el fundamento de mis sospechas? La isla de Santo Domingo estaba en gran parte poseida por España, y resultaba de aquí, que muchos negros, sea que primitivamente hubiesen pertenecido á colo-

nos de Santo Domingo, sea que hubiesen nacido allí, mezclaban á su jerga la lengua española. Y porque este esclavo me hubiese dirigido algunas palabras en español, ¿era esto una razon para suponerle autor de una cancion española que necesariamente anunciaba cierto grado de cultura, segun mis ideas, incapaz de poseerla un esclavo? En cuanto á su singular reproche que me habia dirigido por haber matado al animal, anunciaba en él un disgusto de la vida, que su triste posicion justificaba, sin acudir á la hipótesis de un amor imposible por la hija de su señor. Su presencia en el bosque del pabellon podia muy bien ser fortuita; su fuerza y su talla no eran datos suficientes para demostrar su identidad con mi nocturno antagonista; por consecuencia, no debia, sobre tan frívolos indicios, cargar ante mi tio con tan terrible acusación á aquel esclavo, que habia por otra parte acudido al socorro de Maria. Esta concluyó por disipar todas mis dudas y apaciguar mi cólera por completo, diciéndome con su dulce voz:

—Leopoldo, debemos dar las gracias á ese valiente negro; á no ser por él estaba perdida, porque tú hubieras llegado demasiado tarde.

Estas palabras causaron en mí un efecto decisivo; no cambiaron mi intencion de buscar al esclavo salvador, pero cambiaron el objeto de mis pesquisas; no era para castigarlo, sino para darle la debida recompensa.

Mi tio supo por mí que debia la vida de su hija á uno de sus esclavos, y me prometió su libertad si le encontraba entre la turba de aquellos desgraciados.

X.

Hasta aquel día, la disposición natural de mi ánimo me había tenido alejado de las plantaciones donde trabajaban los negros. Me era excesivamente penoso ver sufrir á seres á quienes no podía consolar. Pero desde el día siguiente, mi tío me propuso que le acompañase á su paseo de vigilancia, y acepté apresuradamente esperando encontrar entre los trabajadores al salvador de mi bien amada María. En aquel paseo, tuve ocasión de ver el influjo que tiene la mirada de un amo sobre sus esclavos, pero al propio tiempo cuán cara se compra esta influencia. Los negros, temblando á la presencia de mi tío, redoblaban al verle pasar sus esfuerzos y actividad; pero ¡cuánto odio había en aquel temor!

Irascible por costumbre, mi tío se disponía á enfadarse aunque no había motivo para ello, cuando su bufon Habibrad, que siempre le seguía, le hizo observar de repente un negro que rendido de cansancio se había dormido bajo un bosque de datileros. Mi tío corrió hácia aquel desgraciado, le despertó bruscamente y le ordenó volviese á la faena. El negro se levantó atemorizado, y dejó ver un pequeño rosal de Bengala, sobre el cual se había acostado por descuido, y en cuya planta tenía mi tío puestos sus ojos, y cui-

daba con esmero. El arbusto estaba perdido; el amo, ya irritado por lo que llamaba la holgazanería de su esclavo, se puso furioso al ver su planta estropeada. Fuera de sí, desató de su cintura el látigo armado de puntas de hierro que siempre llevaba á aquellas expediciones, y levantó su brazo para castigar al pobre negro, que cayó arrodillado á sus piés.

El látigo no cayó.

Jamás olvidaré aquel momento. Una mano poderosa detuvo la mano del colono. Un negro, el mismo que buscaba, le gritó en francés:

—Castígame, pues que acabo de ofenderte; pero no hagas nada á mi *hermano*, que sólo ha ofendido á tu rosal.

Aquella intervencion inesperada del hombre á quien debia la salvacion de mi futura, su gesto, su mirada, el acento imperioso de su voz, me llenaron de estupor. Su generosa imprudencia, léjos de desarmar á mi tío, no hizo sino redoblar su rabia, llevándola desde el paciente á su defensor. Exasperado, se desprendió de las manos del negro, llenándole de amenazas y levantando de nuevo su látigo para golpearle á su vez. El látigo fué arrancado de entré sus manos. El negro le rompió por el mango, guarnecido de clavos, como si fuese una paja, y pisoteó aquel vergonzoso instrumento de venganza. Yo permanecía inmóvil de sorpresa, mi tío de furor; para él era una cosa inaudita ver así su autoridad de tal modo ultrajada. Sus ojos parecian querer saltar de sus órbitas; sus labios azulados temblaban de ira; el esclavo le miró un momento con aspecto tranquilo; despues, y de repente, le presentó con dignidad su herramienta de trabajo que tenia en la mano:

—Blanco, si quieres pegarme, toma esta hacha.

Mi tío, que estaba fuera de sí, hubiera ciertamente cumplido aquel deseo, porque se precipitó sobre el arma; pero entónces intervine, y apoderándome con presteza de ella, la arrojé al pozo de una noria cercana.

—¿Qué haces?—me dijo mi tío impetuosamente.

—Salvaros,—le respondí,—de la desgracia de herir al defensor de vuestra hija. A este esclavo es á quien debeis vuestra María; este es el negro cuya libertad me habeis prometido.

El momento no era el más oportuno para recordar la promesa; mis palabras apénas conseguian apaciguar el espíritu ulcerado del colono.

—¡Su libertad!—dijo con voz sombría;—ya veremos qué libertad le dan los jueces del tribunal marcial.

Aquellas palabras siniestras me helaron de espanto. Inútilmente suplicamos despues María y yo. El negro, cuya negligencia habia causado aquella escena, fué castigado con una *bastonada*, y su defensor fué sumergido en un calabozo del fuerte Galifet, como culpable de haber puesto su mano sobre un blanco. Siendo este blanco su amo, el crimen era digno de pena capital.

XI.

Ya podeis suponer, señores, hasta qué punto habrían despertado mi interés y curiosidad aquellas circunstancias. Tomé informes respecto del prisionero y supe particularidades singulares. Entre otras, supe que todos sus compañeros le demostraban el respeto más profundo. Esclavo como ellos, se hacia obedecer á la menor señal. No habia nacido en las chozas; no se le conocia padre ni madre, y hacia pocos años que habia sido llevado á Santo Domingo por un buque negrero. Esta circunstancia hacia aún más notable el imperio que ejercia sobre todos sus compañeros, sin exceptuar á los mismos negros *criollos*, que, como es sabido, profesan el más profundo desprecio por los negros *congos*, expresion que, aunque impropia y general, designa en la colonia á todos los negros traídos del Africa. Aunque siempre parecia absorto en la más profunda melancolía, su fuerza extraordinaria, unida á una destreza maravillosa, hacian de él un esclavo de gran precio para el cultivo de plantaciones. Hacia girar más rápidamente, y por más tiempo que el mejor caballo, las ruedas de las norias; con frecuencia en un solo dia de trabajo hacia la faena de diez de sus camaradas para sustraerlos á los castigos debidos por

su negligencia ó cansancio. Por esta razon era adorado de todos; pero la veneracion que le tributaban, muy distinta del terror supersticioso con que rodeaban al bufon Habibrad, parecia proceder tambien de una causa misteriosa; era una especie de culto.

Lo que era más extraño, segun se decia, era verle tan dulce, tan sencillo con sus iguales que se glorificaban en obedecerle, como fiero y orgulloso, frente a frente de los que mandaban. Preciso es decir que aquellos esclavos privilegiados, anillos intermedios que ligaban en algun modo la cadena de la servidumbre a la del despotismo, juntaban a la bajeza de su condicion la insolencia de su autoridad, encontrando un maligno placer en anonadar a los otros con trabajos y vejaciones. Hasta parece que no podian por ménos de ultrajar a mi tio; ninguno de ellos se atrevió jamás a imponerle castigos humillantes. Si alguna vez sucedia tener que condenarle, veinte negros se levantaban para sufrir el castigo en su lugar; y él, inmóvil, asistia gravemente a su suplicio, como si no hiciesen otra cosa que cumplir con su deber. Aquel hombre extraordinario era conocido en las chozas con el nombre de *Perico*.

XII.

Todos aquellos detalles exaltaban mi j6ven imaginacion. Marfa, llena de reconocimiento y de compasion, aplaudia y participaba de mi entusiasmo, y Perico se apoder6 tan vivamente de nuestro inter6s, que tom6 la resolucion de verle y servirle. Pens6 en el medio de hablarle.

Aunque yo era j6ven, como sobrino de uno de los m6s ricos colonos del Cabo, era capitán de milicia de la parroquia de Acul. El fuerte Galifet estaba confiado á su guarda y á un destacamento de dragones amarillos, cuyo jefe, que ordinariamente era un sargento, tenia el mando del fuerte. Precisamente en aquella 6poca el que le mandaba era hermano de un pobre colono al cual yo habia prestado grandes servicios, y me era completamente adicto.

Aquí todo el auditorio interrumpió el relato de Auverney, pronunciando el nombre de *Tadeo*.

— Lo habeis adivinado, señores, — repuso el capitán. — Ya comprendereis que no fué difícil obtener de 6l la entrada en el calabozo del negro. Yo tenia, como capitán de milicia, el derecho de visitar el fuerte; sin embargo, para no inspirar sospechas á mi tío, cuya c6lera se mantenía viva aún, tuve cuidado de no ir

sino á la hora en que dormia su siesta; todos los soldados, excepto los de guardia, la dormian tambien. Guiado por Tadeo llegué á la puerta del calabozo. Tadeo la abrió, y se retiró. Entré.

El negro estaba sentado, porque no podia mantenerse de pié á causa de su elevada estatura. No estaba solo: un enorme perro dogo se levantó gruñendo y avanzó sobre mí.

—¡Rask!—gritó el negro.

El dogo se calló y volvió á tenderse á los piés de su amo, donde acabó de devorar algunos miserables alimentos.

Yo iba vestido de uniforme: la luz que penetraba por el tragaluz en aquel estrecho calabozo era tan débil, que Perico no podia distinguir quién era el que le visitaba.

—Estoy dispuesto,—me dijo con acento tranquilo.

Diciendo así, se levantó á medias.

—Yo creia,—le dije, sorprendido de la libertad de sus movimientos,—que teniais puestas cadenas.

La emocion hacia temblar mi voz. El prisionero no pareció reconocerla, y rechazó con el pié algunos objetos que resonaron.

—¡Cadenas! Las he roto.

Habia en el acento con que pronunció estas palabras alguna cosa que parecia decir: «Yo no he nacido para llevar cadenas.»

—Tampoco me han dicho que os hayan permitido tener un perro en vuestra compañía,—repuse.

—He sido yo quien le ha hecho entrar.

De cada vez estaba más aturdido, porque la puerta del calabozo se cerraba por fuera con triple cerrojo, y el tragaluz apenas tenia el hueco de diez pulgadas, y

estaba guarnecido de fuertes barrotes de hierro. El negro comprendió el sentido de mis reflexiones, se levantó en cuanto lo permitía la baja bóveda, destacó sin grande esfuerzo una enorme piedra colocada debajo del tragaluz, quitó los barrotes, y de este modo practicó una abertura por donde podían fácilmente pasar dos ó tres hombres. Esta abertura daba sobre el bosque de bananeros y cocoteros y al nivel del suelo. Quedé mudo de sorpresa; de repente un rayo de luz iluminó vivamente mi rostro. El prisionero se levantó como si hubiera puesto el pié inadvertidamente sobre una serpiente, y su frente chocó contra las piedras de la bóveda. Una mezcla indefinible de mil sentimientos opuestos, una extraña expresión de rencor, de benevolencia y de aturdimiento doloroso pasó rápidamente por su vista. Pero recobrando un súbito imperio sobre su pensamiento, su fisonomía en ménos de un instante apareció fría y tranquila, y fijó con indiferencia su mirada en la mía como si fuese para él un desconocido.

—Todavía puedo vivir dos días sin comer,—dijo.

Hice un gesto de horror, y entónces noté la extrema delgadez del infortunado, que añadió:

—Mi perro no puede comer sino en mi mano; si no hubiese podido ensanchar el tragaluz, el pobre Rask se hubiera muerto de hambre. Más vale que sea yo que no él, puesto que al fin es preciso que yo muera.

—¡No!—exclamé,—no morireis de hambre.

No me comprendió.

—Sin duda alguna,—repuso sonriendo amargamente,—todavía hubiera podido vivir dos días sin comer; pero estoy dispuesto, señor oficial; más vale hoy que mañana. Pero no hagais daño á Rask.

Entónces comprendí lo que quería decir con su «es-

toy dispuesto.» Acusado de un crimen que se castigaba con la pena de muerte, creía que iba allí para conducirlo al suplicio; y aquel hombre, dotado de fuerzas colosales, cuando tenía abiertos los medios de huir, dulce y tranquilo, repetía como un niño: «estoy dispuesto.»

—¡No hagais daño á Rask!—repetía otra vez.

No pude contenerme.

—¿Qué,—le dije,—no sólo me tomáis por vuestro verdugo, sino que dudáis de mis sentimientos, suponiéndome capaz de hacer daño á un pobre animal que nada me ha hecho?

Se enterneció y su voz pareció alterada.

—Blanco,—dijo tendiéndome la mano,—perdona; yo amo á mi perro,—y despues de un corto silencio añadió:—¡los tuyos me han hecho tanto mal!

Le abracé, le estreché la mano y le desengañé.

—¿No me conocéis?—le dije.

—Yo sé que eres un blanco, y para los blancos, por buenos que sean, un negro es muy poca cosa. Por otra parte, yo tengo queja de tí.

—¿Y por qué?—repuse sorprendido.

—¿No me has librado dos veces la vida?

Esta extraña inculpacion me hizo sonreír. El se apercibió, y prosiguió con amargura:

—Sí, yo debía aborrecerte. Me has salvado de un cocodrilo y de un colono; y lo que es peor todavía, me has privado del derecho de aborrecerte. Soy muy desgraciado.

La singularidad de sus ideas y lenguaje me sorprendían más de cada vez.

—Bien veo que nada me debéis,—le dije,—porque á mi vez os debo la vida de mi prometida, de mi María.

Experimentó como una conmoción eléctrica.

—¡María!—dijo con voz sofocada. Y su cabeza cayó entre sus manos crispadas con violencia, mientras que penosos suspiros dilataban las anchas paredes de su pecho.

Confieso que mis sospechas se despertaron, pero sin cólera y sin celos. Estaba yo demasiado cerca de la felicidad, y él demasiado cerca de la muerte, para que semejante rival, si en efecto lo era, pudiera excitar en mí otro sentimiento que la piedad.

Por fin levantó su cabeza.

—¡Bah!—me dijo;—no me lo agradezcas.

Y añadió después de una pausa:

—Sin embargo, yo no soy de un rango inferior al tuyo.

Estas palabras despertaban un orden de ideas que excitaban vivamente mi curiosidad, y le rogué me dijera quién era y lo que había sufrido; pero él guardó un sombrío silencio. Mi entrevista le había conmovido; mis ofrecimientos, mis ruegos, parecieron vencer su disgusto por la vida. Salió y volvió con algunas nueces de coco. Hablando con él, noté que se expresaba con facilidad en español y en francés, y que su espíritu no estaba desprovisto de cultura y sabía muchos romances españoles que cantaba con bastante expresión. Aquel hombre era tan inexplicable bajo tantos puntos de vista, que hasta entonces no me había chocado la pureza de su lenguaje. Traté de nuevo de saber la causa y se calló; volvió á cerrar la abertura y se puso á comer las nueces de coco. Por fin, le dejé, ordenando á Tadeo que guardase con él todas las consideraciones y cuidados posibles.

XIII.

Todos los días le veía á la misma hora. Su asunto me inquietaba; á pesar de mis ruegos, mi tío se obstinaba en perseguirle. Yo por mi parte no ocultaba mis temores á Perico; él los escuchaba con indiferencia. Con frecuencia llegaba Rask cuando estábamos juntos, llevando alrededor de su cuello una larga hoja de palmera; el negro la desataba, leía los caracteres desconocidos trazados en ella y la rompía despues. Yo me habia acostumbrado á no hacerle preguntas. Un día entré sin que pareciera apercibirse de mi presencia; estaba vuelto de espaldas á la puerta de su calabozo y cantaba con aire melancólico una cancion española: *Yo que soy contrabandista.*

Cuando concluyó se volvió bruscamente hácia mí y exclamó:

—Hermano, prométeme, si alguna vez dudas de mí, alejar todas tus sospechas cuando me oigas cantar este aire.

Su mirada era imponente; le prometí lo que deseaba, sin saber lo que me daba á entender al decirme: «Si alguna vez dudas de mí.» Cogió entonces una de las cáscaras vacías de los cocos que habia en el suelo, la llenó de vino de palmera y me suplicó la llevase á

mis labios y despues la vació de un trago. Desde aquel dia no me llamó más que su *hermano*.

Yo empezaba á concebir alguna esperanza; mi tio no parecia ya tan irritado. El regocijo de mi próximo matrimonio con su hija habia arrojado en su espíritu más dulces ideas. María unia sus súplicas; por mi parte todos los dias le hacia presente que Perico no habia querido ofenderle sino sólo impedirle que cometiese un acto de severidad tal vez excesiva; que aquel negro con su atrevida lucha con el cocodrilo habia salvado á María de una muerte cierta: que ambos le debíamos, él su hija y yo mi futura esposa; que por otra parte, Perico era uno de sus esclavos más fuertes, y que sólo le pedíamos su vida, no ya su libertad; y que bastaba su brazo para mover el cilindro de hierro de un molino de azúcar. Mi tio me escuchaba y me daba á entender que tal vez no tendria consecuencias la acusacion. Nada le dije al negro del cambio que se operaba, queriendo anunciarle de una vez hasta su libertad, si podia conseguirla. Lo que me sorprendia más era que creyéndose destinado á morir, no aprovechaba ninguno de los medios de fuga que estaban á su alcance. Una vez le hablé de ello.

—Debo quedarme, — me respondió con frialdad;— creerian que tengo miedo.

XIV.

Una mañana vino María á buscarme. Estaba radiante de alegría, y sobre su dulce rostro se retrataba algo más angélico que la felicidad de un puro amor. Era el pensamiento de una buena acción.

—Escucha,—me dijo,—dentro de tres días es el 22 de Agosto, el día de nuestra boda. Ya pronto vamos...

Yo la interrumpí.

—María, no digas que ya pronto, puesto que todavía faltan tres días...

Ella se sonrojó.

—No me interrumpas, Leopoldo,—repuso;—se me ha ocurrido una idea que te llenará de contento. Ya sabes que ayer he ido con mi padre á la ciudad para hacer algunas compras para nuestra boda. No es que yo estime estas alhajas; estos diamantes que no han de hacerme más bella á tus ojos, yo los daría todos por una de esas flores que tú sueles ofrecerme. Mi padre es quien quiere colmarme de todas estas cosas, y yo le dejo hacer por complacerle. Á mi vez, le he pedido un dón á la usanza de los antiguos caballeros; ya sabes que le gusta parecerse á los caballeros de la antigüedad, y me ha jurado por su honor que me concedería lo que le pidiese, sea lo que fuere. Sin duda cree que

es un vestido; pero no es nada de eso, es la vida de Perico. Ese será mi regalo de boda.

No pude por ménos de estrechar entre mi corazón á aquel ángel. La palabra de mi tío era sagrada, y mientras María corria en su busca para reclamar el cumplimiento de lo ofrecido, yo corrí al fuerte Galifet para anunciar á Perico su salvacion, que ya era cierta.

—Hermano,—le grité al entrar,—regocíjate. Tu vida está salvada. María la ha pedido á su padre como regalo de boda.

El esclavo se estremeció.

—¡María! ¡Boda! ¡Mi vida! ¿Qué quiere decir todo esto?

—Es muy sencillo,—repuse.—María, cuya vida salvaste, se casa.

—¿Con quién?—preguntó el esclavo. Y su mirada se tornó extraviada y terrible.

—¿No lo sabes?—respondí dulcemente;—conmigo.

Su rostro formidable se tornó benévolo y resignado.

—¡Ah! Es verdad,—me dijo,—contigo. ¿Y cuándo?

—El 22 de Agosto.

—¡El 22 de Agosto! ¿Estás loco?—repuso con expresion de angustia.

Se detuvo, yo le miré sorprendido. Despues de un momento de silencio, me estrechó vivamente la mano.

—Hermano, oye un consejo. Créeme, ve al Cabo y cástate ántes de ese dia.

En vano traté de penetrar el sentido de aquellas palabras enigmáticas.

—Adios,—me dijo con solemnidad.—Tal vez te haya dicho demasiado; pero yo aborrezco más la ingratitud que el perjurio.

Le dejé lleno de indecision y de inquietud que pronto se borraron en mis pensamientos de felicidad. Mi tío retiró su queja ante el tribunal en aquel mismo día. Volví al fuerte para sacar á Perico de su prision; Tadeo me acompañaba y entramos en el calabozo. No estaba en él. Rask estaba solo, y apenas nos vió vino á acariciarnos; tenía atada en el cuello una hoja de palmera, que tomé y leí en ella estas palabras:

—«Gracias, porque me has salvado la vida por tercera vez. Hermano, no olvides tu promesa.»

Debajo, y á manera de firma, decia:

«Yo que soy contrabandista.»

Tadeo estaba aún más sorprendido que yo; ignoraba el secreto del tragaluz y pensaba que el negro se habia transformado en perro. Yo le dejé creer cuanto quisiera y me contenté con exigirle el silencio más absoluto sobre todo cuanto habia visto.

Quise llevarme á Rask. Al salir del fuerte desapareció en el bosque vecino.

XV.

Mi tío volvió á encolerizarse cuando supo la evasión de su esclavo. Ordenó pesquisas y escribió al gobernador para que Perico fuese puesto á su disposición donde quiera que fuese habido.

Llegó el 22 de Agosto.

Mi unión con María se celebró con pompa en la parroquia de Acul. ¡Qué dichoso fué aquel día, desde el cual habian de partir todas mis desgracias! Yo estaba loco de alegría; habia olvidado completamente á Perico y sus siniestros consejos.

Llegó la noche. Mi jóven esposa se retiró á la cámara nupcial; yo no pude seguirla inmediatamente porque un deber fastidioso, pero indispensable, me reclamaba en otra parte. Mi destino de capitán de milicias exigia de mí un servicio de ronda en el puerto de Acul. Esta precaucion era entónces reclamada imperiosamente á causa de las turbaciones de la colonia, por las sublevaciones parciales de los negros, que aunque prontamente sofocadas, habian tenido lugar en los meses precedentes de Junio y Julio, y áun en los primeros dias de Agosto, en las posesiones de Thibaud y Lagoscette, y sobre todo, por las malas disposiciones de los mulatos libres que el reciente suplicio del rebelde Ogé no habia hecho más que agriar.

Mi tío fué el primero en recordarme mi deber y fué forzoso resignarme. Me vestí el uniforme y partí. Visité las primeras estaciones sin hallar motivo de inquietud; pero á media noche, paseándome pensativo cerca de las baterías del muelle, ví en el horizonte elevarse una luz rojiza y extenderse despues por el lado de Limonada y de San Luis de Morin. Los soldados y yo lo atribuimos al principio á un incendio casual; pero un momento despues, las llamas fueron fan visibles, el humo empujado por el viento se aumentó hasta tal punto, que inmediatamente tomé el camino del fuerte para dar la voz de alarma y mandar auxilios.

Al pasar cerca de las chozas de nuestros negros, me sorprendió la agitacion que allí reinaba. La mayor parte estaban despiertos aún y hablaban con la mayor animacion. Un nombre extraño, *Bug-Jargal*, pronunciado con respeto, se oia con frecuencia repetido en su inentilgible jerga. Recogí de paso algunas palabras, por cuyo sentido conocí que los negros de la llanura del Norte estaban en plena rebelion y habian entregado á las llamas las casas y las plantaciones situadas al otro lado del Cabo. Atravesando un fondo pantanoso, tropecé con el pié un monton de hachas y azadas ocultas entre los juncos. Alarmado, y con razon, hice que inmediatamente se pusiesen sobre las armas las milicias de Acul y mandé que los esclavos fuesen vigilados. Todo entró en calma.

Sin embargo, el huracan crecia á cada instante y se oia acercarse poco á poco al Limbé, y hasta se distinguia ya el ruido lejano de la artillería y fusilería. A las dos de la mañana, mi tío, á quien yo habia despertado, no pudiendo contener su inquietud, me mandó dejar en Acul una parte de mis milicias al mando de un tenien-

te, y mientras mi pobre María dormía ó me esperaba, obedecí á mi tío, que como he dicho ya, era miembro de la asamblea provincial, y tomé con el resto de mis soldados el camino del Cabo.

Jamás olvidaré el aspecto que ofrecía aquella ciudad al acercarme. Las llamas, que devoraban las plantaciones situadas á su alrededor, esparcían un resplandor sombrío, oscurecido por los torrentes de humo que el viento arrojaba en los calles. Torbellinos de chispas formadas por los pequeños restos de las cañas de azúcar y empujadas con violencia como una gran nevada sobre los techos de las casas y sobre los navíos anclados en la rada, amenazaban á cada instante á la ciudad del Cabo con un incendio no ménos terrible que el que devoraba sus cercanías.

Era un espectáculo horrible é imponente ver por un lado á los pálidos habitantes exponiendo todavía su vida por disputar al azote el único refugio que les quedaba de tantas riquezas; mientras que por otro lado, los navíos, temiendo la misma suerte y favorecidos al ménos por aquel viento tan funesto á los desgraciados colonos, se alejaban á velas desplegadas sobre un mar teñido con los fuegos sangrientos del incendio.

XVI.

Aturdido con el cañon de los fuertes, con los clamores de los fugitivos y con el horrible estruendo de los hundimientos, no sabía sobre qué lado dirigir mis soldados, cuando encontré en la plaza de armas al capitán de dragones amarillos que nos servia de guía.

No me detendré, señores, en describiros el cuadro que ofrecia la llanura incendiada; otros han pintado ya aquellos primeros desastres del Cabo, y yo necesito pasar con rapidez sobre aquellos recuerdos donde sólo hay fuego y sangre. Sólo os diré, que segun se aseguraba, los esclavos rebeldes eran ya dueños de Dondon, de Ternier-Rouge, de la aldea de Onanaminta y hasta de las plantaciones del Limbé, lo cual me llenaba de inquietud á causa de su proximidad á Acul. Corrí apresuradamente á casa del gobernador M. de Blanchelande. Allí reinaba la mayor confusion, hasta en la cabeza del dueño de la casa. Le pedí sus órdenes, rogándole que pensase lo más pronto posible en la seguridad de Acul, á quien ya se suponía amenazado.

Estaban en su compañía Mr. de Rouvray, mariscal de campo y uno de los principales propietarios de la isla; Mr. de Thouzard, teniente coronel del regimiento

del Cabo; algunos miembros de las asambleas colonial y provincial, y muchos colonos de los más notables.

En el momento en que me presenté, esta especie de consejo deliberaba tumultuosamente.

—Señor gobernador,—decía un miembro de la asamblea provincial,—nada más cierto; son los esclavos y no los mulatos libres; ya hace tiempo que lo habíamos anunciado y predicho.

—Vos mismo que lo decís, no lo creéis,—respondió agriamente un miembro de la asamblea colonial, llamada *general*.—Lo decís es por daros crédito á costa nuestra, y vos mismo estábais bien léjos de esperaros una rebelion efectiva de los esclavos, porque son las intrigas de vuestra asamblea las que han simulado, desde 1789, la famosa y ridícula sublevacion de tres mil negros en el Cabo, sublevacion donde no hubo más muerto que un voluntario nacional, y aún éste se sospecha que lo fué por sus propios camaradas.

—Pues yo os repito,—repuso el *provincial*,—que nosotros veíamos más claro que vosotros, y esto es muy sencillo. Nosotros estamos aquí para observar los negocios de la colonia, mientras que vuestra asamblea en masa iba á Francia para conseguir aquella ovacion risible, que terminó con las reprimendas de la representacion nacional. *Ridiculus mus*.

El miembro de la asamblea colonial respondió con amargo desden:

—¡Nuestros conciudadanos nos han reelegido por unanimidad!

—Vos sois la causa,—replicó otro,—y vuestras exageraciones son las que han hecho estallar la cabeza á esos desgraciados que se han exhibido sin la escara-

pela tricolor en el café, y que han hecho ahorcar al mulato Lacombe por una petición que empezaba con estas palabras proscritas:

«En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.»

—Eso es falso,—gritó el miembro de la asamblea general.—Ha sido la lucha de los principios y de los privilegios.

—¡Siempre he pensado, señor, que sois un *independiente!*

A este réproche del miembro de la asamblea provincial, respondió su adversario con aire de triunfo:

—Eso es lo mismo que confesar que vos sois un *pompon blanco*. Os dejo todo el peso de semejante confesión.

La querella hubiera ido tal vez mucho más léjos si el gobernador no hubiese intervenido.

—¡Señores! ¿Qué tiene que ver todo eso con el peligro inminente que nos amenaza? Aconsejadme y dejad de injuriaros. He aquí los informes que he recibido. La sublevación ha empezado esta noche, á las diez, entre los negros de la casa de Turpin. Los esclavos, mandados por un negro inglés llamado Bouckmann, han destruido los talleres de las casas de Clement, Tremes, Flaville y Noé; han incendiado todas las plantaciones y asesinado á los colonos con crueldades increíbles. Para que comprendais todo el horror de estos sucesos, bastará un detalle. Llevan por bandera el cuerpo de un niño en la punta de una pica.

Un estremecimiento convulsivo interrumpió al gobernador.

—Esto es lo que pasa fuera,—prosiguió.—Dentro, todo está trastornado. Muchos habitantes del Cabo

han muerto á sus esclavos; el miedo les ha hecho crueles. Los más benignos ó más valientes se han limitado á encerrarlos bajo llave. Los *blanquillos* (blancos no propietarios que ejercían en la colonia una industria cualquiera) acusan de estos desastres á los mestizos libres. Muchos mulatos han sido víctimas del furor popular, y les he dado por asilo una iglesia, custodiada por un batallon. Ahora, para probar que ellos no están en inteligencia con los negros sublevados, me han pedido armas y un puesto que defender.

—No hagais semejante cosa,—exclamó una voz, en la que reconocí la del mestizo sospechoso con quien me batí en duelo.—No hagais tal, señor gobernador, no deis armas á los mulatos.

—¿Que no?—dijo bruscamente un colono.—¿No queis batiros?

El otro aparentó no comprender el epigrama, y continuó:

—Los mulatos son nuestros peores enemigos; sólo á ellos debemos temer; sólo de su parte se puede esperar una rebelion, y no de los negros esclavos. ¿Por ventura los negros esclavos son alguna cosa?

El pobre hombre trataba con estas invectivas contra los mulatos separarse de ellos completamente y destruir en el espíritu de los blancos que le escuchaban la opinion que le arrojaba en una casta despreciada. Pero habia demasiada cobardía en aquella combinacion para que produjese el efecto apetecido. Un murmullo de desagrado se dejó oír.

—Sí, caballero,—dijo el viejo mariscal de campo Rouvray,—sí, los esclavos son alguna cosa; son cuarenta contra tres, y medrados estábamos si no tuvié-

ramos que oponer á los negros y mulatos mas que blancos como vos.

El colono se mordió los lábios.

—Señor general,—repuso el gobernador,—¿qué opinais de la peticion de los mulatos?

—Dadles armas, señor gobernador,—respondió Monsieur de Rouvray;—hagamos velas de toda clase de lienzo.

Y volviéndose hácia el colono sospechoso:

—¿Lo ois, caballero? id á armaros.

El colono, humillado, salió con todas las señales de una rabia reconcentrada.

El clamor de angustia que llenaba la ciudad, resonaba tambien de vez en cuando en casa del gobernador, y recordaba á los miembros de aquella conferencia el objeto que les habia reunido. Mr. de Blanchelande entregó á un ayudante de campo una orden escrita apresuradamente con lápiz, y rompió el silencio sombrío con que la asamblea escuchaba el terrible rumor.

—Los mulatos van á ser armados, señores; pero aún nos quedan otras muchas medidas que tomar.

—Es preciso convocar la asamblea provincial,—dijo el miembro que pertenecía á ella y que hablaba en el momento de mi llegada.

—¡La asamblea provincial!—repuso su antagonista el de la asamblea colonial.—¿Qué quiere decir eso de asamblea provincial?

—¡Cómo, vos sois miembro de la asamblea colonial!—replicó el *pompon blanco*.

El *independiente* le interrumpió:

—Yo no conozco ni la asamblea colonial ni la asamblea provincial. No hay más que la asamblea general, ¿lo entendeis, caballero?

—Pues bien,—repuso el pompon blanco,—á mi vez os digo que no hay más asamblea que la asamblea nacional de París.

—¡Convocar la asamblea provincial!—repuso riendo el independiente.—Como si no estuviese disuelta desde el momento en que la asamblea general ha decidido celebrar aquí sus sesiones.

Una exclamacion universal estalló entre el auditorio, enojado por esta discusion ociosa.

—Señores diputados,—exclamó un contratista de cultivos,—miéntros os ocupais de esas fruslerías, ¿qué es de mis algodones y de mi cochinilla?

—¿Y mis cuatrocientas mil plantas de indigo en el Limbe?—añadió un plantador.

—¿Y mis negros pagados á treinta dollars por cabeza, uno con otro?—decia un capitán negrero.

—Cada minuto que aquí se pierde,—prosiguió otro colono,—me cuesta, reloj y tarifa en mano, diez quintales de azúcar, que á diez y siete piastras fuertes por quintal, suman ciento treinta libras y diez cuartos, moneda francesa.

—La asamblea colonial, que vos llamais general, es usurpadora;—repuso otro diputado dominando con su voz el tumulto.—Que se quedé en Puerto-Príncipe fabricando decretos para diez leguas de terreno y dos días de duracion, y que nos deje aquí en paz. El Cabo pertenece al Congreso provincial del Norte, ¡sólo á éll!

—Yo pretendo,—repuso el independiente,—que su excelencia el señor gobernador, no tiene derecho para convocar otra asamblea que la asamblea general de los representantes de la colonia, presidida por Monsieur de Cadusch.

—Pero, ¿dónde está ese señor presidente Cadusch?—

preguntó el pompon blanco;—¿dónde está vuestra asamblea? Todavía no han llegado más que cuatro miembros, al paso que la asamblea provincial está toda reunida aquí. ¿Es que pretendéis por casualidad representar vos solo toda una asamblea, toda una colonia?

La rivalidad de los dos diputados, ecos fieles de sus asambleas respectivas, exigió otra vez más la intervención del gobernador.

—Señores, ¿adónde quereis ir á parar con vuestras eternas asambleas *provincial, colonial, general, nacional?*... ¿Ayudareis en algo á las decisiones de esta asamblea, invocando continuamente otras tres ó cuatro?

—¡Pardiez!—exclamó con voz de trueno el general Rouvray golpeando violentamente sobre la mesa del consejo;—¡malditos charlatanes! mejor quisiera luchar en pulmones con un cañon de á veinticuatro. ¿Qué os importan esas dos asambleas que se disputan el paso como dos compañías de granaderos que quieren subir al asalto? ¡Convocad á las dos, señor gobernador; yo haré con ellas dos regimientos para ir contra los rebeldes, y veremos si sus fusiles hacen tanto ruido como sus lenguas!

A esta vigorosa salida se inclinó hácia mí, que precisamente estaba á su lado, y me dijo á media voz:

—¿Qué quereis que haga entre dos asambleas de Santo Domingo, que ambas se pretenden soberanas, un gobernador puesto por el rey de Francia? Siempre son los charlatanes y los abogados los que todo lo estropean aquí lo mismo que en la metrópoli. Si yo tuviese el honor de ser el teniente general por el Rey, yo pondría á la puerta á toda esta canalla y diría: El Rey

reina y yo gobierno. Yo arrostraría por delante toda la responsabilidad, y á los susodichos representantes de todos los diablos; y con doce cruces de San Luis prometidas en nombre de Su Majestad, barrerá todos los rebeldes á la isla de la Tortuga, que en otro tiempo ha sido habitada por bandidos como ellos. Acordaos de lo que os digo, jóven. Los *flósofos* han procreado á los *flántropos*, que á su vez han producido á los *negró-flos*, como éstos producen á los comedores de blancos, llamados así miéntras se les busca un nombre griego ó latino. Estas pretendidas ideas liberales que todo lo han trastornado en Francia, son un veneno bajo los trópicos. Hay que tratar á los negros con dulzura; pero no franquearlos de improviso. Todos los horrores que hoy veis en Santo Domingo, han nacido en el club Masiac, y la insurreccion de los esclavos, no es más que un eco de la caída de la Bastilla.

Miéntras que el viejo soldado me exponía de este modo su estrecha política, pero llena de franqueza y de convicción, seguía el tempestuoso debate. Un colono, del pequeño número de aquellos que participaban del frenesí revolucionario, y que se hacía llamar el ciudadano general C*** por haber presidido algunas sangrientas ejecuciones, exclamaba:

—Se necesitan suplicios más que combates; las naciones quieren ejemplos terribles: introduzcamos el terror entre los negros. Yo soy quien apaciguó á los rebeldes de Junio y Julio, plantando cincuenta cabezas de esclavos á ambos lados de la avenida de mi casa á guisa de palmeras. Que cada uno contribuya por su parte y se sacrifique en sus intereses para la proposición que voy á hacer. Defendamos las cercanías del Cabo con los negros que nos quedan todavía.

—¡Cómo! ¡Qué imprudencia!—exclamaron por todas partes.

—Señores, no me comprendéis,—repuso el *ciudadano general*.—Hagamos un cordon de cabezas de negros que rodee la ciudad desde el fuerte Picolet hasta la punta del Caracol. Sus camaradas insurgentes no se atreverán á acercarse. Yo me ofrezco el primero; yo tengo quinientos esclavos no sublevados: los ofrezco.

Un movimiento de horror acogió aquella execrable propuesta.

—¡Eso es abominable! ¡Eso es horrible!—exclamaron todos.

—Las medidas de ese género son las que todo lo han perdido,—dijo un colono.—Si no se hubieran apresurado tanto las ejecuciones de los últimos rebeldes de Junio, Julio y Agosto, se hubiera podido coger el hilo de su conspiracion, que ha cortado el hacha del verdugo.

El ciudadano C*** guardó por un momento el silencio del despecho, y despues murmuró entre dientes:

—¡Yo creo que no soy sospechoso, pues estoy aliado con negrófilos. Yo estoy en correspondencia con Brisot, y Pruneau de Pomme-Gouge, en Francia; Haus-Sloane, en Inglaterra; Magaw, en América; Pezll, en Alemania; Olivarius, en Dinamarca; Wadstron, en Suecia; Peter Paulo, en Holanda; Avendaño, en España, y el abad Pedro Tamborini, en Italia!

Su voz crecia á medida que se elevaba en su nomenclatura de negrófilos. Por fin, terminó diciendo:

—¡Pero aquí no hay filósofos!

M. de Blanchelande pidió por tercera vez la opinion y consejos de cada uno.

—Señor gobernador,—dijo una voz:—hé aquí mi opi-

nión. Embarquémonos todos sobre el *Leopardo*, que está anclado en la rada.

—Pongamos á precio la cabeza de Bouckmann,—dijo otro.

—Informemos de todo esto al gobernador de la Jamaica,—dijo un tercero.

—¡Sí, para que nos envíe otra vez más el auxilio irrisorio de quinientos fusiles!—repuso un diputado de la asamblea provincial.—Señor gobernador, enviemos un aviso á Francia, y esperemos.

—¡Esperar! ¡Esperar!—interrumpió el general Rouvray con violencia.—Y los negros, ¿esperarán? Y las llamas que nos rodean, ¿esperarán también? M. de Thouzard, mandad tocar generala, tomad el cañon, é id al encuentro de los sublevados con vuestros granaderos y vuestros cazadores. Señor gobernador, mandad establecer campamentos en las parroquias del Este; estableced puestos en Trou y en Vallieres; yo me encargo de las llanuras del fuerte Delfin. Yo dirigiré los trabajos: mi abuelo, que era maestro de campo del regimiento de Normandía, sirvió á las órdenes del mariscal Vauban; yo he estudiado á Folard y Bezont, y tengo alguna práctica en la defensa de un país. Desde luego, las llanuras del fuerte Delfin, casi envueltas por el mar y las fronteras españolas, tienen la forma de una península, y se protegerán de algun modo á sí mismas: la península de Môle ofrece una ventaja parecida. ¡Aprovechemos todo esto y obremos!

El lenguaje enérgico y positivo del veterano acalló súbitamente todas las discordancias de voces y opiniones. El general estaba en lo cierto. Esta conciencia que cada uno tiene de su interes verdadero, doblegó todas las opiniones á la de M. Rouvray, y mientras el

gobernador con un apretón de manos de reconocimiento atestiguaba al bravo general que participaba del valor de sus consejos, aunque fuesen enunciados como órdenes, y la importancia de su socorro, todos los colonos reclamaron la pronta ejecución de las medidas indicadas.

Los dos diputados de las asambleas rivales parecían ser los únicos que se separaban de la adhesión general, y murmuraban desde su rincón las palabras *poder ejecutivo, decisión precipitada y responsabilidad*.

Aproveché aquel momento para obtener de M. de Blanchelande las órdenes que solicitaba con impaciencia, y salí para reunir mi tropa y volver á tomar inmediatamente el camino de Acul, á pesar de la fatiga que todos sentían, excepto yo.

XVII.

El día empezaba á clarear. Yo estaba en la plaza de armas despertando á los milicianos que dormían sobre sus capas, mezclados con los dragones amarillos y rojos, los fugitivos de la llanura, las bestias que relinchaban y mugían, y los bagajes de todo género llevados á la ciudad por los plantadores de las cercanías. Empecé á encontrar mi pequeña tropa entre aquel desórden, cuando ví un dragon amarillo cubierto de polvo y sudor correr á mi encuentro á toda brida. Salí al suyo, y en pocas palabras entrecortadas que se le escaparon, supe con consternacion que mis temores se habian realizado, que la sublevacion habia ganado las llanuras de Acul, y que los negros sitiaban al fuerte Galifet, donde se habian encerrado las milicias y los colonos. Este fuerte Galifet valía muy poco; en Santo Domingo se llama fuerte á cualquiera obra de tierra.

No habia momento que perder. Hice tomar caballos á aquellos de mis soldados para quienes se pudieron hallar, y guiado por el dragon, llegué á los dominios de mi tío á las diez de la mañana.

Apénas miré aquellas inmensas plantaciones convertidas ahora en un mar de llamas que arrojaban

sobre la llanura gruesos oleajes de humo, al traves del cual, el viento empujaba de vez en cuando, y como chispas, grandes troncos de árboles herizados de fuego. Un chisporroteo terrible, mezclado de crujidos y murmullos, parecia responder á los aullidos lejanos de los negros que oiamos sin verles todavía.

Yo no tenia más que un pensamiento, y la destruccion de tantas riquezas que me estaban reservadas no podia distraerme; sólo pensaba en la salvacion de María; el resto ¿qué me importaba? Sabía que estaba encerrada en el fuerte y sólo pedia á Dios llegar á tiempo. Esta esperanza me sostenia en medio de mis angustias y me daba el valor y la fuerza de un leon.

Por fin, un cambio de direccion del camino nos dejó ver el fuerte Galifet. La bandera tricolor flotaba aún sobre la plataforma y un fuego de fusilería muy nutrido coronaba el contorno de sus muros.

Arrojé un grito de alegría.

—¡Al galope! ¡á rienda suelta!—grité á mis camaradas.

Y redoblando la velocidad, nos dirigimos al fuerte al traves de los campos, viendo la casa de mi tio, rotas sus puertas y ventanas, pero aún en pié, porque el viento que soplaba del lado del mar la habia preservado del incendio destructor, consiguiendo sólo aislarla de las plantaciones.

Multitud de negros parapetados en aquella casa, se mostraban á la vez en todas las ventanas, y hasta en los tejados; y las antorchas, las picas, las hachas, brillaban en medio de los disparos de fusil que no cesaban de tirar contra el fuerte; mientras que otra multitud de los suyos subia, caia y volvia á subir sin

cesar alrededor de los muros sitiados, que habian cargado de escalas.

Este oleaje de negros, siempre rechazado y siempre renaciente sobre las grises murallas, parecia desde léjos á un enjambre de hormigas que procuraban subir sobre la concha de una gran tortuga y del cual el pesado animal se desembarazaba de vez en cuando por medio de una sacudida.

Tocamos por fin á las primeras circunvalaciones del fuerte. Con las miradas fijas en la bandera que le dominaba, animé á mis soldados en nombre de sus familias encerradas, como la mia, en aquellos muros que nos disponíamos á socorrer. Una aclamacion general me respondió, y formando en columna mi pequeño escuadron, me dispuse á dar la señal de carga á la multitud sitiadora.

En aquel momento se oyó un gran grito resonar y elevarse en el recinto del fuerte; un torbellino de humo envolvió al edificio por completo, rodó algun tiempo con sus pliegues alrededor de los muros, y desapareciendo al cabo de un rato, nos dejó ver de nuevo el fuerte de Galifet donde ahora ondeaba la bandera roja.

¡Todo habia concluido!

XVIII.

No puedo deciros lo que pasó por mí á la vista de aquel horrible espectáculo.

Aquel fuerte tomado, sus defensores asfixiados, veinte familias asesinadas, todo aquel desastre general, lo confieso con vergüenza, no me ocuparon un solo instante.

María, perdida para mí, ¡perdida á las pocas horas de haberme sido dada y para siempre! perdida por mi culpa, puesto que si no la hubiese dejado la noche anterior para ir al Cabo obedeciendo á mi tío, ¡al ménos hubiera podido defenderla ó morir á su lado!...

Estos pensamientos desconsoladores extraviaron mi dolor hasta la locura. Mi desesperacion era remordimientos.

Mis compañeros exasperados gritaron: *¡Venganza!* Nos precipitamos con el sable entre los dientes y las pistolas en las manos en medio de los insurgentes vencedores. Aunque superiores en número, los negros huyeron á nuestra llegada; les vimos distintamente á derecha é izquierda, delante y detras de nosotros asesinar á los blancos y apresurar el incendio del fuerte. Nuestro furor creció á la vista de su cobardía.

En una poterna del fuerte, Tadeo, cubierto de heridas, se presentó delante de mí.

—Mi capitán,—me dijo,—nuestro Perico es un brujo, un *obi* como dicen estos negros condenados, ó tal vez el diablo en persona. Nosotros nos manteníamos fuertes; llegais, todo estaba salvado, cuando él penetra en el fuerte, no se por dónde, y ya lo veis... En cuanto á vuestro señor tío, la familia, la señora...

—¡María!—le interrumpí,—¿dónde está María?

En aquel momento, un negro de elevada estatura salió detras de una empalizada incendiada llevando una jóven que gritaba y se retorcia en sus brazos.

La jóven era María, el negro Perico.

—Pérfido,—le grité.

Dirigí hácia él mi pistola. Uno de los rebeldes se interpuso entre la bala y cayó muerto. Perico se detuvo y pareció dirigirme algunas palabras; despues desapareció con su presa entre las plantaciones de cañas incendiadas. Un enorme perro saltó en seguida detras de él, llevando en la boca la cuna y al hijo menor de mi tío. Reconocí á Rask. Transportado de rabia descargué sobre él mi segunda pistola, pero erré el tiro.

Corrí detras de ellos como un insensato; pero mi correría nocturna y tantas horas pasadas sin reposo ni alimento, mis temores por María, el paso súbito del colmo de la ventura al último término de la desgracia, todas aquellas violentas emociones del alma me debilitaron más aún que todas las fatigas del cuerpo.

Apénas dí algunos pasos, tropecé; una nube cubrió mis ojos y cai desmayado.

XIX.

Cuando recobré el sentido, estaba en la casa devastada de mi tío y en los brazos de Tadeo. El pobre hombre fijaba en mí sus ojos llenos de ansiedad.

—¡Victoria!—exclamó apenas sintió mi pulso reanimarse bajo su mano.—¡Victoria! Los negros van en derrota y el capitán ha resucitado.

Interrumpí su grito de alegría con mi eterna pregunta:

—¿Dónde está María?

Aún no había podido coordinar mis ideas; apenas me quedaba más que el sentimiento, no el recuerdo de mis desgracias. Tadeo bajó la cabeza; entónces mi memoria se rehizo y recordé mi horrible noche de bodas y el negro colosal que llevaba á María en sus brazos á traves de las llamas, se representó á mi espíritu como una vision infernal. El horrible incendio que acababa de estallar en la colonia y mostrar á los blancos enemigos en sus esclavos, me hizo ver á aquel Perico tan bueno, tan generoso, tan agradecido, que me debía tres veces la vida; un ingrato, un monstruo, un rival.

El rapto de mi esposa en la misma noche de nuestra union, me probaba lo que desde luego habia sos-

pechado y reconocí por fin claramente; que el cantor del pabellon no era otro sino el execrable raptor de María.

¡Qué cambio en tan pocas horas!

Tadeo me dijo que en vano habia perseguido á Perico y su perro; que los negros se habian retirado aunque su número hubiera podido destruir fácilmente mi tropa, y que el incendio de las propiedades de mi familia continuaba sin que fuese posible extinguirle. Le pregunté si sabia lo que era de mi tío, á cuyo dormitorio habia yo sido trasportado; me tomó la mano en silencio y me condujo á la alcoba levantando las cortinas.

Mi desgraciado tío estaba allí tendido en su lecho, ensangrentado, con un puñal profundamante clavado en su corazon. Por el aspecto tranquilo de su rostro se conocia que habia sido asesinado durante su sueño. La colcha de la cama del enano Habibrad, que habitualmente dormia á sus piés, estaba tambien manchada de sangre, y las mismas señales se notaban en la túnica del pobre loco arrojada en tierra á pocos pasos del lecho.

No dudé que el bufon habia sido asesinado víctima de su afecto por mi tío, tal vez por sus propios camaradas, y defendiendo á su amo. Mandé buscar su cadáver, pero fueron inútiles todas las pesquisas. Sospeché, que en su furor, los negros le habian arrojado á las llamas, y reprochándome de los falsos juicios que habia hecho en otro tiempo, ordené que en el servicio fúnebre de mi tío se dirigiesen tambien preces por el reposo del alma del fiel Habibrad.

XX.

El fuerte Galifet había quedado destruido, nuestras habitaciones habían casi desaparecido; una permanencia más larga en aquellas ruinas era tan inútil como imposible. Aquella misma noche volvimos al Cabo.

Allí me acometió una fiebre devoradora. El esfuerzo que hice sobre mí mismo para dominar mi desesperación había sido demasiado violento. El resorte, si se extiende demasiado, se rompe. Caí en el delirio.

Engañadas todas mis esperanzas, profanado mi amor, vendida mi amistad, perdido mi porvenir, y por encima de todo mis celos implacables trastornaron mi razón. Me parecía que el fuego abrasaba mis venas, mi cabeza estallaba, tenía en el corazón todas las furias del infierno. ¡Veía á María en poder de otro, en poder de otro dueño, de un esclavo, de Pericol! Supe después que me arrojé del lecho y que fueron precisos seis hombres para impedirme que me rompiese el cráneo contra las paredes. ¡Por qué no moriría entonces!

Pasó la crisis. Los médicos, los cuidados de Tadeo, y la fuerza de vida de la juventud, vencieron el mal, que pudo ser para mí un gran bien. Curé al cabo de diez días, y ya no me afligió, al contrario; estaba contento de vivir para la venganza.

Apénas convaleciente, fui á casa del gobernador Mr. de Blanchelande á pedir un puesto que defender; le rogué que me alistase como voluntario en una de las columnas móviles que de vez en cuando se enviaban contra los negros para barrer el país.

El Cabo habíase fortificado apresuradamente; la insurreccion hacia progresos terribles. Los negros de Puerto-Príncipe empezaban á agitarse; Biassou mandaba los del Limbé, Dondon y Acul; Juan Francisco se habia proclamado generalísimo de los rebeldes de la llanura de Maribarou; Bouckmann, célebre despues por su trágico fin, recorria con sus bandidos las orillas del Limonada; y por último, las bandas de Morne-Rouge habian reconocido por jefe á un negro llamado Bug-Jargal. El carácter de este último, á creer lo que se contaba, contrastaba de una manera singular con la ferocidad de los otros. Miéntras que Bouckmann y Biassou inventaban mil géneros de muerte para los prisioneros que caian en su poder, Bug-Jargal les facilitaba los medios para abandonar la isla. Los primeros formaban contratos con las lanchas españolas que cruzaban por las costas y les vendian de antemano los despojos de los infelices que obligaban á huir. Bug-Jargal echó á pique muchos de éstos corsarios. Monsieur Nicolas de Maigné y otros ocho colonos distinguidos, fueron de orden suya desatados de la rueda á que habian sido condenados por Bouckmann. Citábanse otros mil casos de generosidad que sería prolija su enumeracion.

Mi deseo de venganza no parecia de cercana realizacion; no volví á oir hablar de Perico. Los rebeldes mandados por Biassou, continuaban inquietando al Cabo, y hasta una vez se atrevieron á acercarse á la

ciudad atacando la eminencia que la domina, de tal modo que el cañon de la ciudadela á duras penas pudo contenerlos. El gobernador resolvió rechazarlos al interior de la isla; las milicias de Acul, de Limbé, de Ouanaminta y de Maribarou, reunidas al regimiento del Cabo y á las temibles compañías amarilla y roja, constituian todo nuestro ejército activo. Las milicias de Dondon y del Cuartel-Delfin, reforzadas con un cuerpo de voluntarios á las órdenes del negociante Poncignon, formaba la guarnicion de la ciudad.

El gobernador quiso desde luego librarse de Bug-Jargal, cuyos movimientos le alarmaban, y envió contra él á las milicias de Ouanaminta y un batallon del Cabo. Este cuerpo expedicionario volvió dos dias despues completamente derrotado. El gobernador se obstinó en vencer á Bug-Jargal; hizo que el mismo cuerpo de ejército volviese á partir reforzado con cincuenta dragones amarillos y cuatrocientos milicianos de Maribarou. Este segundo cuerpo volvió más destrozado aún que el primero. Tadeo, que tomó parte en esta expedicion, concibió tan violento despecho, que juró á su vuelta vengarse de Bug-Jargal.

Una lágrima rodó por los ojos de Auverney; cruzó los brazos sobre el pecho, y por algunos instantes permaneció sumergido en una dolorosa meditacion.

Despues continuó su relato.

XXI.

Llegó la noticia de que Bug-Jargal había abandonado á Morne-Rouge y se encaminaba con sus tropas por las montañas para reunirse con Biassou. El gobernador saltó de alegría.

—Ya es nuestro,—exclamó frotándose las manos.

Al amanecer del día siguiente el ejército colonial estaba á una legua delante de la ciudad del Cabo. Los insurgentes, á nuestra aproximacion, abandonaron precipitadamente á Puerto-Margot y al fuerte Galifet, donde habian establecido un puesto defendido con gruesas piezas de artillería de sitio tomadas en las baterías de la costa. Todos las bandas rebeldes se replegaron á las montañas: el gobernador habia triunfado.

Nosotros proseguimos la marcha: cada uno al pasar por aquellas llanuras áridas y desoladas procuraba saludar con una triste mirada el sitio donde habian estado sus campos, sus casas, sus riquezas, y muchas veces apenas podian reconocer sus sitios. Algunas veces nuestra marcha se veia interrumpida por los destrozos que desde los campos cultivados se habian comunicado á los bosques y á las sábanas. En aquellos climas cuya tierra está vírgen aún, y en que la vegetacion es tan superabundante, el incendio de un bos-

que va acompañado de fenómenos singulares. Se oye desde muy léjos, con frecuencia ántes de verlo rugir con el estrépito de una catarata diluvial: los troncos de árboles que estallan, las ramas que chisporroteán, las raíces que revientan debajo del suelo, las grandes hierbas que crugen, el hervir de los lagos y pantanos encerrados en la floresta, el silbido de la llama que devora el aire, arrojan un rumor que tan pronto se apacigua, como tan pronto redobla con los progresos del incendio. Algunas veces se ve una verde fila de árboles todavía intactos rodear largo tiempo el foco abrasador; de repente, una lengua de fuego aparece por uno de los extremos de este fresco ceñidor, una serpiente de llamas azuladas corre rápidamente á lo largo de los troncos, y en un abrir y cerrar de ojos el frente de la floresta desaparece bajo un velo de oro que se agita. Todo arde á la vez. La columna de humo se baja de vez en cuando bajo el soplo del viento y envuelve las llamas; se enrosca y desenrosca; de repente se convierte en negra; despues una especie de franja de fuego recorta vivamente todos los bordes; óyese un ruido estrepitoso; la luz remonta y vierte un oleaje de ceniza roja que llueve por espacio de largo tiempo sobre la tierra.

XXII.

En la noche del tercer día entramos en las gargantas del Gran Río. Creíase á los negros á veinte leguas en la montaña.

Sentamos nuestro campo sobre un sitio que parecía haber servido ya para el mismo uso. Aquella posición no era muy ventajosa, aunque es verdad que en ella estábamos tranquilos. Nuestro campo estaba dominado por todas partes por rocas cortadas á pico cubiertas de espesas florestas. Este lugar se llamaba Dompte-Mulatre, á causa de la aspereza de sus escarpados. El Gran Río corría detras del campamento, ceñido entre dos costas, y era en aquel sitio estrecho y profundo. En muchos sitios sus aguas estaban ocultas por grandes hierbas, que se enganchaban en las de sus bórdes, y se cruzaban por encima las unas con las otras, formando sobre el río anchas praderas de verdura. El ojo que las miraba desde lo alto de las rocas creía ver praderas húmedas aún por el rocío.

El sol cesó bien pronto de dorar la aguda cima de los lejanos montes de Dondon; poco á poco la sombra se extendió sobre el campamento, y el silencio no fué turbado más que por los acompasados pasos de los centinelas. De repente, los temibles cantos de *Oua-*

Nassé y del *Campo del gran Prado* resonaron sobre nuestras cabezas; las palmeras y los cedros que coronaban las rocas se entrelazaban, y la livida claridad del incendio nos mostraron sobre los vértices cercanas numerosas bandas de negros y mulatos, cuyo tinte cobrizo parecía rojo al resplandor de las llamas. Eran las gentes de Biassou.

El peligro era inminente. Los jefes se despertaban sobresaltados y corrían á reunir sus tropas; los tambores batían generala; las cornetas daban la señal de alarma; nuestras filas se formaron en tumulto, y los sublevados en vez de aprovecharse de nuestro desorden, nos miraban inmóviles cantando el *Oua-Nassé*.

Un negro gigantesco apareció solo sobre lo más elevado de los picos secundarios que encajaban el Gran Río; una pluma color de fuego flotaba sobre su frente; con su mano derecha empuñaba un hacha, y en la izquierda agitaba una bandera roja. Reconocí á Perico.

Si hubiera tenido una carabina á mi alcance, la rabia me hubiera hecho cometer una cobardía. El negro repitió el estribillo del *Oua-Nassé*, plantó su bandera sobre el pico, arrojó su hacha en medio de nosotros, y se sumergió en las olas del río.

Entónces los negros empezaron á rodar sobre nuestras columnas enormes pedazos de roca, y una nube de balas y flechas cayó sobre nuestro campo. Nuestros soldados, furiosos por no poder alcanzar con sus tiros á los asaltantes, morían desesperados aplastados por las rocas, acribillados de balas y cubiertos de flechas. La más espantosa confusión reinó en nuestro ejército.

De repente, un terrible estrépito salió de en medio del Gran Río: sucedió una escena extraordinaria. Los

dragones amarillos, muy maltratados por los peñascos que los rebeldes arrojaban, concibieron la idea de refugiarse bajo las flexibles y pérfidas bóvedas de ramaje de que el río estaba cubierto, como he dicho ya. Tadeo fué el primero en poner en ejecución este medio, por otra parte ingenioso...

Aquí el narrador interrumpió repentinamente su relato.

XXIII.

Hacia ya más de un cuarto de hora que el sargento Tadeo, con el brazo en un cabestrillo, se había deslizado sin ser visto de nadie en un rincón de la tienda, donde sólo con sus gestos tomaba parte en el relato de su capitán hasta el momento en que, no creyendo que el respeto le impidiese dejar un elogio tan directo sin dar las gracias á Auverney, balbuceó con acento confuso:

—¡Qué bueno sois, mi capitán!

Resonó entre los narradores una carcajada. Auverney se volvió, y le dijo con tono severo:

—¡Cómo! ¡Vos aquí, Tadeo! ¿Y vuestro brazo?

A este lenguaje, tan nuevo para él, se entristecieron las facciones del viejo soldado; titubeó y echó su cabeza atrás como para detener las lágrimas que inundaban sus ojos.

—Yo no creo, —dijo al fin en voz baja, —jamás hubiera creído que mi capitán llegase á llamar de vos á su viejo sargento.

El capitán se levantó precipitadamente.

—Perdonadme, mi viejo amigo; no sé lo que he dicho. Tad, perdóname.

Las lágrimas surcaron al fin las mejillas del veterano, á pesar de sus esfuerzos.

—Esta es la tercera vez,—balbuceó;—pero ahora lloro de alegría.

La paz estaba hecha. Siguió un corto silencio.

—Pero dime, Tadeo,—preguntó el capitán cariñosamente, ¿por qué has dejado la ambulancia y venido aquí?

—Con vuestro permiso, mi capitán, he venido á preguntaros si se ponía mañana la montura galoneada á vuestro caballo de batalla.

Enrique se echó á reír.

—Mejor hubiérais hecho, Tadeo, en preguntar al cirujano mayor lo que debéis poneros mañana sobre vuestro brazo herido.

—Ó de informaros,—repuso Pascual,—si podeis beber un poco de vino para refrescaros: miétras tanto, aquí tenéis un poco de aguardiente que no puede haceros daño; probadlo, mi bravo sargento.

Tadeo se adelantó, hizo un saludo respetuoso, se excusó por tomar el vaso con la mano izquierda y le vació á la salud de la compañía. Esto le reanimó.

—Estábais, mi capitán, en el momento en que... Pues bien, sí; yo fui quien propuse entrar debajo de las hierbas del río para impedir que los cristianos fuesen apedreados. Mi oficial, como no sabía nadar, temía ahogarse, y como es muy natural se oponía con todas sus fuerzas, hasta que vió, con vuestro permiso, señores, un grueso guijarro, que poco faltó para aplastarle, y que cayó sobre el río sin hundirse á causa de las hierbas. Más vale morir como Faraon en Egipto que como San Estéban; nosotros no somos santos, y Faraon era un militar como nosotros. Mi oficial fué de mi opinion, con la condición de que yo sería el primero en hacer el ensayo. Fui y bajé á lo largo de la orilla,

salté sobre la alfombra, agarrándome á las ramas de arriba, cuando sentí que me tiraban de la pierna; me defendí, grité ¡socorro! recibí muchos sablazos, y hé aquí que todos los dragones, que eran los mismos diablos, se precipitan en confusion debajo de las hierbas. Eran los negros del Morne-Rouge que estaban ocultos allí sin chistar, probablemente para caer sobre nosotros por la espalda un momento despues. Por todas partes se luchaba, se juraba, se gritaba. Estaban desnudos y más dispuestos que nosotros; pero nuestros golpes valían más que los suyos. Nadábamos con un brazo y nos batíamos con el otro; esto sucede todos los dias. Los que no sabian nadar se suspendian con una mano á las hierbas y los negros les tiraban de los piés. En medio de aquella confusion vi un gran negro que se defendia como un demonio contra ocho ó diez de mis camaradas; nadé y reconocí á Perico, llamado por otro nombre Bug... Pero esto se descubrirá despues, ¿no es así, mi capitán? Reconocí á Perico; desde su fuga del fuerte estábamos en mala armonía; le así del cuello; él se disponia á librarse de mí de una puñalada, cuando me miró y se rindió en lugar de matarme, lo cual fué una desgracia, mi capitán, porque si no se hubiera rendido... Pero esto ya se sabrá más tarde. Tan pronto como los negros le vieron prisionero, saltaron sobre nosotros para librarle; las milicias iban ya á entrar en el agua para socorrernos, cuando Perico, viendo que los negros iban á ser hechos pedazos, dijo algunas palabras que á todos les puso en fuga. Se sumergieron en el agua y desaparecieron en una ojeada. Esta batalla debajo del agua tenía alguna cosa de agradable, y me hubiera divertido mucho si no hubiera perdido un dedo en ella, y no

se me hubieran mojado diez cartuchos, y si... ¡pobre hombre! pero estaba escrito, mi capitán.

Y el sargento, despues de apoyar respetuosamente el dorso de su mano izquierda en la granada de su gorra de cuartel, la levantó hácia el cielo con aire inspirado.

Auverney parecia violentamente agitado.

—Sí,—dijo,—tienes razon, mi viejo Tadeo; aquella noche fué una noche fatal.

Y hubiera caido de nuevo en sus sombríos pensamientos si los circunstantes no le hubiesen rogado vivamente que continuase.

Prosiguió.

XXIV.

Durante la escena que acaba Tadeo de referir— (Tadeo triunfante se colocó detras del capitán).—Durante la escena que acaba Tadeo de referir, yo habia conseguido, ayudado de algunos de los míos, trepar de matorral en matorral sobre un pico llamado el Pico del Payo Real, á causa de su aspecto multicolor que la mica repartida por su superficie presentaba á los rayos del sol. Este pico estaba al nivel con las posiciones de los negros.

El vértice se vió bien pronto cubierto de milicias, y empezamos un vivo fuego de fusilería. Los negros, peor armados que nosotros, no pudieron responder con ardor y empezaron á desalentarse; redoblamos con encarnizamiento, y las rocas vecinas fueron evacuadas por los rebeldes, que sin embargo tuvieron el cuidado de recoger sus muertos sobre el resto del ejército formado todavía en batalla. Entónces derribamos y atamos juntos con cuerdas y hojas de palmera muchos troncos de aquellos enormes algodoneros silvestres con que los primeros habitantes de la isla hacian piraguas de cien remeros.

Con ayuda de este puente improvisado pasamos sobre los abandonados picos, y de este modo pudo colocarse ventajosamente en posicion una parte de nuestro ejército, lo cual abatió el valor de los insurgentes.

Nuestro fuego se sostenia; clamores y gritos, á los cuales se mezclaba el nombre de Bug-Jargal, resonaron de repente entre las tropas de Biassou. Sucedió una gran consternacion; muchos negros del Morne-Rouge aparecieron sobre la roca donde flotaba la bandera encarnada; se prosternaron, elevaron el estandarte y se precipitaron con él en los abismos del Gran Rio. Esto daba á entender que su jefe habia sido muerto ó prisionero.

Creció hasta tal punto nuestra audacia, que resolví arrojar al arma blanca á los rebeldes de las rocas que ocupaban todavía. Dispuse arrojar un puente de troncos de árboles entre nuestro pico y la roca más cercana, y me lancé el primero en medio de los negros. Ya iban los míos á seguirme, cuando uno de los rebeldes hizo saltar de un hachazo el puente hecho astillas. Cayeron los pedazos al abismo golpeando en las rocas con un ruido espantoso; volví la cabeza; al mismo tiempo seis ó siete negros se apoderaron de mí y me desarmaron.

Me resistí como un leon y me ataron con cuerdas de cortezas de árboles, sin inquietarse por las balas que los míos hacian llover á su alrededor. Mi desesperacion fué dulcificada despues por los gritos de victoria que oí á mi lado; pronto los negros y mulatos se pusieron á trepar con la mayor confusion los vértices más escarpados, arrojando gritos de angustia. Mis guardianes hicieron lo mismo; el más vigoroso de entre ellos me cargó á su espalda y me condujo con todas sus fuerzas, saltando de roca en roca con la agilidad de una cabra. La luz de las llamas cesó de guiarle, pero le bastaba la débil claridad de la luna, y entonces prosiguió su marcha con ménos rapidez.

†

XXV.

Después de atravesar bosques y franquear torrentes, llegamos á un valle de un aspecto singularmente salvaje, cuyo lugar me era completamente desconocido. Este valle está situado en el sitio denominado en Santo Domingo *las dobles montañas*. Era una extensa sábana verde aprisionada en murallas de rocas desnudas. El frío penetrante que reinaba casi siempre en aquella region de la isla, se aumentaba entónces con el fresco de la noche, que estaba para terminar. El alba empezaba á hacer revivir los altas vértices de los alrededores, y el valle, sumergido aún en una oscuridad profunda, no estaba iluminado más que por las hogueras encendidas por los negros, porque allí era su punto de reunion. Los miembros dislocados de su ejército se iban reuniendo en desórden; los negros y mulatos llegaban de vez en cuando por pelotones, arrojando gritos de angustia y aullidos de rabia. Nuevas hogueras, brillantes como los ojos del tigre en la sombría sábana, marcaban á cada instante que el círculo del campamento se ensanchaba.

El negro que me habia hecho prisionero me depositó al pié de una encina, y desde allí pude observar

sin cuidado todo aquel extraño espectáculo. El negro me ató por la cintura al tronco del árbol, apretó los nudos redoblados que impedían todos mis movimientos, colocó sobre mi cabeza su gorro de lana roja, sin duda para indicar que yo le pertenecía, y después de asegurarse de que no me podía escapar ni serle arrebatado por otros, se dispuso á alejarse. Entónces me decidí á dirigirle la palabra, y le pregunté, en el dialecto criollo, si era de la banda de Deudon ó del Morne-Rouge. Se detuvo, y me respondió con altivez:

—¡Morne-Rouge!

Entónces se me ocurrió una idea. Habia oido hablar de la generosidad de Bug-Jargal, jefe de esta banda; y aunque resuelto, sin pena, á una muerte que debia concluir con todos mis infortunios, la idea de los tormentos que me esperaban si la recibia de Biassou, me inspiraba excesivo horror. No podia pedir cosa mejor que morir sin torturas; tal vez esto fuese una debilidad, pero creo que en tales momentos nuestra naturaleza humana siempre se revela. Pensé que si podia sustraerme á Biassou, obtendria tal vez de Bug-Jargal una muerte sin suplicio, una muerte de soldado.

Pedí al negro de Morne-Rouge que me llevase ante su jefe Bug-Jargal.

El negro se estremeció.

—¡Bug-Jargal!—exclamó golpeándose la frente con desesperacion.

Después, pasando rápidamente á la expresion del furor, me gritó amenazándome con el puño:

—¡Biassou! ¡Biassou!

Pronunciando este nombre amenazador, se alejó en seguida.

La cólera, el dolor del negro me recordaron la circunstancia del combate, de la cual deducíamos la prision ó muerte del jefe de las bandas del Morne-Bouge. Ya no dudé, y me resigné á la venganza de Biassou con que el negro me amenazaba.

LXXX

Un sereno de noche me acordé de la circunstancia del combate, de la cual deducíamos la prision ó muerte del jefe de las bandas del Morne-Bouge. Ya no dudé, y me resigné á la venganza de Biassou con que el negro me amenazaba.

El sereno de noche me acordé de la circunstancia del combate, de la cual deducíamos la prision ó muerte del jefe de las bandas del Morne-Bouge. Ya no dudé, y me resigné á la venganza de Biassou con que el negro me amenazaba.

XXVI.

Aun seguía el valle sumergido en las tinieblas, y la multitud de negros y el número de hogueras crecía sin cesar. Un grupo de negras vino á encender una, cerca de mí. En los numerosos brazaletes de vidrio azul, rojo y violeta que brillaban escalonados en sus brazos y piernas; en los anillos que pendían de sus orejas; en las sortijas que brillaban en los dedos de sus manos y piés; en los amuletos colgados de su cuello y en el *collar de encantos* que sobresalía entre los demás collares; en sus delantales de plumas de colores, única vestidura que velaba su desnudez, y sobre todo en sus gritos cadenciosos, reconocí en ellas á unas *griotas*.

Tal vez ignoreis que existe entre los negros de los diversos puntos de Africa, algunos dotados de un grosero talento de poesía y de improvisación, semejantes á la locura. Estos negros, errantes de reino en reino, son en aquellos países bárbaros, lo que eran los rapsodas en la antigüedad y en la Edad Media los *minstrels* de Inglaterra, los *minnensinger* de Alemania y los *trovadores* de Francia y España. Se les llama *griotes*. Sus mujeres, las *griotas*, poseídas como ellos de un demonio insensato, acompañan las bárbaras cancio-

nes de sus maridos con danzas lúbricas y presentan una parodia grotesca de las bayaderas del Indostan y de las almeas egipcias. De esta clase eran las mujeres que vinieron á sentarse en corro á algunos pasos de mí, con las piernas replegadas á la usanza africana, alrededor de un gran monton de ramas secas que arodian reflejando las llamas rojizas en sus horribles facciones.

Apénas formaron el círculo, se cogieron todas de la mano, y la más vieja, que llevaba como distintivo una pluma en su frente entrelazada entre sus cabellos, gritó:

—¡Ouangal!

Comprendí que iban á practicar uno de esos sortilegios que designan entre ellas con dicho nombre.

Todas repitieron: ¡Ouanga!

La más vieja, despues de un silencio preparatorio, arrancó un puñado de sus cabellos, que arrojó al fuego diciendo estas palabras sacramentales:

—*Malé ó guiab.*

Que en la jerga de los negros criollos quiere decir:

—Voy al diablo.

Todas las griotas imitando aquella accion, arrojaron á las llamas un mechon de sus cabellos, repitiendo gravemente:

—*Malé ó guiab.*

Aquella extraña invocacion y las muecas burlescas que la acompañaban, me arrancaron de la especie de convulsión involuntaria que ataca con frecuencia y á pesar suyo al hombre más serio y más anonadado por el dolor. En vano quise reprimir la risa; estalló.

Las negras, turbadas de este modo en su misterio, se levantaron sobresaltadas; hasta entónces no se

habian apercibido de mi presencia. Corrieron hácia mí en tropel gritando:

—¡Blanco! ¡Blanco!

Jamás he visto una reunión de rostros más diversamente horribles que lo que estaban en su furor todas aquellas caras negras, con sus dientes blancos y sus ojos sanguinolentos. Se disponian á desgarrarme, cuando la vieja directora exclamó muchas veces:

—¡Zoté cordél! ¡Zoté cordél!

Aquellas poseidas se detuvieron súbitamente, y las ví, no sin sorpresa, desatar sus delantales de plumas y arrojarlos sobre la hierba, empezando despues á mi alrededor la danza lasciva que los negros llaman la *chica*. Esta danza cuyas actitudes grotescas no expresan más que el placer y la alegría, tenía en aquella circunstancia diversos accesorios de un carácter siniestro. Las miradas terribles que me lanzaban las griotas en medio de sus locas evoluciones; el acento lúgubre que daban al aire de la *chica*; el gemido agudo y prolongado que la venerable presidenta de aquel sanhedrin negro arrancaba de vez en cuando á su *balafó*, instrumento que se compone de una veintena de canutos de madera, cuyo grueso y largo disminuyen gradualmente; y sobre todo, la horrible risa que cada bruja desnuda, en ciertas pausas de la danza, venia á mostrarme á la vez, apoyando casi su rostro en el mio, me anunciaba los horribles castigos que podia esperar el blanco profanador de su *ouanga*. Recordé la costumbre de ciertos pueblos salvajes, que bailan alrededor de sus prisioneros ántes de asesinarlos, y dejé pacientemente ejecutar á aquellas mujeres el baile del drama cuyo desenlace sangriento debia ser yo. A pesar de mi calma, no pude, sin embargo, por mé-

nos de estremecerme, cuando ví, en un momento marcado por el balafo, que cada una de las griotas introducía en el brasero la punta de una hoja de sable ó el hierro de un hacha, la extremidad de una larga aguja, las pinzas de una tenaza ó los dientes de una sierra.

La danza tocaba á su fin; los instrumentos de tortura estaban rojos. A una señal de la vieja, las negras fueron en procesion á buscar, una despues de otra, alguna arma en el fuego.

Las que no pudieron proveerse de un hierro ardiente, cogieron un tizon inflamado. Entónces comprendí claramente el suplicio que me estaba reservado y que cada bailarina era un verdugo.

A otra señal de su jefe, empezaron una última ronda lamentándose de una manera horrible. Cerré los ojos para no ver á aquellos demonios hembras, que jadeando de fatiga y de rabia, entrechocaban cadenciosamente por encima de sus cabezas sus férreas antorchas, de las que se escapaba un ruido agudo y torrentes de chispas. Esperaba el momento de sentir mis carnes desgarrarse, calcinarse mis huesos, y mis nervios retorcerse entre los ardientes mordiscos de las tenazas y las sierras, y un estremecimiento recorrió todos mis miembros. Aquel momento fué terrible; afortunadamente duró poco tiempo. La *chica* de las griotas llegaba á su último período, cuando oí la voz del negro que me habia hecho prisionero. Corria gritando:

—¿Qué haceis, mujeres del demonio?—Dejad mi prisionero.

Abrí los ojos; ya era de dia. El negro expresaba su cólera con mil gestos y palabras; las griotas se detuvieron, pero parecieron ménos atemorizadas con sus

amenazas que por la presencia de un personaje extraño que venia en compañía del negro.

Era un hombrecillo grueso y pequeño, una especie de enano, cuyo rostro estaba cubierto con un espeso velo blanco, agujereado por tres partes para la boca y los ojos á la manera de los penitentes. El velo, que caia sobre su cuello y sus hombros, dejaba al descubierto su pecho velludo del color de los negros *griffes*, y sobre el cual brillaba suspendido de una cadena de oro un sol de plata. Veíase la cruz de un grosero puñal pasar por encima de su cinturón color de escarlata que sujetaba una túnica rayada de verde, amarillo y negro y cuya franja descendía hasta sus largos y disformes piés. Sus brazos, desnudos como su pecho, agitaban un bastón blanco, pendía de su cintura un rosario cerca del puñal, y su cabeza estaba cubierta de un gorro puntiagudo adornado de campanillas, y el cual, cuando se acercó, reconocí con sorpresa que era el tocado de Habibrah. Entre los geroglíficos que cubrían aquella especie de mitra se veían algunas manchas de sangre, sin duda del fiel bufón. Aquellas señales de asesinato me parecieron una nueva prueba de su muerte y despertaron en mi corazón amargos recuerdos.

En el momento en que las griotas vieron al heredero de la gorra de Habibrah, exclamaron á una voz:

—El *obi*.

Y cayeron prosternadas. Adiviné que era el hechicero del ejército de Biassou.

—¡Bastal ¡Basta—dijo con voz sorda y grave.—Dejad al prisionero de Biassou.

Todas las negras se levantaron atropelladamente, arrojaron al suelo los instrumentos de muerte, volvie-

ron á ceñirse sus delantales de plumas, y á un gesto del obi, se dispersaron como una nube de langostas. Entónces la mirada del obi se fijó sobre mí, se estreñeció, retrocedió un paso y se volvió sobre las griotas agitando su baston como si quisiera llamarlas. Despues de refunfuñar algunas palabras, de las que sólo pude comprender la de *maldito*, se acercó al oido del negro y se retiró lentamente cruzando los brazos y en la actitud de una profunda meditacion.

XXVII.

Mi guardian me dijo entonces que Biassou queria verme y que me preparase para la entrevista dentro de una hora. Esto era una hora por lo ménos de vida aún.

Esperando que trascurriese, mis miradas vagaban por el campo de los rebeldes, pudiendo, gracias á la luz del dia, ver hasta en sus menores detalles su singular aspecto. En otra disposicion de ánimo no hubiera podido por ménos de reirme de la inepta vanidad de los negros, casi todos cargados de adornos militares y sacerdotales de que habian despojado á sus victimas. La mayor parte de sus vestiduras eran harapos ensangrentados; veíase brillar un alzacuello sobre una casaca, ó unas charreteras sobre una casulla.

Para indemnizarse de los rudos trabajos á que habian estado condenados toda su vida, los negros se entregaban á una inaccion desconocida á nuestros soldados aún en el retiro de las tiendas de campaña. Unos dormian al sol con la cabeza cerca de un fuego ardiente; otros cantaban un aire monótono agrupados en el umbral de sus *ajoupas*, especie de chozas cubiertas de hojas de bananero ó palmera y de forma cónica. Sus mujeres, negras ó cobrizas, ayudadas de sus

negrillos, preparaban la comida de los combatientes. Yo las veía remover con tenedores las bananas, las patatas, las habas, el coco, el maíz, la col que llaman *tayo*, y otras muchas frutas indígenas que hervían entre pedazos de cerdo, de perro y de tortuga en grandes calderas robadas en las casas de los plantadores.

A lo lejos, en los límites del campo, los griotes y griotas formaban grandes círculos alrededor de las hogueras, y el viento me traía á trozos sus bárbaros cánticos mezclados con los acordes de sus guitarras y balafos.

Algunos centinelas, colocados en las cimas de las rocas cercanas, marcaban los alrededores del cuartel general de Biassou, cuya sola defensa en caso de ataque era un cordón circular de carretas cargadas con botín y municiones. Aquellos centinelas negros, de pie sobre la punta aguda de las pirámides de granito, se volvían con frecuencia sobre sí mismos, como las veletas de las flechas en las torres góticas, enviándose uno á otro con toda la fuerza de sus pulmones el grito que mantenía la seguridad en el campamento.

—¡Nada! ¡Nada!

De vez en cuando se formaban cerca de mí grupos de negros curiosos. Todos me miraban con aire amenazador.



XXVIII.

Un peloton de soldados de color, bastante bien armados, vino en mi busca.

El negro á quien yo pertenecía me quitó las ligaduras que me sujetaban á la encina, y me entregó al jefe de la escuadra, de cuyas manos recibí á su vez un pesado saco que abrió inmediatamente. Contenia piastras.

Miéntas que el negro, arrodillado sobre la hierba las contaba con avidez, los soldados me llevaron; entónces observé con curiosidad su equipo. Llevaban un uniforme de paño grueso amarillo y rojo cortado á la española; una especie de montera castellana, adornada con una gran escarapela roja ocultaba sus lanudos cabellos; llevaban en vez de cartuchera una especie de bolsa de caza sujeta al costado; sus armas eran un pesado fusil, un sable y un puñal. Despues he sabido que este uniforme era el de la guardia particular de Biassou.

Despues de muchos rodeos entre las filas irregulares de *ajoupas* que inundaban el campamento, llegamos á la entrada de una gruta natural al pié de uno de los inmensos trozos de roca que amurallaban la sá-bana. Una gran cortina de una tela llamada cachemir

cerraba á la vista el interior de la caverna, que por el exterior estaba rodeada de dobles filas de soldados equipados como los que me conducian. Despues de cambiar el santo y seña con los centinelas situados á la entrada de la gruta, el jefe de la escuadra levantó la cortina y me introdujo, dejándola caer detras de mí.

Una lámpara de cobre con cinco mecheros, colgada de la bóveda por medio de cadenas, arrojaba una luz vacilante sobre las húmedas paredes de aquella habitacion cerrada á la luz del dia. Entre dos filas de soldados mulatos vi un hombre de color, sentado sobre un enorme tronco de caoba, medio cubierto con un tapiz de plumas de papagayo. Aquel hombre pertenecía á la especie de los *sacatras*, que no está separada de los negros sino por una débil diferencia de color, muchas veces imperceptible. Su traje era ridículo. Un cinturon magnífico de tejido de seda, del cual pendia una cruz de San Luis, retenia á la altura del ombligo un calzoncillo azul de tela grosera; una blusa blanca muy corta completaba su vestido. Llevaba botas grises, un sombrero redondo adornado con una escarapela encarnada, y dos charreteras, la una de oro con las dos estrellas de los mariscales de campo y la otra de estambre amarillo. Dos estrellas de cobre que parecia haber pertenecido á unas espuelas, habian sido fijadas en la última para hacerla, sin duda, digna de figurar al lado de su brillante compañera. Ambas charreteras no estaban fijas en su sitio natural con abrazaderas trasversales, y colgaban á ambos lados del pecho del jefe. Un sable y dos preciosas pistolas damasquinas estaban colocadas cerca de él, sobre el tapiz de pluma.

Detras de su asiento estaban en pié, inmóviles y

silenciosos, dos niños vestidos con el calzoncillo de los esclavos y que llevaban cada uno un gran abanico de plumas de pavo real. Aquellos dos niños eran blancos. Dos alfombrillas de terciopelo carmesi que parecían haber pertenecido al reclinatorio de un presbiterio, marcaban dos sitios á derecha é izquierda del trono de caoba. Uno de ellos, el de la derecha, estaba ocupado por el obi que me habia arrancado al furor de las griotas; á traves de su espeso velo blanco, veia brillar sus ojos constantemente fijos en mí.

A cada lado del jefe habia haces de banderas, estandartes y guiones de toda clase, entre los cuales noté la bandera blanca fiordelisada, la bandera tricolor y la bandera de España. Las demás eran banderas de capricho, y entre ellas un gran estandarte negro.

En el fondo de la sala, por encima de la cabeza del jefe, otro objeto llamó mi atencion. Era el retrato del mulato Ojé, enrodado el año anterior en la ciudad del Cabo con su teniente Juan Bautista Chavane y otros veinte negros y mestizos. En aquel retrato, Ojé, hijo de un carnicero del Cabo, estaba representado, como tenía de costumbre, con el uniforme de teniente coronel, con la cruz de San Luis y la orden del Mérito del Leon, que habia comprado en Europa al principe de Limbourg.

El jefe sacatra, ante el cual fui conducido, era de mediana estatura, y su rostro innoble ofrecia una rara mezcla de finura y crueldad. Mandó que me acercase y me miró por espacio de algun tiempo en silencio; despues se puso á sonreir, gruñendo á la manera de una hiena.

—Yo soy Biassou,—me dijo.

Me esperaba este nombre; pero al oirle de aquella

boca y en medio de su risa feroz, temblé interiormente. Mi rostro, sin embargo, permaneció tranquilo y sereno. No respondí.

Entonces continuó él expresándose en bastante mal francés:

—¿Es que te han empalado ya para que no puedas doblar el espinazo en presencia de Juan Biassou, generalísimo del país conquistado y mariscal de campo de los ejércitos de S. M. Católica?

La táctica de los principales rebeldes, era hacer creer que obraban tan pronto por el rey de Francia, tan pronto por la revolución, tan pronto por el rey de España.

Crucé los brazos sobre mi pecho y le miré fijamente.

Empezó á reirse de nuevo; esta risa extraña, burlesca y salvaje, le parecía peculiar.

—Parece que eres hombre de corazón. Escucha lo que voy á decirte. ¿Eres criollo?

—No,—le respondí;—soy francés.

Frunció el entrecejo, y repuso siempre risueño:

—Tanto mejor; veo por tu uniforme que eres oficial. ¿Qué edad tienes?

—Veinte años.

—¿Cuándo los has cumplido?

A esta pregunta, que despertaba en mí tan dolorosos recuerdos, quedé un momento pensativo. Repitió su pregunta, y yo respondí:

—El día en que fué ahorcado tu compañero Leogri.

La cólera contrajo sus facciones; despues continuó su risa, y añadió:

—Hace veintitres dias que Leogri fué ahorcado, y tú le dirás esta noche de mi parte, que has vivido

veinticuatro días más que él. Quiero dejarte en el mundo hoy todavía para que puedas contarle en qué estado está la libertad de sus hermanos, lo que has visto en el cuartel general de Juan Biassou, mariscal de campo, y cuál es la autoridad de este generalísimo sobre las *gentes del rey*.

Bajo este título se hacia llamar Juan Francisco *gran almirante de Francia*, y su camarada Biassou designaba sus hordas de negros y mulatos sublevados. Mandó que me hicieran sentar entre dos guardias en un rícon de la gruta, y haciendo una señal con la mano á unos negros cubiertos con el uniforme de ayudantes de campo, dijo:

—Que toquen llamada y que todo el ejército se reúna alrededor de nuestro cuartel general para pasarle revista. Y vos, señor capellan,—añadió dirigiéndose al obi,—revestios de vuestras vestiduras sacerdotales y celebrad para nosotros y nuestros soldados el santo sacrificio de la misa.

El obi se levantó, se inclinó profundamente delante de Biassou, y le dijo al oído algunas palabras, que el jefe interrumpió bruscamente en al alta voz:

—¿Qué es eso? ¡Que no teneis altar, señor cural! Pues es extraño en estas montañas. No importa. ¿Desde cuándo el buen Giu (Dios) necesita para su culto un templo magnífico y un altar adornado de oro y encajes? Gedeon y Josué le adoraron delante de un monton de piedras: hagamos como ellos, buen padre. Al buen Giu le basta con que los corazones le rueguen con fervor. ¿Que no teneis altar? ¡Pues bien, haced uno de esta gran caja de azúcar cogida ántes de ayer por las gentes del rey en la casa de Dubuissou!

Aquella órden fué cumplida inmediatamente. En

un momento se dispuso el interior de la gruta para aquella parodia del divino misterio. Llevaron un tabernáculo y otros efectos de culto robados en la parroquia de Acul, en aquel templo donde mi union con María recibió del cielo una bendicion tan prontamente seguida de infortunios. Se erigió en altar la caja de azúcar robada, y se la cubrió con un lienzo blanco, que no impedía leer sobre los costados del improvisado altar: «A los Sres. Dubuisson y Compañía, por Nantes.»

Cuando los vasos sagrados fueron puestos sobre el altar, el obi observó que faltaba una cruz; tiró de su puñal, cuyo mango tenía esta forma, y le clavó cerca del cáliz y la hostia, delante del tabernáculo. Entonces, sin quitarse su gorro de hechicero ni su velo de penitente, echó la casulla del párroco de Acul sobre su espalda y pecho desnudos, y abrió cerca del tabernáculo el misal con broches de plata, sobre el cual se habian leído las oraciones el dia de mi casamiento, y volviéndose hácia Biassou, cuyo sitio estaba marcado á pocos pasos del altar, anunció que estaba dispuesto por medio de una profunda salutacion.

Inmediatamente, á una señal del jefe las cortinas de cachemir fueron corridas, y se vió á todo el ejército negro formado en columna cerrada ante la puerta de la gruta.

Biassou se quitó su sombrero redondo y se arrodilló cerca del altar.

—¡De rodillas!—exclamó con voz estentórea.

—¡De rodillas!—repitieron los jefes de batallon.

Se oyó un prolongado redoble de tambores: todas las hordas se arrodillaron. Yo sólo permanecía inmóvil en mi sitio, indignado de la horrible profanacion que iba á cometerse ante mis ojos; pero los dos vigo-

rosos mulatos que me custodiaban me empujaron rudamente por la espalda, y caí de rodillas como los demás, obligado á rendir un simulacro de respeto á aquel simulacro de culto. El obi ofició gravemente: los dos pajes blancos de Biassou desempeñaban los oficios de diácono y subdiácono. La turba de rebeldes, siempre arrodillada, asistía á la ceremonia con un recogimiento que el *generalísimo* era el primero en dar el ejemplo. En el momento de la exaltación, el obi, elevando con sus manos la hostia consagrada, se volvió hácia el ejército, y gritó en el dialecto criollo:

—«Zoté coné bon Giu: ce ti mo fé zoté voer. Blan touyé li, touyé blan yo toute. (Vosotros conocéis al buen Dios, él es quien os muestra. Los blancos le han matado: matad todos los blancos.)

A estas palabras, pronunciadas en alta voz, la multitud arrojó un rugido, entrechocaron por largo tiempo sus armas, y fué necesario nada ménos que la intervención de Biassou para impedir que aquel ruido siniestro fuese la señal de mi última hora.

Comprendí á qué excesos de valor y atrocidad pueden llegar unos hombres para quienes un puñal era una cruz, y sobre cuyo espíritu toda impresion es tan rápida como profunda.

XXIX.

Terminada la ceremonia, el obi se volvió hácia Bias-sou con una respetuosa reverencia. Entónces el jefe se levantó, y dirigiéndose á mí:

—Nos acusan de no tener religion,—me dijo:—ya ves que es uná calumnia, y que somos buenos católicos.

No sé si hablaba irónicamente ó de buena fe. Un momento despues mandó le llevasen un gran vaso de cristal lleno de granos de maíz negro, y arrojó entre ellos algunos granos de maíz blanco: elevó el vaso por encima de su cabeza para que pudiesen verle todos los de su ejército:

—Hermanos: vosotros sois el maíz negro: vuestros enemigos son el maíz blanco.

Agitó el vaso para mezclar el contenido, y cuando los escasos granos blancos desaparecieron entre los numerosos granos negros, exclamó con aire de inspiracion y triunfo:

—Mirad lo que son los blancos comparados con los negros.

Una nueva aclamacion, repetida por los ecos de las montañas, acogió la parábola del jefe.

—El tiempo del sufrimiento ha pasado,—prosiguió Biassou, mezclando en su lenguaje las palabras crio-

llas y españolas con su mal francés.—Bastante pacientes hemos sido como carneros, cuya lana comparan los blancos con nuestros cabellos; seamos en adelante feroces é implacables como las panteras del país donde nos han arrancado. Sólo á la fuerza se conquistan los derechos; todo pertenece al que se muestra fuerte y sin piedad. San Lobo tiene dos festividades en el calendario gregoriano: ¡el cordero Pascual sólo tiene una! ¿No es cierto, señor capellan?

El obi se inclinó en señal de asentimiento.

—Han venido,—prosiguió Biassou,—han venido los enemigos de la regeneracion de la humanidad, esos blancos, esos colonos, esos plantadores, esos negociantes, verdaderos demonios vomitados por la boca de Alecto... Han venido con insolencia y están cubiertos, los soberbios, con armas, con penachos y magníficas vestiduras, y nos desprecian porque somos negros y estamos desnudos. ¡Piensan, en su orgullo, poderos dispersar tan fácilmente como estas plumas de pavo real arrojan los negros enjambres de mosquitos!

Al terminar esta peroracion, arrancó de las manos de uno de sus esclavos blancos el abanico que llevaba detras de él y le agitó sobre su cabeza con gestos vehementes. Despues añadió:

—Pero ¡hermanos míos! nuestro ejército ha caido sobre el suyo como los cuervos sobre un cadáver, y han caido en tierra, con sus bellos uniformes, bajo los golpes de estos brazos que creian sin vigor, ignorando que la buena madera es más durá cuando se la despoja de su corteza. ¡Estos tiranos execrables, ahora tiemblan, ahora tienen miedo!

Un aullido de alegría y de triunfo respondió á

este grito del jefe, y todas las hordas repitieron:

—¡Tienen miedo!

—¡Negros, criollos y congos!—prosiguió diciendo Biassou,—¡venganza y libertad! Mestizos, no os dejéis seducir por los diablos blancos. Vuestros padres están en sus filas, pero vuestras madres están en las nuestras. Además, hermanos míos de mi alma, ellos jamás os han tratado como padres, sino como amos: ¡sois tan esclavos como si fueseis negros! Mientras un miserable paño cubre apenas vuestros flancos tostados por el sol, vuestros bárbaros padres se cubren con buenos sombreros y llevan blusas de nankin los días de trabajo, y vestidos de seda y terciopelo los días de fiesta. Maldecid á estos seres desnaturalizados; pero como los santos mandamientos del buen Giu lo prohíbe, no herid cada uno á vuestro propio padre. Cuando los encontréis en las filas enemigas, deciros los unos á los otros: «mata á mi padre; yo mataré al tuyo.» Venganza, gentes del rey; libertad para todos los hombres. Este grito ha encontrado eco en todas las islas; ha partido de *Quriqueya* (Gran Tierra en criollo, antiguo nombre de Santo Domingo) y resuena en Tabago y Cuba. Un jefe de los ciento veinticinco negros marrones de la montaña Azul, un negro de la Jamáica, Bouckmann, es el que ha levantado el estandarte entre nosotros. Su primer acto de fraternidad con los negros de Santo Domingo ha sido una victoria; sigamos su glorioso ejemplo con la tea en una mano y el hacha en la otra. ¡Nada de gracia para los blancos, para los plantadores! Asesinemos sus familias; destruyamos sus plantaciones; no dejemos en sus dominios un árbol con raíces; trastornemos la tierra para que se trague á los blancos. ¡Valor! Ami-

gos y hermanos, pronto iremos á combatirlos y exterminarlos. ¡Vencer ó morir! ¡Vencedores, gozaremos de todas las alegrías de la vida; muertos, iremos al cielo; los santos nos esperan en el paraíso, donde cada bravo recibirá una doble medida de aguardiente y una piastra gruesa al día!

Esta especie de sermón soldadesco, que tan ridículo parece, produjo sobre los sublevados un efecto prodigioso. Es verdad que la extraordinaria pantomima de Biassou, el acento inspirado de su voz y el modo con que entrecortaba sus palabras, daba á su arenga cierto prestigio y fascinación. El arte con que mezclaba ciertos detalles encaminados á despertar la pasión ó el interés de los rebeldes, añadía grados de fuerza á una oratoria adecuada para aquellos hombres. No trataré de describiros el entusiasmo que estalló en el ejército insurgente después de semejante alocución; fué un concierto discordante de gritos, de quejas y de aullidos. Unos se golpeaban el pecho; otros agitaban sus mazas y sus sables; muchos, hincados de rodillas, permanecían en la actitud del éxtasis. Las negras desgarraban sus senos y sus brazos con espinas de pescados que usaban para desenredarse los cabellos. Las guitarras, los tantans, los tambores, los balafos, mezclaban su ruido á las descargas de fusilería. Aquello tenía mucho de *sabbat*. Biassou hizo una señal con la mano; el tumulto cesó como por encanto; los negros volvieron silenciosamente á sus filas. Esta disciplina, que Biassou había impuesto á los suyos con el simple ascendiente del pensamiento y de la voluntad, me llenó de admiración. Todos los rebeldes parecían hablar y moverse bajo la mano del jefe que mandaba, como el teclado de un piano bajo los dedos del músico.

XXX.

Otro espectáculo, otro género de charlatanismo y de fascinación excitó todavía más mi curiosidad: la curación de los heridos.

El obi, que llenaba en el ejército las dobles funciones de médico del alma y del cuerpo, empezó la inspección de los enfermos. Se había despojado de sus ornamentos sacerdotales y hecho llevar cerca de él una gran caja dividida en compartimientos que contenía sus drogas y herramientas. Rara vez usaba de sus útiles quirúrgicos, y excepto una lanceta hecha con la espina de un pescado, con la cual practicaba la sangría con gran destreza, me pareció bastante torpe en el manejo de las pinzas y del cuchillo que le servía de bisturí. La mayor parte de las veces se concretaba á prescribir tisanas de naranjo silvestre, brebajes de zarzaparrilla ó quina y algunos tragos de tafia añejo. Su remedio favorito, y que él llamaba soberano, se componía de tres vasos de vino tinto, donde mezclaba polvo de nuez moscada y yema de huevo cocido bajo la ceniza; con este específico curaba todas las llagas, todas las enfermedades.

Ya comprendereis que esta medicina era tan irriso-

ria como el culto que practicaba como ministro del altar; hasta es posible que el corto número de curaciones que operaba por casualidad, no hubiese bastado para inspirar confianza á los negros, si no hubiese añadido sus maneras de juglar á sus drogas tratando de obrar sobre la imaginacion más que sobre los males. Así, tan pronto se concretaba á tocar las heridas haciendo señales místicas, como otras veces, usando hábilmente de los restos de sus antiguas supersticiones mezcladas á su catolicismo de fecha reciente, ponía en las llagas una piedrecita fétida, á la que el enfermo atribuía efectos beneficiosos.

Si se le decía que tal herido, curado por él, había muerto á consecuencia de su herida y tal vez de sus medicinas:

—Lo había previsto,—respondía con voz solemne.— Era un traidor que en el incendio de tal casa salvó á un blanco. ¡Su muerte es un justo castigo!

Y los rebeldes aplaudían y redoblaban de cada vez más sus sentimientos de odio y venganza.

El charlatan empleó, entre otros, un medio curativo cuya singularidad me llamó la atención, con uno de los jefes negros heridos peligrosamente en el último combate. Examinó detenidamente la llaga, y después, subiéndolo al altar:

—Esto no es nada,—dijo.

Y desgarró tres ó cuatro hojas del misal, las quemó á la luz de los cirios robados en la iglesia de Acul, y mezclando las pavesas del papel consagrado con algunas gotas de vino vertidas en el caliz:

—Bebed,—dijo al herido;—esto es la salud.

El otro bebió estúpidamente, fijando en el juglar sus ojos que rebosaban confianza, mientras el obi

mantenia las manos extendidas sobre la cabeza del paciente como llamando sobre ella las bendiciones del cielo.

¡Quién sabe si su fe, si la convicción de que efectivamente estaba curado, le curó en efecto!

XXXI.

Otra escena, en la cual el encubierto obi fué todavía fué el principal actor, sucedió á ésta. El médico habia reemplazado al sacerdote; el hechicero reemplazó al médico.

—¡Hombres, escuchad!—exclamó saltando con increíble agilidad sobre el improvisado altar, donde se sentó con las piernas cruzadas;—¡escuchad! Que los que quieran leer en el libro del destino la palabra de su vida, que se acerquen y se lo diré. Yo he estudiado la ciencia de los egipcios.

Una multitud de negros y mulatos avanzaron rápidamente.

—¡Uno despues de otro!—dijo el obi;—si venis todos á la vez, todos á la vez entrareis en el sepulcro.

Se detuvieron. Un hombre de color, vestido de blusa y pantalon blanco, cubierta la cabeza con un madrás como los colonos ricos, llegó en aquel momento cerca de Biassou. La consternacion se retrataba en su semblante.

—¿Qué ocurre?—preguntó el generalísimo en voz baja.

Aquel hombre era el jefe mulato de Cayes, conocido despues con el nombre de *general Rigaud*; astuto bajo

el aspecto cándido; cruel bajo apariencia de dulzura. Le examiné con atención.

—General,—dijo Rigaud (aunque hablaban en voz baja, yo estaba cerca y les oía),—ha llegado á los límites del campamento un emisario de Juan Francisco. Dice que Bouckmann ha sido muerto en un encuentro con Mr. de Thouzard, y que los blancos han colocado su cabeza en la ciudad como un trofeo.

—¿No es más que eso?—dijo Biassou; y sus ojos brillaban con secreta alegría al ver disminuir el número de jefes, y crecer, por lo tanto, su importancia.

—El emisario de Juan Francisco tiene además otro mensaje que comunicaros.

—Corriente,—replicó Biassou.—Dejad esa cara de difunto, mi querido Rigaud.

—Pero,—observó éste,—¿no teméis el efecto que la muerte de Bouckamann pueda causar en el ejército?

—Rigaud,—respondió el jefe,—vos no sois tan sencillo como aparentáis; vais á juzgar lo que es Biassou. Retrasad solamente un cuarto de hora la admisión del mensajero.

Entonces se acercó al obi, que durante este secreto diálogo había comenzado su oficio de nigromántico, interrogando á los negros maravillados, examinando las líneas de sus frentes y manos, y distribuyendo más ó ménos la ventura del porvenir, segun el sonido, el color y el tamaño de la moneda que los negros depositaban á sus piés dentro de una patena de plata sobredorada. Biassou le dijo algunas palabras al oído; el hechicero, sin interrumpir su faena, exclamó:

—«Aquel que tenga en medio de la frente, sobre la arruga del sol, una figurilla cuadrada ó triangular, llegará á reunir una gran fortuna sin penas ni traba-

jos. La figura de tres SS reunidas, en cualquier punto de la frente que estén, es un signo funesto, y el que tenga este signo, se ahogará infaliblemente si no huye del agua con el mayor cuidado. Cuatro líneas que parten de la nariz y se encorvan dos á dos sobre la frente, anuncian que un día será prisionero de guerra y gemirá cautivo en poder del enemigo.»

El obi hizo una pausa.

—Compañeros,—añadió gravemente;— este signo le habia observado yo sobre la frente de Bug-Jargal, jefe de los bravos de Morne-Rouge.

Aquellas palabras, que me confirmaron la captura de Bug-Jargal, fueron seguidas de los lamentos de una horda compuesta exclusivamente de negros, cuyos jefes llevaban calzoncillos rojos; era la banda de Morne-Rouge.

El obi prosiguió:

—«El que tenga en la parte derecha de la frente, sobre la línea de la luna una figura parecida á una horquilla, que tema la ociosidad y la borrachera.»

«Una pequeña señal muy importante, la figura árabe del número 3 sobre la línea del sol, anuncia palos.»

Un viejo negro español-dominicano interrumpió al hechicero, implorando el socorro de su ciencia médica. Habia sido herido en la frente, y uno de sus ojos, arrancado de la órbita, pendia sangriento.

Apénas le vió exclamó:

—«Figuras redondas en la parte derecha de la frente, sobre la línea de la luna, anuncian enfermedades en los ojos.»

—Mira,—añadió dirigiéndose al pobre herido,—este signo está bien claro sobre tu frente. Veamos tu mano.

—Excelentísimo señor, —repuso el otro, — ¡mirad mi ojo!

—Inválido, —replicó el obi con mal humor, —no necesito ver tu ojo. La mano te digo.

El desgraciado presentó su mano, murmurando siempre:

—Mi ojo.

—Está muy bien, —dijo el hechicero.

«Si sobre la línea de la vida hay un punto rodeado de un pequeño círculo, con el tiempo será tuerto, porque esta figura anuncia la pérdida de un ojo.»

—Así es en efecto; hé aquí el punto y el círculo; tú serás tuerto.

—Ya lo soy, —respondió el otro gimiendo lastimosamente.

El obi le rechazó duramente, y prosiguió sin cuidarse de sus lamentos:

—Escuchad, hombres. Si las siete líneas de la frente son pequeñas, tortuosas y apenas marcadas, anuncian un hombre que vivirá poco.

«El que tenga entre las cejas, sobre la línea de la luna la figura de dos flechas cruzadas, morirá en una batalla.»

«Si la línea de la vida que atraviesa la mano presenta una cruz en su extremidad cerca de la juntura, presagia que se verá en un patíbulo.»

—Aquí, —añadió el obi, —debo deciros, queridos hermanos, que uno de los más bravos apoyos de la independencia, Bouckmann, tiene estos tres signos funestos.

Al oír estas palabras, todos los negros detuvieron la respiración; sus ojos inmóviles, fijos sobre el juglar, expresaban la atención que tanto se parece al estupor.

—Solamente,—añadió el obi,—que yo no puedo comprender este doble signo que amenaza á Bouckmann con perder la vida en una batalla y en un cadalso. Y sin embargo, mi ciencia es infalible.

Se detuvo cambiando una mirada con Biassou. Este dijo algunas palabras al oído á uno de sus ayudantes, que salió inmediatamente de la gruta. Poco despues volvió, trayendo en su compañía un negro cubierto de fango y polvo, y cuyos piés, desgarrados por los guijarros, probaban que habia hecho una larga marcha. Era el mensajero anunciado por Rigaud; tenia en una mano un paquete cerrado; en la otra un pergamino sellado con el emblema de un corazon inflamado y las iniciales *N* y *M*, que indicaban la reunion de negros y mulatos. Alrededor se leia: «Viva el rey.» Este documento era un pasaporte expedido por Juan Francisco. El emisario le presentó á Biassou, y despues de inclinarse hasta el suelo, le entregó el paquete cerrado. El generalísimo le abrió vivamente, recorrió los despachos que contenia, paso uno en el bolsillo de su blusa, y estrujando el otro entre sus mancs, exclamó con aire desconsolado:

—¡Gentes del rey!—(los negros saludaron profundamente).—¡Gentes del rey! Hé aquí lo que envia á Juan Biassou, generalísimo del pais conquistado, mariscal de campo de los ejércitos de su Majestad Católica, Juan Francisco, gran almirante de Francia, teniente general de los dichos ejércitos de su Majestad el Rey de España y de las Indias:

«Bouckmann, jefe de los negros de la montaña Azul, en la Jamáica, reconocidos independientes por el gobernador general de Belle-Combe, Bouckmann acaba de sucumbir en la gloriosa lucha de la libertad

y la humanidad contra el despotismo y la barbarie. Este bravo jefe ha muerto en un encuentro con los bandidos blancos del infame Thouzard. Los monstruos le han cortado despues su cabeza y la han expuesto ignominiosamente sobre el patibulo en la plaza de armas de la ciudad del Cabo. ¡Venganza!

El silencio sombrío del desaliento reinó por un instante en aquellas hordas, despues de la lectura del despacho. El obi se puso entónces en pié sobre el altar, y exclamó agitando su varilla blanca con ademanes de triunfo:

—Salomon, Zorobabel, Eleazar, Thaleb, Cardau, Judas Bowtaricht, Averroes, Alberto el Grande, Juan de Hagen, Ana Baratio, Daniel Ogrumof, Rachel Flintz, Alternino, yo os doy las gracias. La ciencia no me ha engañado. Hijos, amigos, hermanos, jóvenes, viejos, niños, mujeres, todos cuantos me escuchais, decidme: ¿qué habia predicho yo? Los signos de la frente de Bouckmann anunciaban que viviria poco y que moriria en un combate; las líneas de su mano, que se veria en un patibulo. Todas estas revelaciones se han realizado puntualmente, arreglándose los acontecimientos de tal modo, que lo que nosotros no podíamos conciliar ni comprender ha sucedido, la muerte sobre el campo de batalla y sobre el cadalso. ¡Admiraos, hermanos!

El desaliento de los negros se cambió, durante este discurso, en un terror maravilloso. Escuchaban al obi con una confianza mezclada de miedo; Biassou se sonreia, y por fin dirigió la palabra á su digno capellan:

—Señor cura, puesto que adivinai el porvenir, hacenos el obsequio de decir, cual es la suerte reservada á nos, Juan Biassou, mariscal de campo.

El obi se detuvo orgullosamente sobre el grotesco altar donde le divinizaba la credulidad de los negros, y le dijo:

—Acérquese su excelencia.

En aquel momento, el obi era el personaje más importante del ejército. El poder militar cedía ante el poder sacerdotal. Biassou se acercó: en sus ojos se leía algun despecho.

—Vuestra mano, general,—dijo el obi inclinándose para tomarla.—[Empiezo! «La línea de la juntura, igualmente marcada en toda su longitud, os promete riquezas y ventura.»

«La línea de la vida, larga y profunda, os presagia una vida exenta de enfermedades, una vejez madura; como estrecha que es además, designa vuestra sabiduría, vuestro ingenio, la generosidad de vuestro corazón; en fin, yo veo lo que los quirománticos llaman el más dichoso de todos los signos, una multitud de arruguillas en forma de árbol cargado de ramas que se elevan hácia lo alto de la mano; este es un pronóstico seguro de la opulencia y honores.»

«La línea de salud, muy larga, confirma los indicios de la línea de la vida é indica también el valor; encorvada, como lo está sobre el dedo pequeño formando una especie de gancho, es un signo de severidad útil y necesaria... (al decir esto el obi fijó sus ojos en mí.)»

«Cargada de pequeños círculos, la línea de salud os anuncia un gran número de suplicios necesarios que debéis ordenar.»

«La línea se interrumpe á la mitad para formar un semicírculo, señal de que os vereis expuesto á grandes peligros con las bestias feroces, es decir, con los blan-

cos, si no los exterminais. La línea de fortuna, rodeada como la de la vida de pequeños ramos que se elevan sobre lo alto de la mano, confirman el porvenir de poder y supremacía á que estais llamado; derecha, anuncia el talento de gobernar. La quinta línea, la del triángulo prolongada hasta el medio del dedo mayor, os promete éxito feliz en todas vuestras empresas.

«Pasemos á los dedos. El pulgar, atravesado en toda su lóngitud de pequeñas líneas que van desde la uña á la juntura, os promete una gran herencia, sin duda la de la gloria del gran Bouckmann. La pequeña eminencia que forma la raíz del índice, esta pequeña arruga débilmente marcada, honores y dignidades. El dedo de en medio no anuncia nada. El anular está surcado de líneas cruzadas unas sobre otras; venceréis á todos vuestros enemigos, dominareis á todos vuestros rivales.»

«La juntura que une al dedo pequeño con la mano, ofrece arrugas tortuosas: la fortuna os colmará de favores. Todavía veo la figura de un círculo, presagio que hay que añadir á los otros, que os anuncia dignidades.

«¡Dichoso, dice Eleazar Thaleb, aquel que lleva todos estos signos! El destino está encargado de su prosperidad, y su estrella le dará el genio que produce la gloria.

«Dejadme ahora, general, interrogad vuestra frente. Dice Rachel Flintz, el bohemio, que aquel que lleva en medio de la frente y sobre la línea del sol una pequeña figura cuadrada ó triangular, hará una gran fortuna; héla aquí bien pronunciada. Este signo de la derecha promete una gran sucesion; siempre la de Bouckmann. El signo de una herradura entre las cejas por encima de la línea de la luna, anuncia que se sabrá vengar de

las injurias y de la tiranía. Yo llevo este signo; vos le llevais tambien.

La manera con que el obi pronunció estas últimas palabras, aún me sorprende hoy.

—«Se le observa,—añadió en el mismo tono,—en todos los valientes que saben meditar una sublevacion y romper la servidumbre en los combates. La garra del leon que llevais marcada encima de la ceja, prueba vuestro brillante valor. En fin, general Juan Biassou, vuestra frente presenta el más notable de todos los signos de prosperidad, una combinacion de líneas que forman la letra M, inicial del nombre de la santa Virgen María; anuncia el genio, la gloria y el poder. Aquel que la lleva, hará siempre triunfar la causa que abra-ce; los que le tengan por jefe no tendrán jamás pérdida alguna. Vos sois el elegido por el destino.»

—Gracias, señor capellan,—dijo Biassou disponiéndose á sentirse de nuevo en su trono de caoba.

—Esperad, general,—repuso el obi;—aún queda un signo olvidado. La línea del sol, muy pronunciada sobre vuestra frente, prueba vuestro deseo de hacer dichosos á los demas, mucha liberalidad y mucha inclinacion á la magnificencia.

Biassou comprendió que aquel nuevo signo procedía de su olvido y no del obi. Sacó una bolsa bastante pesada y la arrojó en el platillo de plata para no dejar mal á la *línea del sol*.

El brillante horóscopo del jefe, hizo un efecto deslumbrador en el ejército. Todos los rebeldes, sobre los cuales la palabra del obi era más poderosa desde que predijera la muerte de Bouckmann, pasaron desde el desaliento al entusiasmo, y confiando ciegamente en su hechicero infalible y en su general predestinado,

gritaron á una voz: «¡Viva el general! ¡Viva el obil!» El obi y Biassou se miraron; sus burlonas sonrisas se correspondieron.

No sé por qué aquel charlatan atormentaba mi pensamiento: trataba de recordar en vano dónde había visto y oído una cosa parecida á aquel extraño sér. Traté de hacerle hablar.

—Señor obi,—le dije,—señor cura, señor doctor médico, señor capellan, mi buen padre...

Se volvió bruscamente.

—Todavía hay uno aquí, y ese soy yo, que desca saber su horóscopo.

Cruzó sus brazos sobre el sol plateado que cubria su velludo pecho, y no respondió. Yo añadí:

—Quisiera saber lo que pensais de mi porvenir; pero vuestros honrados camaradas me han robado el reloj y el bolsillo, y no sois hechicero capaz de profetizar de balde.

Avanzó rápidamente sobre mí, y me dijo sordamente al oído:

—¡Te engañas! Veamos tu mano.

Se la presenté mirándole cara á cara. Sus ojos chispeaban; examinó mi mano.

—Si la línea de la vida,—me dijo,—está cortada hácia el medio por pequeñas líneas trasversales y bien aparentes, son señal de muerte próxima. ¡La tuya lo está! Si la línea de salud no está en medio de la mano, y no hay más que las líneas de la vida y de la fortuna reunidas en ángulo, no se debe esperar que la muerte sea natural. ¡No esperes que la tuya lo sea! Si atraviesa una línea en toda su longitud por debajo del índice, señal de muerte violenta. ¿Lo oyes? prepárate á una muerte violenta!

Habia algo de burlon en aquella voz sepulcral que anunciaba la muerte. Yo le escuchaba con indiferencia y desprecio.

—Hechicero,—le dije con desden,—eres muy hábil; pronosticas sobre seguro.

Entónces se acercó más á mí.

—¿Dudas de mi ciencia? pues escucha aún. La ruptura de la línea del sol sobre tu frente, me anuncia que confundes á un amigo con un enemigo y á un enemigo con un amigo.

El sentido de aquellas palabras parecia concernir al pérfido Perico, á quien amaba y me habia hecho traicion, y al fiel Habibrad, á quien yo aborrecia, y cuyas ensangrentadas vestiduras acreditaban una muerte por afeccion.

—¿Qué quieres decir?—exclamé.

—Escucha hasta el fin,—prosiguió el obi.—Ya te he dicho el porvenir; hé aquí ahora tu pasado. La línea de la luna está ligeramente encorvada sobre tu frente; esto significa que te han robado á tu mujer...

Me estremecí: quise lanzarme de mi sitio, pero mis guardias me detuvieron.

—Tienes muy poca paciencia,—continuó diciendo el hechicero:—escucha, escucha hasta el fin. La cruz que corta el extremo de este gancho indica que te han robado á tu mujer la misma noche de tus bodas...

—¡Miserable! —exclamé,—tú sabes dónde está. ¿Quién eres?

Procuré otro vez más librarme y arrancarle el velo; però tuve que ceder al número y á la fuerza, y ver al obi alejarse diciéndome:

—¿Me crees ahora? ¡Prepárate á morir muy pronto!

XXXII.

Fué preciso, para distraerme un momento de las perplejidades en que me arrojó esta extraña escena, el nuevo drama que sucedió ante mis ojos, á la ridícula comedia que Biassou y el obi acababan de representar ante la embaucada muchedumbre.

Biassou se habia sentado sobre su escabel de caoba; el obi á su derecha, Rigaud á su izquierda; ambos sobre los tapices de terciopelo.

El obi, con los brazos cruzados sobre el pecho, parecia absorto en una profunda contemplacion. Biassou y Rigaud mascaban tabaco. Un ayudante llegó y preguntó al *mariscal de campo* si desfilaba el ejército, cuando llegaron tres grupos tumultuosos de negros á la entrada de la gruta arrojando gritos furiosos.

Cada uno de aquellos grupos conducia un prisionero á disposicion de Biassou, no para saber si le perdonaba, sino para saber qué genero de muerte le agradaba imponerles. Sus gritos siniestros lo anunciaban demasiado.

—¡Muerte! ¡Muerte! ¡Death! ¡Death!— gritaban algunos negros ingleses, tal vez de la horda de Bouckmann, que habian venido á incorporarse con los negros franceses y españoles de Biassou.

El *mariscal de campo* les impuso silencio con una señal de su mano, y mandó avanzar á los tres cautivos sobre el umbral de la gruta.

Reconocí con sorpresa á dos ellos. Uno era el ciudadano general C***, el filántropo corresponsal de todos los negrófilos del globo, que habia emitido su cruel opinión sobre los esclavos en el consejo celebrado en casa del gobernador. El otro era el plantador equívoco que demostraba tanta repugnancia por los mulatos, entre los cuales los blancos le contaban. El tercero parecia pertenecer á la clase de los *blanquillos*, es decir, de los blancos no colonos ni propietarios, sino artesanos ó industriales: llevaba un delantal de cuero, y las mangas de la camisa remangadas hasta el codo.

Los tres habian sido cogidos separadamente cuando trataban de ocultarse en las montañas. El blanquillo fué interrogado el primero.

—¿Quién eres?—le preguntó Biassou.

—Soy Santiago Belin, carpintero del hospital de los Padres en la ciudad del Cabo.

Una sorpresa mezclada de vergüenza se pintó en los ojos del generalísimo del país conquistado.

—¡Santiago Belin!—dijo mordiéndose los labios.

—Sí,—respondió el carpintero:—¿no me reconoces?

—Empieza tú,—dijo el *mariscal de campo*,—por reconocerme y saludarme.

—¡Yo no saludo á mi esclavo!—replicó el carpintero.

—¡Tu esclavo, miserable!—gritó el *generalísimo*.

—Sí,—añadió el carpintero,—sí, yo soy tu primer amo; tú finges no conocerme; pero acuérdate, Juan Biassou, que te vendí en trece piastras á un mercader dominicano.

Un violento despecho contrajo las facciones de Biassou.

—¿Y qué?—preguntó el blanquillo:—¿te avergüenzas de haberme servido? ¿Es que Juan Biassou no tiene á mucha honra haber pertenecido á Santiago Belin? Tu propia madre, la vieja loca, ha barrido muchas veces las virutas de mi taller; pero ahora la he vendido al señor mayordomo del hospital de los Padres; está tan decrepita, que no ha me querido dar por ella más que treinta y dos libras y seis cuartos. Esta es tu historia y la suya; pero parece que os habeis vuelto muy orgullosos los negros y mulatos, y que te has olvidado de aquellos tiempos en que servias de rodillas al maestro Santiago Belin, carpintero del Cabo.

Biassou le escuchó con su sonrisa feroz, que le daba el aspecto de un tigre.

—Basta!—exclamó.

Se volvió hácia los negros que habian conducido al maestro Belin:

—Disponed dos caballetes, dos planchas y una sierra, y llevaos á este hombre.—Santiago Belin, carpintero del Cabo, agráceme que te dispongo una muerte de carpintero.

Su risa acabó de explicar el horrible suplicio con que iba á ser castigado el orgullo de su antiguo amo. Yo me estremecí; pero Santiago Belin ni aun frunció las cejas. Se volvió fieramente hácia Biassou:

—Sí,—le dijo,—te doy las gracias, porque yo te vendí por trece piastras, y tú me has producido ciertamente mucho más que lo que vales.

Se le llevaron.

—Y qué?—preguntó el blanquillo:—No averigüémos
 lo haberme servido y si que Juan Biassou no tiene a
 mucha hora haber pertenecido a Santiago Bolívar. Tu
 propia madre, la vieja loca, ha barrido muchas veces
 las virtas de mi taller para la he vendido al
 señor mayordomo del hospital de los Padres; esta tan
 electérica, que no ha me querido dar por ella más que

XXXIII.

Los otros dos prisioneros habían asistido, más muertos que vivos, á aquel prólogo terrible de su propia tragedia. Su actitud humilde y consternada contrastaba con la firmeza un poco fanfarrona del carpintero; todos sus miembros temblaban.

Biassou les miró uno despues de otro con sus ojos de zorra; despues, complaciéndose en prolongar su agonía, entabló con Rigaud una conversacion sobre las diferentes clases de tabaco, diciendo que el de la Habana sólo era bueno para fumarlo en cigarros, y que no conocía, para tomarlo en polvo, otro mejor que el tabaco de España, del cual el difunto Bouckmann le había enviado dos barriles cogidos en casa de Mr. Labattu, propietario de la isla de la Tortuga.

Despues, dirigiéndose bruscamente al ciudadano general C***:

—¿Tu qué opinas?—le preguntó.

Este apóstrofe inesperado hizo titubear al ciudadano. Respondió balbuceando:

—Yo soy de la misma opinion que su excelencia, general.

—¡Adulador!—replicó Biassou.—Te preguntó tu opinion y no la mia. ¿Conoces un tabaco mejor para tomar rapé que el de Mr. Labattu?

—No, en verdad, monseñor,—dijo C***, cuya turbación divertía á Biassou.

—¡General! ¡Excelencia! ¡Monseñor!—replicó el jefe impacientado. Tú eres un aristócrata.

—¡Oh! ¡En verdad que no!—exclamó el ciudadano general;—yo soy un buen patriota del 91 y ferviente negrófilo.

—*Negrófilo*,—interrumpió el generalísimo;—¿qué es eso de negrófilo?

—Quiere decir amigo de los negros,—balbuceó el ciudadano.

—No basta ser amigo de los negros,—repuso Biassou con severidad;—es preciso serlo también de los hombres de color.

Ya hemos dicho que Biassou era sacatra.

—De los hombres de color, eso es lo que he querido decir,—respondió humildemente el negrófilo.—Yo estoy en relaciones con los más famosos partidarios de los negros y mulatos;...

Biassou, muy satisfecho con humillar á un blanco, le interrumpió otra vez:

—¡Negros y mulatos! ¿Qué quiere decir eso? ¿Vienes aquí á insultarnos con esos nombres odiosos, inventados por el desprecio de los blancos? Aquí no hay más que negros y hombres de color, ¿lo entendéis, señor colono?

—Es una mala costumbre contraída desde la infancia,—repuso C***;—perdonadme, no he tenido intención de ofenderos, monseñor;...

—Déjate de *monseñor*; te repito que no me gustan esas maneras de aristócrata.

C*** quiso excusarse y se puso á tartamudear una explicación:

—Si vos me conociéseis, ciudadano...

—¡Ciudadano! ¿Por quién me tomas?—exclamó Biassou profundamente irritado.—Détesto esa jerga de jacobino. ¿Serás jacobino por casualidad? ¡Piensa en que hablas al generalísimo de las gentes del rey! ¡Ciudadano!... ¡Insolente!...

El pobre negrófilo no sabía en qué tono hablar á aquel hombre que rechazaba igualmente los tratamientos de *monseñor* y de *ciudadano*, el lenguaje de los aristócratas y el de los patriotas; estaba aterrado. Biassou, cuya cólera no era real sino simulada, gozaba cruelmente con su turbacion.

—¡Ah!—dijo por fin el ciudadano general,—veo que me juzgais muy mal, noble defensor de los derechos imprescriptibles de la mitad del género humano...

En su duda para dar una calificación cualquiera al jefe, que parecia rechazarlas todas, recurrió á una de esas perifrasis sonoras que los revolucionarios sustituyen al nombre y título de la persona á quien arengan.

Biassou le miró fijamente, y le dijo:

—¿Tú amas á los negros y á los mestizos?

—¡Si les amo!—exclamó el ciudadano C***;—yo estoy en correspondencia con Brissot y...

Biassou le interrumpió mofándose:

—¡Ah! ¡ah! Me gusta ver en tí un amigo de nuestra causa. En este supuesto, tú debes aborrecer á los miserables colonos que han castigado nuestra justa insurreccion con los más crueles suplicios; tú debes pensar lo mismo que nosotros, que no son los negros, sino los blancos, los verdaderos rebeldes, puesto que se rebelan contra la naturaleza y la humanidad; tú debes execrar á semejantes monstruos.

—Sí, ¡yo los aborrezco!—respondió C***.

—Pues bien,—prosiguió Biassou,—¿qué piensas de un hombre que para sofocar las últimas tentativas de los esclavos, ha plantado cincuenta cabezas de negros á ambos lados de la avenida de su casa?

La palidez de C*** se mostró terrible.

—¿Qué piensas de un blanco que ha propuesto rodear la ciudad del Cabo con un cordon de cabezas de esclavos?

—¡Perdon! ¡Perdon!—dijo atemorizado el ciudadano general.

—¿Por ventura yo te amenazo?—replicó friamente Biassou.—Déjame acabar... De un cordon de cabezas que rodease la ciudad desde el fuerte Picolet al Cabo Caracol. ¿Qué piensas de esto, eh? responde.

Las palabras de Biassou *por ventura yo te amenazo* habian devuelto alguna esperanza á C***; pensó que tal vez el jefe sabia aquellos horrores sin saber quién fuese el autor, y respondió con alguna firmeza para evitar toda presuncion que pudiera serle desfavorable:

—Pienso que son crímenes atroces.

Biassou se sonreia con mofa.

—Bueno. ¿Y qué castigo impondrias al culpable?

Aquí el desgraciado C*** titubeó.

—Dime,—insistió Biassou,—¿eres amigo de los negros, sí ó no?

Entre ambas alternativas, el negrófilo eligió la ménos amenazadora; no observando nada de hostil en la mirada de Biassou, respondió con débil voz:

—El culpable mercede la muerte.

—Muy bien respondido,—dijo tranquilamente Biassou, arrojando el tabaco que mascaba.

Aquel aire de indiferencia devolvió alguna seguri-

dad al pobre negrófilo. Todavía intentó, sin embargo, hacer un esfuerzo para apartar todas las sospechas que pudieran pesar sobre él.

—Nadie,—exclamó,— ha hecho votos más ardientes que los míos por el triunfo de vuestra causa. Yo estoy en correspondencia con Brissot y Pruneau de Pomme-Gouge, en Francia; Magaw, en América; Peter Paulus, en Holanda; el abate Tamburini, en Italia...

Seguía despachando muy ufano esta letanía filantrópica, que ya en otras circunstancias había enumerado y con otro objeto en casa de Mr. Blanchelande, cuando Biassou le detuvo.

—¡Eh! ¿Qué me importan á mí todos tus correspondientes? Dime dónde están tus almacenes, tus depósitos; mi ejército necesita municiones. Tus plantaciones son sin duda ricas, tu casa de comercio debe ser fuerte, puesto que estás en correspondencia con todos los negociantes del mundo.

El ciudadano C**^a aventuró tímidamente una observación.

—Los héroes de la humanidad no son negociantes; son filósofos, filántropos, negrófilos.

—Vamos,—dijo Biassou moviendo la cabeza;— otra vez vuelves con tus endiabladas palabras ininteligibles. Pues bien; si no tienes depósitos ni almacenes que saquear, ¿para qué sirves?

Esta pregunta proporcionó un rayo de esperanza al ciudadano C**^a, que la asió con avidez.

—Ilustre guerrero,—respondió,— ¿teneis algún economista en vuestro ejército?

—¿Y qué es eso?—preguntó el jefe.

—Eso es,—dijo el prisionero con tanto énfasis como su temor lo permitía,—un hombre necesario por exce-

lencia; aquel que sólo aprecia, según sus valores respectivos, los recursos materiales de un imperio; que los escalona según el orden de su importancia; los clasifica siguiendo su valor; los bonifica y mejora combinando sus fuentes y sus resultados, y los distribuye á propósito, como otros tantos arroyos fecundantes en el gran río de la utilidad general, que viene á engrosar á su vez el mar de la prosperidad pública.

—¡Caramba! —dijo Biassou inclinándose hácia el obi.—¿Qué diantre quiere decir con esas palabras, ensartadas las unas en las otras como las cuentas de vuestro rosario?

El obi se encogió de hombros en señal de ignorancia y desden. El ciudadano C*** prosiguió:

—Yo he estudiado, dignaos oírme valiente jefe de los bravos regeneradores de Santo Domingo: yo he estudiado á los grandes economistas, Turgot, Raynal y Mirabeau el amigo de los hombres. Yo he puesto en práctica su teoría; yo sé la ciencia indispensable para el gobierno de los reinos y demas estados...

—El economista no es muy económico de palabras,—dijo Rigaud con su sonrisa amable y burlona.

Biassou exclamó:

—Dime, charlatan, ¿tengo yo reinos ni estados que gobernar?

—Todavía no, grande hombre,—repuso C***,—pero puede suceder; además, mi ciencia descende á detalles muy útiles para la administración de un ejército.

El generalísimo le volvió á interrumpir bruscamente.

—Yo no administro mi ejército, señor plantador; yo le mando.

—Muy bien,—observó el ciudadano;—vos sereis el

general, yo seré el intendente. Tengo conocimientos especiales para la multiplicacion de las bestias...

—¿Creeis que nos ocupamos de criar animales?—dijo riéndose Biassou;—nosotros nos los comemos. Cuando me falte el rebaño de la colonia francesa, pasará á la frontera é iré á tomar los bueyes y corderos españoles que se crían en las grandes llanuras de Cotuy, de la Vega, de Santiago y sobre las orillas del Yuna; iré á buscar, si es preciso, los que pastan en la Península de Samaná y en las vertientes de las montañas de Cibes, desde las bocas del Neiba hasta más allá de Santo Domingo. De camino tendré ocasion de castigar á esos condenados plantadores españoles que ahorcaron á Ogé. Ya ves que no estoy falto de víveres y que para nada necesito tu ciencia, tan *necesaria por excelencia*.

Esta vigorosa declaracion desconcertó al pobre economista; trató sin embargo de ensayar otro medio de salvacion.

—Mis estudios no se limitan á la cria de ganados; tengo otros conocimientos especiales que pueden seros muy útiles. Yo os indicaré los medios de explotar las minas de carbon de tierra.

—¿Qué me importa!—dijo Biassou. —Cuando lo necesite, quemaré tres leguas de bosques.

—Yo os enseñaré el empleo de toda clase de madera,—prosiguió el prisionero;—el chicaron y el sabieca para las quillas de los navíos; los yabas para la curvaturas; los tocumas para los miembros; el hacama, el gaiac, el cedro, el acoma...

—¿Que te lleven los demonios de cien infiernos!—exclamó Biassou impacientado.

—¿Qué decis, mi gracioso patron?—dijo temblan-

do el economista, porque aquellas palabras habian sido dichas en español, cuyo idioma ignoraba.

—Escuchá, —repuso Biassou, —yo no necesito navíos. No hay más que un destino vacante en mi comitiva; el de mi ayuda de cámara. Mira, señor filósofo, si te conviene. Me servirás de rodillas, me llevaras la pipa, el calalú y la sopa de tortuga, y detrás de mí un abanico de plumas de pavo real como estos dos pajes que ves aquí. Responde: ¿quieres ser mi ayuda de cámara?

El ciudadano C***, que sólo pensaba en salvar su vida, se inclinó sobre la tierra con mil demostraciones de alegría y reconocimiento.

—¿Aceptas?—preguntó de nuevo Biassou.

—¿Podeis dudar, mi generoso amo, que titubee un momento ante un favor tan insigne como servir á vuestra persona?

A esta respuesta, la risa diabólica de Biassou estalló por completo. Se cruzó de brazos, se levantó con aire de triunfo, y rechazando con el pié la cabeza del blanco prosternado delante de él, exclamó en alta voz:

—He querido probar hasta dónde puede ir la cobardía de los blancos, despues de haber visto hasta dónde llega su crueldad, y á tí te debo este doble ejemplo, ciudadano C***. ¡Yo te conozco! ¿Cómo has sido tan estúpido que no te has apercebido de ello? Tú eres el que has presidido los suplicios de Junio, Julio y Agosto; tú eres el que plantaste cincuenta cabezas de negros á ambos lados de la avenida de tu casa á guisa de palmeras: tú eres el que querias degollar los quinientos negros que quedaban bajo tus hierros despues de la sublevacion, y rodear la ciudad del Cabo con un cordon de cabezas de esclavos, desde el fuerte Picolet á la punta del Caracol. ¡Tú hubieras hecho, si hubie-

ras podido, un trofeo con mi cabeza, y ahora te estimas dichoso con que te quiera para mi ayuda de cámara! ¡No, no! Yo tendré más cuidado de tu honra que tú mismo; yo no te haré semejante afrenta. ¡Prepárate á morir!

Hizo un gesto, y los negros colocaron cerca de mí al desgraciado negrófilo, que, sin pronunciar una palabra, habia caido á los piés del jefe como herido del rayo.

XXXIV.

—¡ Ahora te toca á tí!—dijo el generalísimo dirigiéndose al último de los prisioneros, al colono sospechoso de ser mestizo por los blancos, y con quien en otro tiempo me habia batido por esta injuria.

Un clamor general de los rebeldes ahogó la respuesta del colono.

—¡ Muerte! ¡ Muerte! ¡ Death! ¡ Touyé!—gritaron rechinando los dientes y enseñando los puños al desgraciado cautivo.

—General,—dijo un mulato que se expresaba más claramente que los otros,—es un blanco; ¡es preciso que muera!

El pobre plantador, á fuerza de gestos y de gritos, consiguió que le oyeran algunas palabras.

—No, no, señor general; no, hermanos míos; yo no soy blanco. Es una abominable calumnia. Yo soy mulato, un mestizo como vosotros, hijo de una negra como vuestras madres y vuestras hermanas.

—¡ Miente!—gritaron los negros furiosos.—Es un blanco que siempre ha aborrecido á los negros y á los hombres de color.

—¡ Jamás!—repetia el prisionero.—¡ Los blancos son

á los que detesto! Yo soy uno de vuestros hermanos; yo siempre he dicho: «Negre cé blan cé negre.»

Estas palabras, dichas en el dialecto criollo, quieren decir literalmente:—«Los negros son los blancos; los blancos son los negros,»—ó más claro:—«Los negros son los amos; los blancos los esclavos.»

—¡Nada, nada!—gritó la multitud;—*touyé blan, touyé blan* (matar al blanco, matar al blanco).

El desgraciado repetía, lamentándose miserablemente:

—¡Yo soy un mulato! ¡Yo soy uno de los vuestros!

—¿La prueba?—dijo friamente Biassou.

—La prueba,—respondió el otro con apresuramiento,—es que los blancos me han despreciado siempre.

—Eso puede ser verdad,—replicó Biassou;—pero tú eres un insolente.

Un jóven mestizo dirigió vivamente la palabra al colono:

—Los blancos te desprecian y hacen muy bien; pero en cambio tú desprecias á los mestizos, entre los cuales ellos te cuentan. Me han dicho que una vez has provocado en duelo á un hombre por haberte dicho que eras de nuestra casta.

Un rumor universal se levantó entre la multitud indignada, y los gritos de muerte, más violentos que nunca, cubrieron la justificación del colono, que arrojando sobre mí una mirada oblicua de súplica, repetía llorando:

—Es una calumnia. Yo no tengo otra gloria ni otra felicidad que pertenecer á los negros. Yo soy un mulato.

—Si fueses mulato en efecto,—observó Rigaud con mucha calma,—no te servirías de esa palabra.

Hay que tener presente que los hombres de color rechazan coléricos dicha calificación, inventada, según ellos dicen, por el desprecio de los blancos.

—¿Sé yo lo que me digo?—repuso el miserable.— Señor general en jefe, la prueba de que soy mestizo es este círculo negro que podéis ver alrededor de mis uñas.

Biassou rechazó aquella mano suplicante.

—Yo no tengo la ciencia del señor capellan, que advina lo que es cada uno por el examen de la mano; pero escucha: nuestros soldados te acusan, los unos de ser blanco, los otros de ser un falso hermano. Si esto es así, debes morir. Tú sostienes que perteneces á nuestra casta y que jamás has renegado de ella; pues bien, te queda un medio de probar lo que dices y salvarte.

—¿Cuál, mi general, cuál?—preguntó el colono apresuradamente. Estoy dispuesto.

—Héle aquí,—contestó Biassou friamente.—Toma este puñal y dá tú mismo de puñaladas á esos dos prisioneros blancos.

Hablando así nos designaba con la mirada y con la mano. El colono retrocedió con horror delante del puñal que Biassou le ofrecía con su sonrisa infernal.

—¿Qué es eso,—dijo el jefe,—titubeas! Pues es el único medio de probarme, así como á mi ejército, que no eres un blanco, sino de los nuestros. Vamos, decídeté, y no me hagas perder el tiempo.

Los ojos del prisionero vagaban extraviados; dió un paso hácia el puñal, despues dejó caer los brazos y se detuvo volviendo la cabeza. Todo su cuerpo se agitaba estremecido.

—¡Vamos!—gritó Biassou en tono de impaciencia y

de cólera.—Tengo prisa. Elige entre matarlos tú mismo ó morir con ellos.

El colono permaneció inmóvil y como petrificado.
—Muy bien,—dijo Biassou volviéndose hacia los negros,—puesto que no quiere ser el verdugo será la víctima. Ya veo que es un blanco: llevadle.

Los negros se adelantaron para sujetar al colono; este movimiento decidió entre la muerte que dar y la muerte que recibir. El exceso de cobardía tiene también su valor.
Se precipitó sobre el puñal que Biassou le ofrecía, y después, sin tomarse tiempo para reflexionar sobre lo que iba á hacer, el miserable se arrojó como un tigre sobre el ciudadano C***, que estaba tendido en tierra cerca de mí.

Entonces empezó una lucha horrible.

El negrófilo, á quien el desenlace del interrogatorio con que le habia atormentado Biassou le tenía en una desesperacion estúpida, habia presenciado la escena posterior á la suya entre el jefe y el plantador mestizo con los ojos fijos y de tal manera absorto en su próximo suplicio, que nada comprendió de cuanto pasaba; pero cuando vió al colono caer sobre él y brillar el acero sobre su cabeza, la inminencia del peligro le hizo volver en sí sobresaltado. Se puso en pié y detuvo la mano del asesino, gritando con voz lamentable:

—¡Gracia! ¡gracia!—¿Qué quereis?—¿Qué os he hecho?

—Es preciso morir, caballero,—respondió el mestizo procurando desasir su brazo y fijando en la víctima sus ojos extraviados. Dejadme; no os haré daño.

—¡Morir á vuestras manos!—dijo el economista,—¿y por qué?—Perdonadme. Vos me tendreis rencor tal vez porque otras veces he dicho que sois un mestizo. De-

jadme la vida; yo reconozco y declaro que sois un blanco. Si, sois un blanco, lo diré por todas partes, pero gracia...

El negrófilo eligió mal su medio de defensa.

—¡Cállatel ¡cállatel!—gritaba el mestizo furioso temiendo que los negros oyesen aquella declaracion.

Pero el otro vociferaba que le reconocia por blanco y de muy buena raza.

El mestizo hizo un último esfuerzo para reducirle al silencio, apretó con violencia las manos que le retenian, é introdujo su puñal á través de los vestidos del ciudadano C***. El infortunado sintió la punta del hierro y mordió el brazo que se lo hundia.

—¡Monstruo! ¡infame! ¡no me asesines!

Arrojó una mirada sobre Biassou.

—¡Defiéndeme, vengador de la humanidad!

El asesino se apoyó fuertemente sobre el puñal; un chorro de sangre brotó alrededor de su mano y le salpicó el rostro. Las rodillas del desgraciado negrófilo se doblaron de repente; sus brazos se aflojaron, sus ojos se extinguieron y de su boca salió un sordo/gemido.

Cayó muerto.

... como en un blanco, lo dice por todas partes, pero

... el negro eligió mal su medio de defensa.

... Pero el otro veía que la reconquista por blanco

XXXV.

... El mestizo hizo un último esfuerzo para reducirle

... Esta escena, en la cual esperaba representar mi

papel, me heló de horror. El *vengador de la humanidad* contempló la lucha de las dos víctimas con ojos impasibles. Cuando todo estuvo concluido, se volvió á sus pajes espantados:

—Traedme más tabaco,—dijo.

Y se puso á mascarle tranquilamente. El obi y Rigaud estaban impasibles é inmóviles; los negros mismos parecían aterrorizados del horrible espectáculo que su jefe acababa de proporcionarles:

Aun quedaba un blanco que asesinar; era yo: había llegado mi vez. Arrojé una mirada sobre el que iba á ser mi verdugo y me dió lástima de él. Sus labios estaban de color de violeta, sus dientes se entrecrocaban, un temblor convulsivo recorría todos sus miembros; su mano se dirigía maquinalmente á su rostro para enjugar las manchas de sangre, y miraba con aire insensato al cadáver humeante tendido á sus pies. Sus ojos no podían apartarse de su víctima.

Yo esperaba el momento en aquel hombre terminase su tarea con mi muerte para demostrar que era mulato, como en otro tiempo quiso matarme para demostrar que era blanco.

—Vamos,—dijo Biassou,—muy bien; estoy contento contigo, amigo mio.

Arrojó una mirada sobre mí, y añadió:

—Te perdono el otro; vete. Te declaramos buen hermano y te nombramos verdugo de nuestro ejército.

A estas palabras del jefe salió un negro de entre las filas, se inclinó tres veces delante de Biassou, y dijo en su jerga criolla:

—¿Y yo, mi general?

—¿Y qué? ¿qué quieres tú?—preguntó Biassou.

—¿No hareis nada por mí, mi general?—dijo el negro.—Puesto que dais un ascenso á este blanco perro que asesina para que se le tenga por uno de los nuestros, ¿no me dareis nada á mí que soy un buen negro?

Esta peticion inesperada desconcertó á Biassou; se inclinó al oido de Rigaud, y este le dijo:

—No se le puede complacer, eludid su demanda.

—¿Quieres un ascenso?—preguntó entonces Biassou al buen negro;—no tengo inconveniente. ¿Qué grado deseas?

—Quiero ser *oficial*.

—¡Oficial!—repuso el generalísimo;—¿y cuáles son tus servicios para conseguir la charretera?

—Yo he sido,—respondió el negro con énfasis,—quien prendió fuego á la casa de Lagoscette, en los primeros dias de Agosto; yo he sido quien asesinó á Mr. Clement, el plantador, y llevado su cabeza en la punta de una pica; yo he degollado diez mujeres blancas y siete niños, uno de los cuales ha servido de estandarte á los valientes negros de Bouckmann. Más tarde, he quemado cuatro familias de colonos en una habitacion del fuerte Galifet, que cerré con doble llave

hasta incendiarla. Mi padre ha sido enroldado en el Cabo, mi hermano fué ahorcado en Rocrou, y yo mismo he estado á punto de ser fusilado. He quemado tres plantaciones de café, seis plantaciones de indigo, doscientos cuadros de cañas de azúcar; he matado á mi amo y á su madre....

—Ahórrame tu hoja de servicios, —dijo Biassou, cuya aparente mansedumbre ocultaba la crueldad más refinada, pero que era feroz con decencia y no podía sufrir el cinismo del brigandaje.

—Podría citar aún otros muchos, —repuso el negro con orgullo;—pero vos encontrareis que los dichos son suficientes para merecer el grado de oficial y llevar la charretera de oro sobre mi blusa como mis camaradas aquí presentes.

Y señalaba á los ayudantes y estado mayor de Biassou.

El generalísimo pareció reflexionar un momento, y después dirigió gravemente estas palabras al negro:

—Te concederé un grado con la mejor voluntad del mundo; estoy satisfecho de tus servicios; pero es menester una cosa. ¿Sabes latin?

El bandido abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Qué me preguntais, mi general?—balbuceó.

—Te pregunto si sabes latin, —dijo vivamente Biassou.

—¡Latin!—repitió el negro estupefacto.

—¡Sí, sí, sí, latin! ¿Sabes latin?—prosiguió el astuto jefe.

Y desplegando un estandarte de los que tenía cercanos, y sobre el cual estaba escrito este verso del salmo: *In exitu Israel de Egipto*, añadió:

—Explicanos lo que quieren decir estas palabras.

El negro, en el colmo de la sorpresa, permanecía inmóvil y mudo y arrugaba maquinalmente entre sus dedos la tela de su calzoncillo, mientras que sus ojos asombrados iban del general á la bandera y de la bandera al general.

—Vamos, responde,—dijo Biassou con impaciencia.

El negro, despues de rascarse la cabeza, abrió y cerró muchas veces la boca, y dijo por fin con voz entrecortada:

—No sé lo que quieren decir, mi general.

El rostro de Briassou tomó súbitamente una expresión de cólera y de indignación.

—¡Cómo, pícaro miserable!—exclamó,—¿cómo quieres ser oficial y no sabes latín?

—Pero... mi general...—balbuceó el negro confuso y temblando.

—¡Cállate,—replicó Biassou, cuya cólera parecía crecer.—No sé por qué me detengo y no te mando fusilar por tu loca presunción. ¿Comprendéis, Rigaud, este bromista oficial que ni siquiera sabe latín? Pues bien, tunante, puesto que no entiendes lo que está escrito sobre esta bandera, voy yo mismo á explicártelo. *In exitu*, todo soldado, *Israel*, que no sepa latín, *de Egipto*, no puede ser nombrado oficial. ¿No es así, señor capellan?

El obi hizo una señal afirmativa. Biassou prosiguió:

—Este hermano, á quien acabo de nombrar verdugo del ejército y á quien tienes envidia, sabe latín. ¿No es verdad?—añadió dirigiéndose al favorecido.—Probad á este bruto que sabeis más que él, y *dominus vobiscum*.

El desgraciado colono mestizo, arrancado de su

sombria meditacion por aquella voz temible, levantó la cabeza; y aunque sus ideas estaban todavía extrañadas por el cobarde asesinato que acababa de cometer, el terror le obligó á la obediencia. Observé entonces al mirarle, que habia algo de extraño en el aire de aquel hombre, que trataba de recordar su educacion del colegio entre sus actuales remordimientos, y la manera lúgubre con que pronunció la explicacion infantil.

—*Dominus vobiscum*,—dijo,—quiere decir.. «Que el Señor sea con vosotros.»

—*Et cum spiritu tuo*,—añadió solemnemente el misterioso obi.

—*¡Amén!*—dijo Biassou.

Despues, volviendo á tomar su acento irritado y mezclando á su cólera simulada algunas frases de mal latin para convencer á los suyos de su sabiduría:

—Vuelve á tus filas y colócate el último de todos,—gritó al negro ambicioso.—*Sursum corda!* que no te suceda en adelante pretender subir á la categoría de tus jefes que saben latin, *orate frates*, ó te mando ahorcar. *Bonus, bona, bonum.*

El negro, asombrado y lleno de terror á la vez, volvió á su fila, bajando vergonzosamente la cabeza, en medio de las burlas de todos sus camaradas, indignados por sus mal fundadas pretensiones, y fijando sus ojos llenos de admiracion en el docto generalísimo.

Esta escena burlesca me inspiró una alta idea de la habilidad de Biassou. El medio ridiculo que acaba de emplear con tan buen éxito para desconcertar las ambiciones siempre exigentes en una banda de sublevados, me dió al propio tiempo la medida de la estupidez de los negros y de la destreza de su jefe.

XXXVI.

Llegó la hora de la comida de Biassou. Llevaron delante del mariscal de campo de su Majestad Católica una enorme concha de tortuga, en la cual humeaba una especie de *olla podrida* abundantemente sazónada con pedazos de tocino y de cordero, con patatas y garbanzos. Una enorme col flotaba en la superficie; y á ambos lados de la concha que servía á la vez de sopera y de marmita, se colocaron dos cáscaras de coco llenas de pasas, trozos de sandía é higos; era el postre. Un pan de maíz y una bota de vino completaban el aparato del festin.

Biassou sacó de su bolsillo algunas cabezas de ajo que frotó sobre su pan; despues, sin mandar retirar el cadáver palpitante tendido á sus piés y ante sus ojos, se puso á comer, invitando á Rigaud á que hiciese otro tanto.

El apetito de aquel hombre tenía algo de terrible. El obi no participó de su comida: comprendí que, como todos los de su calaña, no comía jamás en público, para hacer creer á los negros que era de una esencia sobrenatural y que vivía sin alimento.

Miéntras comía, Biassou mandó á un ayudante que empezase la revista, y las bandas empezaron á desfi-

lar en buen orden por delante de la gruta. Los negros de Morne-Rouge pasaron los primeros; eran sobre cuatro mil, divididos en pequeños pelotones apretados y mandados por jefes que se distinguían, como he dicho ya, por sus calzoncillos de color escarlata. Estos negros, casi todos altos y vigorosos, llevaban fusiles, hachas y sables; un gran número de ellos iban armados de arcos, flechas y azagayás que ellos mismos habían forjado á falta de otras armas. Marchaban sin bandera y con aire consternado. Viendo desfilár aquella turba, Biassou se inclinó al oído de Rigaud y le dijo:

—¿Cuándo me libraré la metralla de Blanchelande y de Rouvray de todos estos bandidos de Morne-Rouge? Les aborrezco; casi todos son congos, y además sólo saben matar en el combate. Siguen en esto el ejemplo de su imbécil jefe, de su ídolo Bug-Jargal, jóven loco que quiere hacerse el generoso y el magnánimo. ¿No le conocéis, Rigaud? Espero que tampoco le conoceréis jamás; los blancos le han hecho prisionero, y ellos me librarán de él como me han librado de Bouckmann.

—A propósito de Bouckman,—respondió Rigaud;—hé aquí los negros marrones de Macaya que pasan en este momento, y entre cuyas filas veo al mensajero que Juan Francisco ha enviado para anunciaros la muerte de Bouckmann. ¿Sabeis que ese hombre puede destruir todo el efecto de las profecías del obit acerca del fin de dicho jefe, si dice que le han detenido más de media hora en los puestos avanzados, y que me habia confiado la noticia ántes de que le llamáseis?

—¡Diablo!—dijo Biassou,—teneis razon, querido mio. Es preciso cerrar la boca á ese hombre; esperad.

Y levantando la voz:

—¡Macaya!—gritó.

El jefe de los negros marrones se acercó inclinándose con respeto.

—Mandad salir de vuestras filas,—repuso Biassou,—á aquel negro que está allá abajo y que no debe formar parte de ellas.

El designado era el mensajero de Juan Francisco. Macaya le condujo ante el generalísimo, cuyo rostro tomó súbitamente aquella expresion de cólera que tan bien sabía disimular.

—¿Quién eres?—preguntó al negro sorprendido.

—Mi general, soy un negro.

—Ya lo veo. Pero ¿cómo te llamas?

—Mi nombre de guerra es Vavelan; mi patron entre los bienaventurados es San Sabas, diácono y mártir, cuya festividad vendrá veinte dias ántes de Noche Buena.

Biassou le interrumpió:

—¿Cómo te atreves á presentarte en la parada, en medio de tanto boato y limpieza, con tu sable sin vaina, tu calzoncillo desgarrado y tus piés llenos de lodo?

—Mi general,—respondió el negro,—no es culpa mia. Yo he sido encargado por el gran almirante Juan Francisco de traeros la noticia de la muerte del jefe de los marrones ingleses Bouckmann; y si mi traje está desgarrado y sucios mis piés, es porque he corrido hasta perder el aliento para traeros el parte más pronto; pero me han detenido en el campamento, y...

Biassou frunció lás cejas.

—No se trata ahora de eso, *gabacho*, sino de tu audacia en asistir á la revista en semejante estado. Encomienda tu alma á San Sabás, tu patron. Anda, vé y dí que te fusilen.

Aquí se me ofreció una nueva prueba del poder mo-

ral de Biassou sobre los rebeldes. El infortunado, encargado él mismo de hacerse ejecutar, no se permitió ni un murmullo; bajó la cabeza, cruzó los brazos sobre su pecho, saludó tres veces á su severo juez, y despues de arrodillarse delante del obi, que le dió gravemente la absolución sumaria, salió de la gruta.

Algunos minutos despues, una detonacion de fusilería anunció que el negro habia obedecido y dejado de existir.

Libre el jefe de toda inquietud, se volvió entónces sobre Rigaud con los ojos chispeantes de alegría y con una sonrisa que parecia decirle:

—¡Admiraos!

Mientras tanto, continuaba la revista. Aquel ejército, cuyo desorden me ofreció un cuadro tan extraordinario algunas horas antes, no era menos extraño puesto sobre las armas. Tan pronto eran negros completamente desnudos y armados de mazas y rompecabezas, marchando al sonido de cuernos de guerra como los salvajes; tan pronto, batallones de mulatos equipados á la española ó á la inglesa, bien armados y disciplinados, llevando el paso al compás de los tambores; despues, turbas de negras y negrillos, cargados de hoces y horquillas, inválidos con fusiles viejos sin cañon; griotas con sus extravagantes vestidos; griotes agitándose en muecas y contorsiones cantando aires incoherentes acompañados de sus guitarras, tantans y balafos.

Aquella extraña procesion era de vez en cuando interrumpida por destacamentos heterogéneos de griffes, marabouts, sacatras, mamelucos, cuarterones y mestizos libres; ó por hordas nómadas de negros marrones de fiero aspecto y carabinas brillantes, llevando entre sus filas algunos cañones cogidos á los blancos, que más les servian de trofeos que de armas, y aullando á gritos sus himnos guerreros.

Por encima de todas estas cabezas flotaban las banderas de todos colores y divisas, blancas, rojas, tricolores, flordelisadas, sobremontadas con el gorro frigio de la libertad y con multitud de inscripciones: «Muerte á los sacerdotes y á los aristócratas.»—«Viva la religion.»—«Libertad, igualdad, fraternidad.»—«Viva el rey.»—«Abajo la metrópoli.»—«Viva España.»—«No más tiranos.,» etc., etc.—Confusion chocante, que indicaba que las fuerzas rebeldes eran un monton de medios sin objeto, y que en aquel ejército reinaba no ménos désorden en las ideas que en los hombres.

Al pasar por delante de la gruta, las bandas inclinaban su bandera, y Biassou correspondía al saludo. A cada tropa dirigia una reprimenda ó un elogio; y cada palabra de su boca, severa ó lisonjera, era recogida por los suyos con un respeto fanático y un temor supersticioso.

Concluyó, por fin, de pasar aquel oleaje de bárbaros. La vista de tantos bandidos, que al principio me distrajo, concluyó por repugnarme. El día avanzaba, y en el momento en que desfilaron las últimas filas, el sol no era más que un tinte rojizo sobre el granito de las montañas del Oriente.

XXXVIII.

Biassou parecía pensativo. Cuando terminó la revista y dió sus últimas órdenes, y todos los rebeldes entraron en sus alojamientos, me dirigió la palabra:

—Jóven,—me dijo,—ya has podido juzgar de mi genio y mi poder. Ha llegado la hora de que vayas á dar cuenta de todo á Leogri.

—No ha sido culpa mia si la hora no ha llegado más pronto,—le respondí con frialdad.

—Tienes razon,—replicó Biassou.

Se detuvo un momento como para espiar el efecto que produciria sobre mí lo que iba á decirme, y añadió:

—Pero de tí depende que la hora no llegue.

—¡Cómo!—exclamé sorprendido;—¿qué quieres decir?

—Sí,—continuó;—tu vida depende de tí; puedes salvarla si quieres.

Aquel acceso de clemencia, el primero y el último tal vez que Biassou tuvo jamás, me pareció un prodigio.

El obi, sorprendido tambien, se levantó del sitio donde tanto tiempo habia permanecido en su actitud estática como los fakires indios. Se colocó frente á

frente del generalísimo, y exclamó con voz colérica: —¿Qué dice su excelencia el señor mariscal de campo? ¿No se acuerda de lo que me ha prometido? Ni su excelencia, ni el mismo buen *Giu*, puede disponer ahora de su vida, porque me pertenece.

Al oír aquel acento irritado quise recordarle y conocer al maldito hombrecillo, pero no pude encontrar luz alguna en mis recuerdos.

Biassou se levantó sin hacer caso; habló un instante con el obi en voz baja, le mostró la bandera negra que ya había llamado mi atención entre los haces, y después de cambiar algunas palabras, el hechicero sacudió la cabeza en señal de asentimiento. Ambos volvieron á tomar sus sitios y actitudes.

—Escucha,—me dijo entonces el generalísimo, sacando del bolsillo de su blusa el otro despacho de Juan Francisco, que guardó al recibirle, y después de enterarse de su contenido;—escucha, nuestros negocios marchan mal. Bouckmann acaba de perecer en un combate; los blancos han exterminado dos mil negros sublevados en el distrito de Culdesacy; los colonos continúan fortificándose y erizando la llanura de puestos militares. Hemos perdido, por culpa nuestra, la ocasión de tomar la ciudad del Cabo, y no volverá á presentarse otra en mucho tiempo. Del lado del Este, el camino principal está cortado por un río; los blancos, para defender el paso, han establecido una batería sobre pontones, y han formado sobre cada orilla dos pequeños campamentos. En el Sur hay un gran camino que atraviesa el país montañoso llamado el Alto Cabo, está cubierto de piezas de artillería. La posición está también fortificada por el lado de tierra con una buena empalizada, en la cual han trabajado todos

los habitantes y han añadido caballos de frisa; el Cabo, por consiguiente, está al abrigo de nuestras armas. Nuestra emboscada en las gargantas de Dompte-Mistré no ha dado resultado. A todos nuestros contratiempos se junta la fiebre amarilla de Siam, que diezma el campo de Juan Francisco. Por consecuencia, el gran almirante de Francia piensa, y yo soy de su opinion, que conviene tratar con el gobernador M. de Blanchelande y con la asamblea colonial.

Hé aquí la carta que dirigimos á la asamblea con este motivo. Escucha:

«Señores diputados:
«Grandes desgracias han affligido á esta rica é importante colonia; en ellas hemos sido envueltos, y nada tenemos que decir para justificarnos. Llegará un dia en que nós hareis toda la justicia que merece nuestra posicion. Nosotros debemos estar comprendidos en la amnistia general que el rey Luis XVI ha concedido á todos indistintamente; si no, como el rey de España es un buen rey que nos trata muy bien y nos colma de recompensas; seguiremos sirviéndole con celo y lealtad. Vemos por la ley de 28 de Setiembre de 1791 que la asamblea nacional y el rey os conceden pronunciaros definitivamente sobre el estado de las personas no libres y la situacion política de los hombres de color. Nosotros defenderemos los decretos de la asamblea nacional y los vuestros; revestidos de las formalidades requeridas, hasta derramar la última gota de nuestra sangre. Tambien sería conveniente que declaráseis por medio de un decreto, sancionado por el señor general, vuestra intencion de ocuparos de la suerte de los esclavos. Sabiendo ellos que son objeto de vuestra solicitud, por conducto de sus jefes, á quien dareis co-

nocimiento de ello, quedarán satisfechos, y el equilibrio roto se restablecerá en poco tiempo.

«No espereis, señores representantes, que apoyemos con nuestras armas la voluntad de las asambleas revolucionarias. Nosotros somos súbditos de tres reyes; el rey de Congo, dueño y señor natural de todos los negros; el rey de Francia, que representa á nuestros padres, y el rey de España, que representa á nuestras madres. Estos tres reyes son los descendientes de aquellos reyes magos que fueron á Belén á adorar al Hombre-Dios. Si sirviéramos á las asambleas, tal vez nos viéramos obligados á pelear contra nuestros propios hermanos, los súbditos de estos tres reyes á quienes hemos jurado fidelidad. Además, nosotros no sabemos lo que se entiende por voluntad nacional, visto que desde que el mundo reina jamás hemos cumplido más que la del rey. El rey de Francia nos ama, el de España no cesa de socorrernos: nosotros les ayudamos, ellos nos ayudan, y ésta es la causa de la humanidad. Y si después de todo estas autoridades nos faltaran, nosotros sabríamos elevar un rey al trono. Tales son nuestras intenciones, mediante las cuales consentimos en hacer la paz.»

«Firmado: JUAN FRANCISCO, general.—BIASSOU, mariscal de campo.—DESPRETZ, MANZEAU, TOUSSAINT, AUBERT, comisarios *ad hoc*.»

Parece ser que esta carta, ridículamente característica, fué en efecto enviada á la asamblea.

—Ya ves,—dijo Biassou cuando terminó la lectura de aquel documento de diplomacia negra,—ya ves que somos gente pacífica. Hé aquí ahora lo que exijo de tí. Ni Juan Francisco ni yo hemos ido á las escuelas de los blancos, donde se aprende á hablar y escribir bien:

sabemos batirnos, pero no sabemos escribir. Sin embargo, no queremos que en nuestra carta á la asamblea haya nada que pueda excitar las burlas orgullosas de nuestros antiguos amos. Tú parece que has recibido esta ciencia fútil que á nosotros nos falta: corrige las faltas que puedan, en nuestro despecho, prestarse á la risa de los blancos, y á este precio te concedo la vida.

Habia en aquel papel de corrector de faltas de ortografía diplomática de Biassou algo que repugnaba á mi altivez para que titubease un momento. Y además, ¿qué me importaba la vida? Rehusé su ofrecimiento.

—¡Cómo!—exclamó sorprendido:—¿prefieres morir á enmendar algunos rasgos de pluma en un pedazo de papel?

—Sí,—le respondi.

Mi resolución parecia contrariarle. Despues de reflexionar un momento, me dijo:

—Escucha bien, jóven loco: yo soy ménos obstinado que tú. Te cencedo hasta mañana por la noche para que te decidas á obedecerme. Mañana al ponerse el sol serás conducido otra vez delante de mí: piensa entonces en complacerme. Adios: la noche da consejo. Piensa que entre nosotros la muerte no es sólo la muerte.

El sentido de estas últimas palabras, acompañado de una risa horrible no era equívoco, y los tormentos que Biassou solia inventar para sus victimas acababa de explicarlo.

—Candi, llevaos al prisionero,—prosiguió el generalísimo;—entregadle á los negros del Morne-Rouge; quiero que viva todavía una vuelta de sol, y mis demas

XXXIX.

Cuando los acontecimientos extraordinarios, las angustias y las catástrofes vienen á herirnos de repente en medio de una vida dichosa y deliciosamente uniforme, estas emociones inesperadas, estos golpes de la suerte, interrumpen bruscamente el sueño del alma, que reposa en la monotonía de la prosperidad. La desgracia que llega de este modo no se parece á un sueño, sino á una pesadilla. Para aquel que siempre ha sido dichoso, la desesperacion empieza por el estupor; la adversidad imprevista se parece al torpedo que rechaza, pero engulle; y la terrible luz que arroja ante nuestros ojos no es la luz del día. Los hombres, las cosas, los sucesos pasan delante de nosotros con un aspecto casi fantástico y se agitan como un sueño. Todo cambia en el horizonte de nuestra vida, atmósfera y perspectiva; pero transcurre mucho tiempo ántes que nuestros ojos pierdan la especie de imágen luminosa de la felicidad pasada, que sigue y se interpone sin cesar entre ellos y la sombra presente, cambiando el color y dando no sé qué de falso á la realidad. Entonces, todo cuanto nos sucede parece imposible y absurdo; apénas podemos creer en nuestra propia existencia, porque no encontramos á nuestro alrededor

nada de lo que constituia nuestro ser, no comprendemos cómo ha podido desaparecer todo sin arrastrarnos á la par, y por qué nuestra vida ha quedado con nosotros. Si esta posicion violenta del alma se prolonga, rompe el equilibrio del pensamiento y sobreviene la locura, estado tal vez dichoso, en el cual la vida no es para el desgraciado más que una vision y él mismo el fantasma.

XL.

No sé por qué me detengo en exponeros estas ideas, que no son de las que se comprenden ni se pueden hacer comprender; es preciso haberlas sentido como las he sentido yo.

Tal era el estado de mi alma en el momento en que los guardias de Biassou me entregaron á los negros de Morne-Rouge. Me parecían espectros que me entregaban á otros espectros, y me dejé atar á un árbol sin oponer resistencia. Llevaron despues algunas patatas cocidas en agua, que comí con esa especie de instinto maquinal que la bondad de Dios deja al hombre en medio de las preocupaciones del espíritu.

Llegó la noche; mis guardias se retiraron á sus ajoupas, y sólo seis de ellos quedaron cerca de mí, sentados ó tendidos delante de una gran hoguera que habian encendido para preservarse del frio de la noche. Al cabo de algunos instantes, todos dormian profundamente.

El anonadamiento físico en que entónces me encontraba, contribuía no poco á los vagos ensueños que absorbían mi pensamiento. Recordaba los dias serenos y siempre iguales que pocas semanas ántes pasara cerca de María, sin entrever en el porvenir otra

posibilidad que una eterna ventura, y la comparaba con el día que acababa de transcurrir, en que tantos sucesos se habían desarrollado delante de mí, como para hacerme dudar de su existencia, donde mi vida había sido tantas veces condenada. Meditaba sobre el porvenir, que sólo se componía de un mañana, y que no ofrecía otra certidumbre que la desgracia de la muerte, por fortuna, cercana. Me parecía luchar entre una horrible pesadilla, y me pregunté si era realidad todo cuanto había pasado; si lo que me rodeaba era el campo de Biassou; que hubiese perdido á Maria para siempre; y que este prisionero custodiado por seis bárbaros, agarrotado y destinado á una muerte cierta, este prisionero que me mostraba el resplandor de una hoguera de bandidos, fuese yo. Y á pesar de todos mis esfuerzos para huir de la obsesión de un pensamiento más desgarrador todavía, mi corazón volvía á mi esposa, preguntándome con angustia sobre su suerte; me retorcia entre mis ligaduras, queriendo volar en su socorro, esperando siempre que el horrible sueño se disipase.

El encadenamiento doloroso de mis ideas traía entonces á Perico delante de mí, y la rabia me volvía insensato; las arterias de mi frente querían estallar; me aborrecía á mí mismo, me maldecía, me despreciaba por haber unido mi amistad á Perico con mi amor á Maria, y sin tratar de explicarme qué motivo había podido arrojarle en las aguas del Gran Rio, lloraba por no haberle matado. Había muerto, yo iba á morir también, y lo único que me reprochaba era mi venganza.

Todas estas emociones me agitaban en medio de un semisueño en que la debilidad me había sumergi-

do. No sé cuanto tiempo duró; pero fui arrancado de él repentinamente por el sonido de una voz que cantaba: «Yo que soy contrabandista»...

Abri los ojos estremecido; todo estaba á oscuras, los negros dormian, la hoguera se habia apagado. No volví á oír nada; pensé que todo habia sido una ilusion del sueño, y mis pesados párpados volvieron á cerrarse.

Por segunda vez los abrí precipitadamente; la voz volvió á oírse cantando con tristeza y más cerca de mí, unas coplas de una cancion española. Esta vez no era un sueño. Era la voz de Perico.

Un momento despues se oyó más fuerte entre la oscuridad y el silencio con el aire para mí conocido de «Yo que soy contrabandista.» Un gran perro dogo vino alegremente á jugar á mis piés; era Rask. Levanté los ojos; un negro estaba delante de mí proyectando sobre el suelo su sombra colosal; era Perico. La venganza me ahogó, la sorpresa me dejó inmóvil y mudo. Ya no dormia; los muertos se aparecian; no era un sueño, era una aparicion. Volví la vista con horror.

—Hermano,—murmuró el negro en voz baja,—tú me prometiste no dudar de mí cuando me oyeses cantar este aire; dime, ¿has olvidado tu promesa?

La cólera me devolvió el uso de la palabra.

—¡Monstruo!—exclamé,—por fin te encuentro: verdugo, asesino de mi tio, raptor de María, ¿te atreves á llamarme hermano? ¡No te acerques!

Olvidaba que estaba sujeto al árbol de modo que no podia hacer ningun movimiento. Bajé involuntariamente los ojos á mi costado para buscar mi espada. Esta intencion visible le sorprendió.

—No,—me dijo con acento dulce y conmovido.—No

me acerco. Tú eres desgraciado, y yo te compadezco; tú no me compadeces, y sin embargo, soy más desgraciado que tú.

Me encogí de hombros; él comprendió este mudo reproche y me miró con aire pensativo.

—Sí, tú has perdido mucho; pero créeme, yo he perdido más que tú.

El ruido de su voz despertó á los negros que me custodiaban. Viendo á un extraño, se levantaron precipitadamente asiendo sus armas; pero apénas sus miradas se fijaron sobre él, arrojaron un grito de alegría y de sorpresa y cayeron prosternados hundiendo sus frentes en la tierra.

Pero ni el respeto que los negros rendian á Perico, ni las caricias que Rask prodigaba alternativamente á su amo y á mí, mirándome con inquietud como extrañando mi fria acogida, nada me hacia impresion en aquel momento; estaba completamente dominado por mi furor impotente.

—¡Oh!—exclamé por fin llorando de rabia bajo las ligaduras que me oprimian;— ¡qué desgraciado soy! ¡quién me libraré de estos execrables nudos!

Perico se volvió á los negros que permanecian en adoracion ante su presencia, y les dijo:

—Camaradas, desatad al prisionero.

XLI.

La orden fué inmediatamente obedecida: mis seis guardianes cortaron apresuradamente las cuerdas que me sujetaban. Me levanté en pié y libre; pero permanecí inmóvil; la sorpresa me encadenaba a su vez.

—No basta con esto,—repuso entónces Perico. Y arrojando el puñal de uno de los negros me lo presentó diciéndo:—Toma, véngate. No quiera Dios que te dispute el derecho de disponer de mi vida: tú la has salvado tres veces y te pertenece. Hiere, si quieres herir.

En su voz no habia reproche ni amargura; sólo estaba triste y resignado.

Este camino inesperado abierto á mi venganza por el mismo que debia sufrirla, tenia algo de extraño y fácil. Conocí que todo mi odio por él, todo mi amor por María no bastaban para hacerme cometer un asesinato; además, cualesquiera que fuesen las apariencias, una voz interior me decia desde el fondo del alma que un enemigo y un culpable no se presentan de este modo ante la venganza y el castigo. Más diré: habia en el prestigio imperioso que rodeaba á aquel hombre alguna cosa que á mi pesar me dominaba en aquel momento. Rechacé el puñal.

—¡Desgraciado!—le dije;—yo quisiera matarte frente á frente, pero no asesinarle: ¡defiéndete!

—¡Que me defienda!—respondió sorprendido,—¿y contra quién?

—Contra mí.

Hizo un gesto de estupor.

—¡Contra tí! Es lo único en que no te puedo obedecer. ¿Ves á Rask? Yo puedo degollarle, él se dejará degollar; pero no podré obligarle á que se defienda de mí, ni ménos á que luche conmigo. Yo soy Rask para tí.

Y despues de un momento de silencio, añadió:

—Veo el odio en tus ojos lo mismo que tú le viste algun dia en los míos; sé que has sufrido muchas desgracias; tu tio ha sido asesinado, incendiados tus campos, degollados tus amigos, saqueadas tus fincas, devastada tu herencia; pero todo esto no le he hecho yo, sino los míos. Escucha: yo te dije un dia que los tuyos me habian hecho mucho mal, y tú me dijiste que no eras tú, sino los tuyos: ¿qué hice yo entónces?

Su rostro resplandeció: esperaba verme caer en sus brazos. Yo le miré con aire feroz.

—Tú sólo hablas de lo que han hecho los tuyos,—le dije con el acento de la rabia,—y no hablas de lo que tú mismo me has hecho.

—¿Qué?—preguntó.

Me acerqué violentamente á él, y le grité con voz atronadora:

—¿Donde está María? ¿Qué has hecho de María?

Al oír pronunciar este nombre, una nube pasó por su frente, y permaneció un momento confuso. Por fin rompió el silencio.

—¡María!—respondió.—Sí, tienes razon.

Su confusion y estas palabras encendieron un infierno en mi alma. Creí que trataba de eludir la cuestion; pero en aquel momento fijó en mí su franca mirada, y me dijo con profunda emocion:

—No sospeches de mí, te lo suplico. Ya te lo diré todo más tarde: ten confianza en mí.

Se detuvo un instante para observar el efecto de sus palabras, y añadió conmovido:

—¿Puedo llamarte hermano todavía?

Pero mi cólera era tan violenta, que tomé aquella ternura por hipocresía, y su pregunta me exasperó.

—¿Cómo te atreves á recordarme aquel tiempo, ingrato?

Dos gruesas lágrimas brillaron en sus ojos.

—No, yo no soy un ingrato,—me interrumpió.

—Pues bien, habla,—repuse con violencia.—¿Qué has hecho de María?

—Ya te lo diré. Aquí nos escuchan; además no me creerías, y el tiempo pasa. Ya amanece, y es preciso que te saque de aquí. Ven conmigo; vamos á buscar á Biassou.

Aquel modo de hablar y de obrar ocultaba indudablemente un misterio que yo no podia comprender. A pesar de todas mis prevenciones contra aquel hombre, su voz hacia siempre vibrar una cuerda en mi corazon. No sé qué poder me dominaba al escucharle. Estaba sorprendido, dudando entre la venganza y la piedad, entre la desconfianza y un ciego abandono. Le seguí.

XLII.

Salimos del cuartel de los negros de Morne-Rouge. Yo estaba sorprendido de verme libre en aquel campamento bárbaro, donde la víspera cada bandido parecía sediento de mi sangre. Léjos de detenernos, los negros y los mulatos se prosternaban á nuestro paso con aclamaciones de sorpresa, alegría y respeto.

Yo ignoraba el rango que ocupaba Perico en el ejército de los rebeldes; pero recordaba el imperio que en otro tiempo ejercía sobre sus compañeros de esclavitud y me explicaba el influjo que parecía tomar entre sus camaradas de rebelion. Llegados á la línea de guardias que vigilaban delante de la gruta de Biassou, el mulato Candi, jefe de aquella tropa, se dirigió á nosotros desde léjos, y con voz amenazadora nos preguntó por qué nos acercábamos á aquel sitio; pero cuando, más cerca, reconoció las facciones de Perico, se quitó apresuradamente su gorra bordada de oro, y como atemorizado de su propia audacia, se inclinó hasta la tierra y nos introdujo cerca de Biassou murmurando mil excusas, á las cuales Perico sólo respondió con un gesto de desden. El respeto de los soldados no me habia sorprendido; pero al ver á Candi, uno de los principales oficiales, humillarse así delante del esclavo

vo de mi tío, empecé á preguntarme quién podia ser aquel hombre cuya autoridad parecia tan grande. Todavía fué mayor mi aturdimiento, cuando ví al generalísimo, que estaba solo en el momento de nuestra llegada comiendo tranquilamente un *calalon*, levantarse precipitadamente disimulando una sorpresa inquieta y un violento despecho bajo las muestras de un respeto profundo, é inclinarse humildemente delante de mi compañero ofreciéndole su propio asiento de caoba. Perico rehusó.

—Juan Biassou,—le dijo;—no vengo á ocupar vuestro sitio, sino simplemente á pedir os un favor.

—*Alteza*,—respondió Biassou redoblando sus saluciones,—ya sabeis que podeis disponer de todo cuanto depende de Juan Biassou, de todo cuanto pertenece á Juan Biassou y de Juan Biassou en persona.

El tratamiento de *alteza* dado á mi compañero aumentó mi confusion.

—No pretendo tanto,—repuso vivamente Perico:—sólo pido la vida y la libertad de este prisionero.—Y me designó con la mano.

Biassou pareció un momento indeciso; pero su duda fué de corta duracion.

—*Alteza*, vos afligis á vuestro servidor, vos exigis de mí mucho más que lo que yo puedo concederos. Este prisionero no es de Juan Biassou; no pertenece á Juan Biassou; no depende de Juan Biassou.

—¿Qué quereis decir?—preguntó Perico con severidad.—¿De quién depende entónces? ¿Hay aquí otro poder más que el vuestro?

—Sí, *alteza*.

—¿Cuál?

—Mi ejército.

El tono acariciador y astuto con el cual Biassou eludía las francas y abiertas cuestiones de Perico, anunciaba que no estaba dispuesto á conceder á otro más que los respetos á que, al parecer, se veía obligado.

—¡Cómo!—exclamó Perico,—¡vuestro ejército!—¿Pues que, no le mandais vos?

Biassou, conservando su ventaja, sin dejar su actitud de inferioridad, respondió con acento al parecer sincero:

—¿Piensa su alteza que se puede realmente mandar á hombres que se han sublevado precisamente para no obedecer?

Yo daba entónces poca importancia á mi vida para romper el silencio; pero lo que había visto la víspera con mis propios ojos sobre la autoridad ilimitada de Biassou sobre sus bandas, me hubiera proporcionado la ocasion de desmentirle y arrojarle al rostro su doblez.

Perico le replicó:

—Puesto que no sabeis mandar á vuestro ejército y vuestros soldados son vuestros jefes, decidme, ¿cuál es la causa de su odio contra este prisionero?

—Bouckmann acaba de ser muerto por las tropas del gobierno,—dijo Biassou procurando dar á su fisonomía, feroz y burlona por costumbre, cierto aspecto de pesadumbre;—los míos han resuelto vengar sobre este blanco la muerte del jefe de los negros marrones de la Jamáica, y quieren oponer trofeo á trofeo, y que la cabeza de este jóven oficial sirva de contrapeso á la cabeza de Bouckmann en la balanza donde el *buen Giu* pesa los dos partidos.

—¿Y cómo habeis podido,—exclamó Perico,—presta-

ros á esas horribles represalias? Escuchadme, Juan Blassou; esas crueldades perderán nuestra justa causa. Prisionero en el campo de los blancos, de donde he conseguido escaparme, ignoraba la muerte de Bouckmann que me decis. Es un justo castigo del cielo por sus crímenes. Voy por mi parte á daros otra noticia. Jeannot, el jefe de los negros que sirvió de guía á los blancos para arrojarles en la emboscada de Domptemulatre, acaba de morir tambien. Ya lo sabeis, Biassou; él rivalizaba en atrocidad con vos y con Bouckmann; poned atencion á esto: no son los rayos del cielo, no son los blancos los que le han muerto: ha sido Juan Francisco quien ha hecho este acto de justicia.

Biassou, que escuchaba con sombrío respeto, arrojó una exclamacion de sorpresa. En aquel momento entró Rigaud, saludó profundamente y habló en voz baja al generalísimo. Al propio tiempo resonó fuera en el campo, una gran agitacion. Perico continuó:

—Sí, Juan Francisco, que no tiene otro defecto que un lujo funesto, y el ridículo aparato de un carruaje tirado por seis caballos, que le lleva todos los dias desde su campamento á oír la misa del cura del Gran Rio. Juan Francisco ha castigado las crueldades de Jeannot, á pesar de los cobardes ruegos del bandido, aunque en sus últimos momentos se ha abrazado al cura de la Marmelada encargado de auxiliarle, con tanto terror que ha habido que arrancarle á la fuerza; el monstruo ha sido fusilado ayer al mismo pié del árbol erizado de garfios de hierro, de los cuales colgaba sus victimas vivas. ¡Meditad sobre este ejemplo, Biassou! ¿A qué vienen esas matanzas que impulsan á los blancos á la ferocidad? ¿Por qué usar de superchería para excitar el furor de nuestros desgraciados

camaradas, harto ya exasperados por sí? Hay en Trou-Coffi un charlatan mulato llamado Romana la Profetisa, que fanatiza una banda de negros; que profana la santa misa; que les persuade que está en relaciones con la Virgen, cuyos pretendidos oráculos escucha aplicando el oído sobre el tabernáculo, y de este modo excita al asesinato y al pillaje en nombre de María.

Habia una expresion de mayor ternurâ aún que la veneracion religiosa en el modo con que Perico pronunció este nombre. No sé cómo fué, pero me sentí ofendido é irritado.

—Pues bien,—prosiguió;—vos teneis en vuestro campo no sé que obi, no sé que juglar parecido á Roman el Profeta. No ignoro que teniendo que conducir un ejército compuesto de hombres de todos los países, de todas las familias, de todos los colores, necesitais unirlos con un lazo comun; pero ¿no podeis encontrarle mejor que el fanatismo feroz y las ridiculas supersticiones? Creedme, Biassou; los blancos no son tan crueles como nosotros. Yo he visto á muchos plantadores defender la vida de su propio esclavo; ya sé que para muchos no se trataba de salvar la vida de un hombre, sino una suma de dinero; pero al ménos su interes les proporcionaba una virtud. No seamos ménos clementes que ellos; está en nuestro interés. Nuestra causa, ¿será más justa y más santa cuando hayamos exterminado á las mujeres, degollado á los niños, torturado á los ancianos y quemado á los colonos dentro de sus propias casas? Pues estas son las hazañas de cada dia. ¿Es preciso, respondedme Biassou, que el solo vestigio de nuestro paso sea siempre un rastro de sangre ó una huella de fuego?

Calló. El brillo de su mirada, el acento de su voz,

daban á sus palabras una fuerza de conviccion y de autoridad imposible de describir.

Lo mismo que un zorro cogido por un leon, la mirada oblícua é inclinada á la tierra de Biassou, parecia buscar alguna astucia para escapar á tanto poder. Miéntas meditaba, Rigaud, el jefe de las bandas de Cayes, que el dia ántes habia visto con faz tranquila cometerse tantos horrores delante de él, pareció indignarse de los atentados trazados en aquel cuadro por Perico, y exclamó con hipócrita consternacion:

—¡Dios miol ¡lo que es un pueblo enfurecido!

XLIII.

Entre tanto, el rumor exterior iba creciendo, hasta el punto de inquietar á Biassou.

Despues supe que aquel rumor procedia de los negros de Morne-Rouge, que recorrian el campo anunciando la vuelta de su jefe, y expresaban la intencion de secundarle, cualquiera que fuese el motivo que le hubiera llevado cerca de Biassou.

Rigaud salió, y volvió poco despues á informar al generalísimo de esta circunstancia; el temor de una excision funesta determinó al astuto jefe á la especie de concesion que hizo á los deseos de Perico.

—Alteza,—dijo con aire de despecho;—si somos severos para los blancos, en cambio vos lo sois para mí. No teneis razon para acusarme de la violencia del torrente; él es quien me arrastra. Pero en fin, ¿qué puedo hacer ahora para seros agradable?

—Ya os lo he dicho, Biassou,—respondió Perico;—dejadme llevar este prisionero.

Biassou permaneció un momento pensativo; despues exclamó dando á sus facciones la mayor expresion de franqueza que le fué posible:

—Alteza, quiero probaros que mi deseo es complaceros. Permitidme tan sólo decir dos palabras en se-

creto al prisionero, y en seguida será libre para seguirnos.

Perico se alejó algunos pasos. Biassou me llevó á un rincón de la gruta, y me dijo en voz baja:

—Te concedo la vida, pero es con una condición: ya sabes cuál es; suscribe á ella.

Y me mostraba el despacho de Juan Francisco. Creí cometer una bajeza suscribiendo, y me negué.

—No,—le dije.

—¡Ah!—repuso con su risa burlona,—siempre tan obstinado. Por lo visto confías mucho en tu protector. ¿Sabes quién es?

—Sí,—le repliqué vivamente,—un monstruo como tú, pero más hipócrita que tú.

Me miró con sorpresa como queriendo leer en mis ojos si hablaba seriamente.

—¡Cómo!—me dijo,—¿no le conoces?

Yo le respondí con desden:

—No reconozco en él más que un esclavo de mi tío, llamado Perico.

Biassou volvió á sonreirse.

—Es singular,—me respondió;—él me pide tu vida, y tú le llamas monstruo.

—¿Qué me importa?—le dije.—Si consigo un momento de libertad, no será para pedirle mi vida, sino la suya.

—¿Qué quieres decir?—dijo Biassou.—Parece que hablas como lo piensas, y supongo que no tratarás de chancearte con tu vida. Hay en todo esto algo que no comprendo. Tú estás protegido por un hombre á quien aborreces; él pide por tu vida; tú quieres su muerte. En fin, después de todo, á mí me es igual. Puesto que sólo deseas un momento de libertad, te le concedo;

puedes seguirle; pero dame tu palabra de honor de volver otra vez á ponerte entre mis manos dos horas ántes de ponerse el sol.

La vida me era una carga, me repugnaba recibirla de Perico, á quien todas las apariencias me hacian aborrecer; creo que influyó en mi resolucíon la certidumbre de que Biassou no era capaz de soltar fácilmente su presa; sólo deseaba algunas horas de libertad para acabar, ántes de morir, de saber la suerte de mi amada María. La palabra que me pidió Biassou, confiando en mi honor, era un medio seguro y fácil de conseguir mi objeto: se la dí.

Entónces el jefe se acercó á Perico, y le dijo con tono obsequioso:

—Alteza, el prisionero blanco está á vuestras órdenes: podeis llevarle, pues es libre para acompañaros.

Jamás he visto brillar la felicidad tanto en los ojos de Perico como en aquel momento.

—Gracias, Biassou, —exclamó tendiéndole la mano;—gracias. Acabas de prestarme un servicio que te da derecho en adelante para exigirlo todo de mí. Sigue disponiéndote de mis hermanos de Morne-Rouge, y hasta la vuelta.

Despues se volvió hácia mí:

—Puesto que eres libre, —me dijo, —ven conmigo.

Y me llevó con singular energía.

Biassou me vió salir con aire sorprendido en medio de sus demostraciones de respeto.

XLIV.

Deseaba verme á solas con Perico. Su turbacion cuando le pregunté sobre la suerte de María, la insolente ternura con la que se atrevia á pronunciar su nombre, habian arraigado más el odio y los celos que germinaban en mi corazon desde el momento en que le ví á través del incendio del fuerte Galifet llevando entre sus brazos á la que apenas podia llamar mi esposa. Despues de esto, ¿qué me importaban los generosos reproches que habia dirigido á Biassou, el interés que habia demostrado por mi vida, y hasta el que se notaba en todas sus acciones y palabras? ¿Qué me importaba aquel misterio que parecia rodearle, que le hacia aparecer vivo á mis ojos, cuando creia haber asistido á su muerte; que me le mostraba cautivo entre los blancos cuando le habia visto caer en el Gran Rio; que cambiaba al esclavo en alteza, al prisionero en libertador? De todas aquellas cosas incomprensibles, lo único claro para mi era el odioso rapto de María, un ultraje que vengar, un crimen que castigar. Todo cuanto de extraordinario habia pasado ante mis ojos apenas bastaba para hacer suspender mi juicio, y esperaba con impaciencia el instante de obligar á mi rival á una explicacion.

Llegó por fin el momento deseado. Franqueamos los últimos límites del campo; perdimos de vista detrás de los árboles y las rocas los últimos centinelas de Biassou; Rask nos precedía brincando de contento; Perico caminaba con rapidez: yo le detuve bruscamente.

—Es inútil ir más lejos, —le dije.—Aquí ya nadie puede oírnos: habla, ¿qué has hecho de María?

Mi voz estaba entrecortada por la emoción. El me miró con dulzura.

—¡Siempre, siempre esa pregunta!—murmuró.

—¡Sí, siempre, siempre!—exclamé furioso.—Hasta el último suspiro te haré esta pregunta: ¿dónde está María?

—Nada puede disipar tus dudas sobre mi lealtad. Pronto lo sabrás.

—¡Ahora, ahora mismo quiero saberlo, monstruo! ¿Dónde está María? ¿Dónde está, lo oyes? Responde, ó defiéndete.

—Ya te he dicho que no puedo defenderme contra ti,—respondió con tristeza.—El torrente no lucha contra el manantial; mi vida, que tú has salvado tres veces, no puede combatir contra tu vida. No tenemos más que un puñal para los dos.

Hablando así, sacó el suyo de su cintura y me le presentó:

—Toma,—me dijo.

Yo estaba fuera de mí. Así el arma y la hice brillar sobre su pecho. No trató de esquivarse.

—¡Miserable,—le dije,—no me obligues á un asesinato. Si no me dices al instante dónde está mi esposa, te atrevieso el corazón.

El me respondió tranquilo:

—Hazlo, eres muy dueño. Pero te lo ruego con las manos juntas: déjame todavía una hora de vida, y sígueme. Tú dudas de quien te debe tres veces la vida, de quien llamabas hermano; escucha: si dentro de una hora dudas todavía, mátame; siempre será tiempo. Te conjuro en nombre de María.

Y añadió penosamente:

—De tu esposa. Una hora nada más; si te suplico así, no es por mí, sino por tí.

Su acento tenía una expresión inefable de dolor; algo me advertía que tal vez dijese la verdad. Cedió otra vez más al ascendiente secreto que ejercía sobre mí.

—Vamos,—le dije,—te concedo este plazo de una hora: ya te sigo.

Quise devolverle su puñal.

—No, guárdale,—me respondió,—puesto que desconfías de mí. Ven, no perdamos tiempo.

XLV.

Empezó á guiarme. Rask, que durante nuestra conversacion habia tratado con frecuencia de ponerse en marcha, parecia preguntarnos con su mirada por qué nos deteniamos; cuando nos vió emprender de nuevo el camino, corrió alegremente delante de nosotros.

Entramos en un espeso bosque, y al cabo de media hora de marcha, desembocamos en una verde sábana regada con agua de roca y ladeada por los grandes árboles centenarios de la floresta. Sobre la sábana se abria una caverna, cuyo frente gris cubrian multitud de plantas trepadoras. Rask se disponia á ladrar; Perico le hizo callarse con un signo, y sin decir una palabra me tomó de la mano y me introdujo en la caverna. Una mujer con la espalda vuelta á la luz estaba sentada dentro de esta gruta sobre un tapiz de esparto. Al ruido de nuestros pasos, se volvió. ¡Era Marial!

Estaba vestida de blanco como el día de nuestra boda, y tenia aún entre sus cabellos la corona de flores de azahar, símbolo virginal de la jóven esposa que mis manos aún no habian quitado de su frente. Me vió, me reconoció, arrojó un grito, y cayó desvanecida entre mis brazos de alegría y sorpresa. Yo estaba enajenado.

A este grito, una mujer anciana que llevaba un niño en los brazos salió de entre un hueco en forma de habitación practicado en un rincón de la caverna. Era la nodriza de María, y el niño el último hijo de mi tío. Perico había ido á buscar agua á la fuente vecina; volvió y esparció algunas gotas sobre el rostro de la desmayada. Abrió los ojos.

—¡Leopoldo!—¡Leopoldo mío!—dijo.

—María,—exclamé yo.

Dimos un suspiro desgarrador. Perico estaba allí asistiendo á aquella escena como á un suplicio. Su pecho jadeaba y un sudor frío caía en gruesas gotas sobre su frente; todos sus miembros temblaban. Ocultó su rostro entre las manos y salió corriendo de la gruta.

María le siguió con los ojos, y exclamó:

—¡Dios mío! ¡Leopoldo; nuestro amor parece que le hace daño. ¿Me amará tal vez?

El grito del esclavo me confirmó en la idea de que era mi rival; la exclamación de María me probó que también me había sido leal.

—¡María!—respondí, y una felicidad desconocida al propio tiempo que era mortal disgusto se apoderaron de mi corazón.—María, ¿acaso lo ignorabas?

—Y lo ignoro aún,—me dijo con casto rubor.—¡Oh! me ama, y yo jamás me he apercibido de ello.

La estreché contra mi corazón con locura.

—¡Por fin vuelvo á encontrar á mi esposa y á mi amigo!—exclamé;—qué dichoso soy y también que culpable. Había dudado de él!

—¡Cómo!—repuso María sorprendida,—de él, de Perico! Oh, sí, eres muy culpable. Tú le debes dos veces mi vida y tal vez más todavía,—añadió bajando los ojos.—Sin él, el cocodrilo del río me hubiera devorado;

sin él, los negros... Perico me arrancó de entre sus manos en el momento en que iban á reunirme con mi desgraciado padre.

Al decir esto, se interrumpió.

—¿Y por qué,—pregunté,—no te llevó al Cabo al lado de tu marido?

—Ya lo intentó, pero no pudo conseguirlo. Obligado á ocultarse de los negros lo mismo que de los blancos, le fué difícil. Además, ignoraba lo que era de tí; unos decían haberte visto caer muerto; pero Perico decía que no, y yo también decía lo mismo, porque alguna voz interior me lo hubiese advertido y yo hubiera muerto también.

—¿Luego es Perico quien te ha traído aquí?

—Sí, Leopoldo mio; sólo él conoce esta gruta aislada. El ha salvado al propio tiempo que á mí á todo lo que restaba de mi familia, á mi buena nodriza y á mi hermanito, y nos ha ocultado. Es un retiro muy cómodo; y á no ser por la guerra que devasta todo el país, ahora que estamos arruinados quisiera habitarla contigo. Perico ha atendido á todas mis necesidades; venía con frecuencia; llevaba en la cabeza una gran pluma encarnada. Me consolaba, me hablaba de tí, y me decía que volverías muy pronto. Hace ya tres días que no venía y empezaba á inquietarme, cuando ha vuelto contigo. El pobre amigo, había ido sin duda á buscarte.

—Sí,—respondí.

—¿Pero estás seguro de que está enamorado de mí?

—Sí, completamente seguro,—dije;—él es quien á punto de darme de puñaladas me dejó por el temor de afligirte; él es quien cantaba aquellos romances de amor en el pabellon del río.

—¿De veras?—repuso María con ingénua sorpresa;—¿conque es tu rival?—No puedo creerlo. Ha sido conmigo tan humilde, tan respetuoso; más aún que cuando era nuestro esclavo. Es cierto que algunas veces me miraba de un modo singular, pero yo lo atribuía á mi infortunio. ¡Si supieras con qué acento apasionado me hablaba de tí!

Estas explicaciones me consolaban y lastimaban á la vez, porque recordaba con qué crueldad había tratado á aquel hombre generoso, y sentía todo el peso de su reproche tierno y resignado: «No, yo no soy ingrato.»

En aquel momento entró; su fisonomía estaba sombría y dolorosa; parecía un condenado que ha sufrido la tortura, pero que ha triunfado de ella. Avanzó á paso lento, y me dijo con voz grave, señalando al puñal que yo había colocado en mi cintura:

—La hora se ha pasado.

—¿Qué hora?—le dije.

—La que me has concedido, la que necesitaba para traerte aquí. Entónces te supliqué que me dejases la vida; ahora vengo á rogarte que me la quites.

Los más dulces sentimientos del corazón, el amor, la amistad, el agradecimiento, se reunían en aquel momento para atormentarme. Caí á los piés del esclavo sollozando amargamente y sin poder pronunciar una palabra. El me levantó con precipitación.

—¿Qué haces?—me dijo.

—Rendirte el homenaje que te debo; yo no soy digno de una amistad como la tuya. Tu reconocimiento no debe llegar hasta perdonar mi ingratitud.

Su rostro expresó por algunos momentos un aspecto de rudeza; parecía sufrir combates violentos; dió un

paso hácia mí y retrocedió, abrió la boca y se calló. Aquel momento fué de corta duracion; por fin me abrió sus brazos diciendo:

—¿Puedo llamarte hermano?

Yo le respondí á mi vez estrechándole contra mi corazon. Despues de una ligera pausa, añadió:

—Tú eres bueno, pero la desgracia te habia vuelto injusto.

—Yo he encontrado á mi hermano,—le dije;—ya no soy desgraciado, pero soy culpable.

—Yo tambien lo he sido y más que tú. Tú ya no eres desgraciado; yo lo seré siempre.

XLVI.

La alegría que con los primeros trasportes de la amistad había brillado sobre su rostro se desvaneció; sus facciones tomaron en seguida una expresión de singular tristeza y energía.

—Escucha,—me dijo con tono glacial;—mi padre era rey en el país de Kakongo, que hacía justicia á sus súbditos delante de su puerta; y siguiendo la costumbre de los reyes de aquellos países, á cada juicio que sentenciaba, bebía una copa de vino de palmera. Vivíamos felices y poderosos. Llegaron unos europeos y de ellos recibí la educación que te ha sorprendido. Su jefe era un capitán español; prometió á mi padre países más vastos que los que regía; mi padre le siguió con toda su familia... ¡Nos vendieron!

El pecho del negro se hinchaba, sus ojos despedían llamas, y rompió maquinalmente un arbolillo que crecía á su lado; después continuó:

—El dueño del país de Kakongo tuvo un dueño, y su hijo se vió convertido en esclavo en Santo Domingo. Separaron al león de su viejo padre para domarlos con más facilidad. Los hijos buscaron á la madre que les había criado, al padre que los bañaba en los torrentes; no encontraron más que bárbaros tiranos y durmieron entre los perros.

Calló; sus labios se agitaban aunque no hablase; su mirada estaba fija é inmóvil. Me asió del brazo bruscamente.

—¿Lo oyes, hermano? Yo he sido vendido como una bestia á diferentes amos. ¿Te acuerdas del suplicio de Ogé? Aquel dia volví á ver á mi padre; estaba sobre el patíbulo.

Me estremecí al oír aquella terrible declaracion. El continuó:

—Mi esposa fué entregada á los blancos; murió pi-diéndome venganza... Todos los míos me estrechaban para que los librase; Rask me traía sus cartas. Yo no podia satisfacerles; estaba preso de orden de tu tío. El dia en que conseguiste mi perdon, partí para arrancar á mis hijos del poder de un amo feroz. Llegué; el último de los nietos del rey de Kakongo acababa de espirar bajo los golpes de un blanco; los otros ya le habian precedido.

Se detuvo y me preguntó con serenidad:

—Hermano, ¿qué hubieras tú hecho?

Aquel lastimoso relato me heló de terror. Respondí á su pregunta con un gesto amenazador que comprendió y le hizo sonreír con amargura. Despues prosiguió:

—Los esclavos se sublevaron contra sus amos y me eligieron por jefe. Ya sabes las desgracias que ha causado esta rebelion. Supe que los esclavos de tu tío se disponian á seguir el mismo ejemplo, y llegué á Acul la misma noche de la insurreccion. Tú estabas ausente; tu tío acababa de ser asesinado en su lecho; los negros incendiaban ya las plantaciones. No pudiendo calmar su furor, traté de salvar lo que quedaba de tu familia. Penetré en el fuerte por el tragaluz que yo ántes ha-

bia practicado confiando la nodriza á un negro que me era fiel. Apenas tuve tiempo para salvar á María. Los negros la rodeaban y la querian matar. Yo me presenté diciéndoles dejasen aquella venganza á mi cuidado; se retiraron, tomé á tu esposa entre mis brazos, y confiando el tierno niño á Rask, los traje á todos á esta caverna, cuya existencia yo solo conocia. Hermano, hé aquí mi crimen.

Penetrado cada vez más de remordimientos, quise arrojarme otra vez á los piés de Perico; pero me de túvo con aire ofendido.

—Vamos, ven,—dijo tomándome la mano;—toma á tu mujer y partámos los cinco.

Le pregunté con sorpresa adónde queria conducirnos.

—Al campo de los blancos,—me respondió;—allí estareis más seguros. Mañana al amanecer, los blancos deben atacar las tropas de Biassou, y el bosque será seguramente incendiado. No perdamos un solo momento, porque diez cabezas responden de la mia. Podemos apresurarnos porque tú eres libre, y debemos hacerlo porque yo no lo soy.

Estas palabras aumentaron mi sorpresa y le pedí su explicacion.

—¿No has oido decir que Bug-Jargal estaba prisionero?—dijo con impaciencia.

—Sí; pero tú, ¿qué tienes de comun con Bug-Jargal?

—Bug-Jargal soy yo,—respondió gravemente.

XLVII.

Estaba acostumbrado á la sorpresa en todo cuanto se referia á aquel hombre; pero ésta creció de todo punto al ver al esclavo convertirse de repente en rey africano desde el principio de su relato. Ahora llegó á su colmo al reconocer en él al temible y magnánimo Bug-Jargal, jefe de los sublevados de Morne Rouge, y comprendí la causa del respeto que le tributaban todos los rebeldes, hasta el mismo Biassou.

En cuanto á él, pareció no apercibirse de la impresion que sus últimas palabras me habian producido.

—Me dijeron,—repuso,—que estabas prisionero en el campo de Biassou; entónces fui para salvarte.

—¿Por qué me decias ahora poco que no eras libre?

Me miró como si tratase de adivinar el objeto de mi pregunta.

—Escucha,—me dijo.—Esta mañana aún estaba prisionero entre los tuyos, cuando oí decir que Biassou habia dispuesto hacer morir á un jóven capitan llamado Leopoldo de Auverney. Entónces reforzaron la guardia que me custodiaba y supe que mi ejecucion seguiria á la tuya, y que, en caso de evasion, diez de mis camaradas sufririan la pena en mi lugar. Ya ves que debo darme prisa.

Le detuve aún.

—¿Te has escapado?—le pregunté.

—¿Y cómo estaría aquí sinó? Era preciso salvarte; ¿no te debo la vida? Vamos, sígueme. Estamos á una hora del campo de los blancos y á otra del campo de Biassou. Mira, la sombra de los cocoteros se alarga y su cabeza redonda aparece sobre la hierba como el huevo enorme del condor; ántes de tres horas el sol se habrá puesto. Ven, hermano; el tiempo urge.

«Dentro de tres horas, el sol se habrá puesto.»

Aquellas palabras tan sencillas me helaron como una aparicion fúnebre, porque me recordaban la promesa fatal que habia hecho á Biassou. Al ver de nuevo á María, no habia vuelto á pensar en nuestra eterna y próxima separacion; tantas emociones me habian quitado la memoria, y habia olvidado mi muerte en medio de mi felicidad. Las palabras de mi amigo me sumergieron de nuevo en el infortunio.

«Dentro de tres horas, el sol se habrá puesto.»

Necesitaba una hora para volver al campo de Biassou... Mi deber estaba prescrito imperiosamente; el bandido tenía mi palabra, y más valia morir que dar á este bárbaro el derecho de despreciar mi honor. La alternativa era terrible; elegí lo que debia elegir; pero, lo confieso, titubée un instante.

XLVIII.

Arrojé un suspiro, cogí de una mano á Bug-Jargal y de la otra á mi pobre María, que observaba con ansiedad la nube siniestra repartida por todas mis facciones.

—Bug-Jargal,—dije haciendo un esfuerzo,—te confío el único sér en el mundo á quien amo más que á tí, á María. Volved al campo sin mí, porque yo no puedo seguiros.

—¡Dios mio!—exclamó respirando apénas.—¿Qué nueva desgracia nos amenaza?

Bug-Jargal se estremeció. Una sorpresa dolorosa se pintó en sus ojos.

—Hermano, ¿qué dices?

El terror que oprimía á María á la sola idea de una desgracia, que su previsora ternura parecía adivinar, me obligó á ocultarla la realidad y á evitarla una despedida desgarradora. Me incliné al oído de Bug-Jargal y le dije en voz baja:

—Soy prisionero: he jurado á Biassou volver á ponerme entre sus manos dos horas ántes de anochecer: he prometido morir.

Brincó de furor; su voz era espantosa.

—¡Monstruo! Hé aquí por qué quiso hablarte en se-

creto, para arrancarte esa palabra. He debido desconfiar de ese miserable. ¿Cómo no he previsto alguna perfidia?

—¿Qué es eso? ¿qué perfidia? ¿qué promesa?—preguntó María sobresaltada;—¿quién es ese Biassou?

—¡Calla, calla!—repetía yo á Bug-Jargal,—no la alarmemos.

—Bien,—me contestó con tono sombrío.—Pero ¿por qué has consentido en esa promesa? ¿por qué la has dado?

—Te creía ingrato, creía á María perdida para mí. ¿Qué me importaba la vida?

—Pero una promesa semejante no te puede obligar con ese bandido.

—He dado mi palabra de honor.

Pareció que quería comprender lo que yo quería decir.

—¡Tu palabra de honor! ¿y qué es eso? ¿Habeis bebido en la misma copa? ¿Habeis roto juntos algun anillo ó una rama de árbol?

—No.

—Pues bien; entónces ¿qué te puede obligar?

—Mi honor.

—No sé lo que eso significa. Nada te compromete con Biassou; ven con nosotros.

—No puedo, hermano, he dado mi palabra.

—No, tú no has prometido nada,—exclamó con energía.

Despues levantando la voz, añadió:

—Hermana, unid vuestros ruegos á los míos; impedid á vuestro esposo que nos abandone; quiere volver al campo de los negros de donde le he sacado, á pretexto de que ha prometido volver á su jefe Biassou.

—¿Qué haces?—grité.

Era ya demasiado tarde para prevenir el efecto de aquel movimiento generoso que le llevaba á implorar por la vida de su rival, el auxilio de la que amaba. María se precipitó en mis brazos, arrojando un grito de desesperacion; rodeó mi cuello con los suyos, y se dejó caer sin fuerza y casi sin aliento.

—¡Oh!—murmuró penosamente; —¿qué dices, Leopoldo mio? ¿No es verdad que me engaña y que no quieres dejarme en el momento en que acabamos de reunirnos? Responde, responde pronto ó me muero. Tú no tienes derecho de dar tu vida, porque es dar la mia; tú no querrás separarte de mí para no volvernos á ver jamás.

—María,—repuse,—no lo creo así; voy, en efecto, á dejarte; es preciso; pero nos volveremos á ver en otra parte.

—¿Dónde?

—En el cielo,—respondí,—no pudiendo engañar á aquel ángel.

Volvió á desmayarse, pero esta vez fué de dolor. El tiempo urgía; mi resolucion estaba tomada. Deposité á mi esposa en los brazos de Bug-Jargal, cuyos ojos estaban inundados de lágrimas.

—¿Nada puede detenerte?—me dijo.—Nada añadiré yo. ¿Cómo puedes resistir á los ruegos de *María*? Por una sola palabra de las que te ha dicho, yo la hubiera sacrificado un mundo, y tú no la quieres sacrificar tu palabra de honor.

—¡El honor!—le respondí.—Adios, Bug-Jargal; adios, hermano.

Bug-Jargal permaneció pensativo.

—Hermano,—me dijo despues;—en el campo de los

blancos hay uno de tus parientes; le entregaré á María. En cuanto á mí...

Se detuvo un momento, y señaló á un pico, cuyo vértice dominaba aquellos contornos.

—¿Ves aquella roca? Cuando aparezca en ella la señal anunciando tu muerte, el ruido de la mía no tardará en dejarse oír. Adios.

Sin detenerme por el oscuro sentido de aquellas palabras, le abracé; deposité un beso sobre la pálida frente de María, que gracias á los cuidados de la nodriza parecia recobar el uso de los sentidos, y hui precipitadamente, temiendo que su primera mirada, su primer suspiro, me robasen el valor y la fuerza que necesitaba.

XLIX.

Huí, y me interné en el profundo bosque siguiendo las huellas que habíamos ántes dejado, sin atreverme á mirar á mi alrededor. Para desechar los pensamientos que me acosaban, corrí sin descanso por las sábanas y colinas, hasta que por fin, desde la cresta de una roca apareció á mis ojos el campo de Biassou, con sus filas de ajoupas y su hormiguero de negros.

Allí me detuve; tocaba en el término de mi carrera y de mi existencia.

La fatiga y la emoción gastaron mis fuerzas; me apoyé contra un árbol para no caer, y dejé correr mis ojos sobre el cuadro que se desarrollaba á mis piés en la sábana fatal. Hasta aquel momento creí haber gustado todas las copas de hiel y amargura; pero aún no conocía la más cruel de todas las desgracias; la de ser impelido por una fuerza moral, más poderosa que los acontecimientos, y renunciar voluntariamente á la vida siendo feliz y colmado de ventura.

Algunas horas ántes, ¿qué me importaba estar en el mundo? Yo no vivía, la desesperación extremada es una especie de muerte que hace desear la verdadera.

Però yo había salido de esta desesperación; María me había sido devuelta, mi felicidad había resucitado, por decirlo así; mi pasado era mi porvenir, y todos mis

sueños eclipsados habian reaparecido más seductores que nunca; la vida, en fin, una vida de juventud, de amor y de encanto, se habia desplegado radiante delante de mí en un inmenso horizonte. Todo me instaba á gozar de esta vida; ningun obstáculo material lo impedía. ~

Era libre, era dichoso; sin embargo, era preciso morir. No habia hecho más que dar un paso en aquel Eden, y no sé qué debèr me impelia á un suplicio. La muerte es muy poco para una alma dolorida, helada por la adversidad; ¡pero qué fria parece cuando cae sobre un corazon reanimado por los goces de la existencia!

Yo lo experimenté; yo habia salido un momento del sepulcro; yo me habia embriagado en este corto momento con lo que hay de más celestial sobre la tierra; el amor, la amistad y la libertad, y ahora era forzoso bajar bruscamente á la tumba.

Una especie de rabia se apoderó de mí; me interné á pasos precipitados en el valle; sentía la necesidad de abreviar.

Me presenté en los puestos avanzados de los negros, que se manifestaron sorprendidos y rehusaron admitirme. Cosa extraña; hasta tuve que emplear los ruegos. Entónces, dos de ellos se apoderaron de mí y me condujeron delante de Biassou. Entré en la gruta de este jefe; en aquel momento se ocupaba en hacer jugar los resortes de algunos instrumentos de tortura que tenía á su lado. Al ruido producido por los guardias cuando me introdujeron, volvió la cabeza. Mi presencia no pareció sorprenderle.

—Mira,—me dijo señalando al horrible aparato que le rodeaba.

Permanecí tranquilo; ya conocía la crueldad del *héroe de la humanidad* y estaba determinado á arrostarlo todo sin palidecer.

—¿No es verdad,—dijo con su sonrisa sardónica,—que Leogri ha sido muy dichoso en no ser más que ahorcado?

Le miré sin responder y con el más frío desden.

—Llamad al señor capellan,—dijo á un ayudante de campo que se presentó á una señal suya.

Quedamos un momento silenciosos mirándonos frente á frente. Yo observaba, él me acechaba. En aquel momento entró Rigaud; parecia agitado y habló en voz baja al generalísimo.

—Que se reúnan inmediatamente todos los jefes del ejército,—dijo Biassou con completa calma.

Un cuarto de hora despues, todos los jefes vestidos con sus extraños uniformes, estaban reunidos delante de la gruta. Biassou se levantó.

—Escuchad, amigos míos; los blancos piensan atacarnos aquí, mañana al amanecer. Nuestra posicion es desventajosa y debemos abandonarla. Pongámonos en marcha en cuanto se oculte el sol y ganemos la frontera española. Macaya, vos ireis de vanguardia con vuestros negros marrones.—Padrejau, clavad las piezas de artillería para que no se empleen contra nosotros. Los bravos de la Cruz de los Ramos irán despues; seguirán los negros de Leogane y de Trou mandados por Toussaint. Si los griotes y griotas hacen el menor ruido, que tengan en cuenta al verdugo del ejército. El teniente coronel Cloud distribuirá los fusiles desembarcados en el Cabo Cabron y conducirá los mestizos libres por los senderos de la Vista.—Que degüellen á los prisioneros, si los hay; que se marquen las balas y que se envenenen las flechas. Que se arrojen tres toneles de arsénico en el manantial de donde se ha sacado el agua para el campamento; los coloniales creerán que es azúcar y beberán sin desconfianza. Las tropas del Limbé, de Dondon y de Acul marcharán cerca de las de Cloud y Toussaint.—Obstruid todas las avenidas de la sábana, incendiad las florestas;

Rigaud, vos permaneceréis cerca de mí.—Caudi, reunid mi guardia para que me sirva de escolta.—Los negros del Morne-Rouge formarán la retaguardia y no abandonarán la sábana hasta el sol levante.

Se dirigió á Rigaud, y le dijo en voz baja:

—Estos son los negros de Bug-Jargal; de este modo podrán aplastarlos aquí. Muerta la tropa, se acabó el jefe.

Después volviéndose, añadió:

—Id, hermanos. Candi os distribuirá el santo y seña.

Los jefes se retiraron.

—General,—dijo Rigaud,—hay que enviar á su destino el despacho de Juan Francisco. Nuestros negocios van mal, y de este modo tal vez detengamos á los blancos.

Biassou le sacó precipitadamente de su bolsillo.

—¡Me lo haceis recordar! pero hay en él tantas faltas de gramática, como dicen ellos, que se reirán.

Y me presentó el papel.

—Escucha otra vez: ¿quieres salvar tu vida? Mi bondad lo pide otra vez á tu obstinación. Ayúdame á rehacer esta carta; yo te dictaré mis ideas y tú las escribirás al *estilo blanco*.

Hice una señal negativa con la cabeza.

—Reflexiona bien.

Y con su mirada parecía querer dirigir la mía sobre los aparatos de verdugo con que jugueteaba.

—Por lo mismo que he reflexionado,—le dije,—es por lo que rehusó. Creo que temes por tí y por los tuyos, y cuentas con tu carta á la asamblea para retardar la marcha y la venganza de los blancos. No quiero una vida que ha de servir para salvar la tuya. Puedes disponer mi suplicio.

—Haces bien,—replicó Biassou, rechazando con el pié los instrumentos de tortura. —Parece que te familiarizas con esto y lo siento; quisiera que lo ensayasas, pero tengo prisa; mi posición es mala. Haces bien, repito, porque tu servicio no te hubiera librado de la muerte. No es hombre Biassou capaz de dejar la vida á quien posee un secreto suyo, y además, he prometido tu muerte al señor capellan.

Y señaló al obi que entraba en aquel momento.

—Buen padre, ¿está dispuesta vuestra escuadra?

El obi hizo una señal afirmativa con la cabeza.

—¿Habeis elegido para formarla negros del Morne-Rouge? Esos son los únicos que no tienen prisa en disponerse para la marcha, pues irán los últimos.

El obi volvió á hacer la misma señal afirmativa.

Biassou me mostró entonces con el dedo la gran bandera negra que yo habia observado en uno de los trofeos de la gruta.

—Esta es la que debe advertir á los tuyos el momento en que pueden dar tus charreteras á tu teniente. Y á propósito, puesto que vienes de pasearte, ¿cómo has encontrado los alrededores?

—He notado, —respondí friamente, — que hay bastantes árboles para ahorcarte á tí y á todos los tuyos.

—Pues hay además, —respondió él con su sonrisa de hiena, — un sitio que sin duda no has visto y que el buen padre capellan se encargará de enseñartè. Adios, capitán; da á Leogri las buenas noches de mi parte.

Me saludó con aquella risa que me recordaba el ruido de las serpientes de cascabel, hizo un gesto, me volvió la espalda y los negros me llevaron. El encubierto obi nos acompañaba con el rosario en la mano.



LI.

Marché en medio de ellos sin hacer resistencia; verdad es que hubiera sido inútil. Subimos á la cresta de un monte situado al Oeste de la sábana, donde descansamos un instante; allí arrojé una mirada sobre el sol poniente, que ya no debía volver á ver salir.

Mis guías se levantaron: yo les seguí.

Bajamos á un pequeño valle que en otra ocasion habia embargado mi ánimo: un torrente le atravesaba, y venía á desaguar en uno de aquellos lagos azules que tanto abundan en el interior de Santo Domingo.

¡Cuántas veces, en tiempos más dichosos, me habia sentado sobre el borde de aquellos hermosos lagos á la hora del crepúsculo cuando cambian su azul en una superficie de plata al reflejo de las primeras estrellas de la noche!

¡Qué bello me pareció aquel valle donde se veian los plátanos en flor, de una fuerza y altura prodigiosas; la palmera *mauritia*, que bajo su sombra excluye toda clase de vegetacion; los datileros, las magnolias con sus largos cálices!... llevaban sobre todos los puntos de aquel suelo vírgen su perfume primitivo como el que debió respirar el primer hombre en las primeras rosas del Eden!

Entre tanto marchábamos á lo largo de un sendero trazado sobre el borde del torrente. Quedé sorprendido al ver aquel sendero concluir bruscamente al pié de una roca cortada á pico, debajo de la cual vi una abertura en forma de arco, por donde se escapaba el torrente. Un ruido sordo y un viento impetuoso salian de aquel arco natural. Los negros tomaron á la izquierda un camino tortuoso y desigual que parecia haber sido practicado por las aguas de un torrente desecado hacia ya mucho tiempo. Un ruido parecido al del arco del valle se oia debajo de una bóveda que encontramos al final del camino. Los negros me condujeron debajo de dicha bóveda, y en el momento de dar en el subterráneo el primer paso, el obi se acercó á mi y me dijo con voz extraña:

—Mira lo que tengo que predecirte: uno de nosotros volverá únicamente por esta bóveda y pasará por este camino.

Desdeñé responderle, y avanzamos en la oscuridad. El ruido aumentaba por momentos, hasta el punto de no percibirse él de nuestros pasos. Juzgué que debia ser producido por una caída de agua: no me engañé.

Despues de diez minutos de marcha en medio de aquellas tinieblas, llegamos á una especie de plataforma interior formada por la naturaleza en el mismo centro de la montaña. La mayor parte de ella estaba inundada por el torrente, que arrojaba las aguas del monte con un ruido espantoso. Encima de esta sala subterránea formaba la bóveda una especie de media naranja cubierta de musgo amarillento. La bóveda estaba atravesada en casi toda su longitud por una especie de claraboya por donde penetraba la luz del dia,

y cuyo borde estaba coronado de arbustos verdes, dorados en aquellos momentos por los rayos del sol. Al extremo norte de la plataforma el torrente desaparecía con estrépito en un abismo, en cuyo fondo parecía flotar la vaga claridad que penetraba por la claraboya. Sobre el abismo se inclinaba el tronco de un árbol añoso, cuyas ramas más altas se mezclaban con la espuma de la cascada, y cuyo pié nudoso salía de la roca á uno ó dos piés debajo del borde. Este árbol, bañando así á la vez en el torrente su cresta y su raíz, que se proyectaba sobre el abismo como un brazo descarnado, estaba tan despejado de follaje que no se sabía su especie. Ofrecía además un fenómeno singular: la humedad que impregnaba sus raíces le impedía morir, mientras que la violencia de la catarata le arrancaba sucesivamente sus nuevas ramas obligándole á conservar eternamente las mismas.

LII.

Los negros se detuvieron en aquel sitio terrible, y conocí que era el destinado para mi muerte. Entónces á la vista de aquel abismo, en el cual me precipitaba casi voluntariamente, la imágen de la felicidad á que habia renunciado pocas horas ántes volvió á asaltar-me como un remordimiento. Todo ruego era indigno de mí; pero una queja se escapó de mi pecho.

—Amigos,—dije á los negros que me rodeaban:—¿sabéis que es muy triste morir á los veinte años, lleno de fuerza y de vida, cuando uno es correspondido de quien ama, y deja detras ojos que no cesarán de llorar hasta que se cierran?

Una risa burlona acogió esta queja por parte del obi misterioso, que se acercó bruscamente.

—¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¿Conque sientes la vida? ¡Alabado sea Dios! Temia que no tuvieses miedo á la muerte.

Aquella voz era la misma que muchas veces me habia hecho perderme en conjeturas.

—¡Miserable!—le dije,—¿quién eres?

—Vas á saberlo,—me dijo con voz terrible.

Apartó el sol de plata que cubria su negro pecho.

—¡Miral!—exclamó.

Me acerqué á él. Dos nombres aparecían grabados sobre el velludo seno con letras blanquecinas, marcas indelebles impresas con un hierro ardiente en el pecho de los esclavos. Uno de aquellos nombres era *Effighan*; el otro, el de mi tío y mío, *Auverney*. Quedé mudo de sorpresa.

—Y bien, Leopoldo de Auverney,—me dijo el obi:—¿tu nombre no te dice el mío?

—No,—respondí aturdido, oyéndome llamar por aquel hombre, y tratando de reunir mis recuerdos.—Esos son dos nombres que nunca se reunieron sino sobre el pecho de un bufon... Pero el infeliz ha muerto, y por otra parte nos era fiel. Tú no puedes ser Habibrad.

—¡El mismo soy!—exclamó con voz de trueno.

Y levantando la gorra, arrancó su velo. El deforme rostro del enano de mi casa se ofreció á mi vista; pero no con el aspecto de loca alegría que le era habitual, sino con una expresion siniestra y amenazadora.

—¡Gran Dios!—exclamé lleno de estupor:—¡los muertos se aparecen! ¡Es Habibrad, el bufon de mi tío!

El enano acarició con su mano el mango de su puñal, y dijo sordamente:

—¡Su bufon... y su asesino!

Retrocedí lleno de horror.

—¡Su asesino!... ¡Infamel! ¿Es así como has pagado sus bondades?

—¿Sus bondades?—me interrumpió:—di más bien sus ultrajes.

—¡Cómo! ¡Eres tú quien le ha asesinado!

—Yo,—respondió con una expresion horrible.—Yo le hundi el cuchillo tan profundamente en el corazón,

que no tuvo tiempo para salir del sueño sino para entrar en la muerte. Sólo pudo gritar débilmente: «¡A mi, Habibrad!...» ¡Oh, sí, yo estaba sobre él!

Su atroz relato, su horrible sangre fría me indignaron.

—¡Desgraciado! ¡cobarde, asesino! ¿Cómo pudiste olvidar los favores que solo á ti te concedía? ¡Tú, que comías cerca de su mesa, que dormías cerca de su lecho!...

—¡Como un perro!—interrumpió bruscamente Habibrad.—No me acordé de tales favores, que en realidad sólo son afrentas, sino para recordarlos como tales afrentas. Me vengué de él, como voy á vengarme de tí. Escucha: ¿crees que porque soy mulato, enano y deforme no soy un hombre? Pues yo tengo un alma, y un alma más profunda y más fuerte que la que voy á librar á tu débil cuerpo de mujerzuela. Yo fui regalado á tu tío como un mueble; yo le servía en sus pasatiempos; yo distraía su mal humor. Dices que me amaba, que tenía un sitio en su corazón; sí, entre sugato y su papagayo. ¡Yo me he elegido otro con la punta de mi puñal!

Escuchaba mudo y helado de espanto á aquel sér detestable.

—Sí,—continuó,—sí, soy yo, mírame bien cara á cara, Leopoldo de Auvernay. Bastante te has reído de mí, ahora te toca llorar. ¿Te acuerdas de la vergonzosa predilección de tu tío por el que llamaba su bufón? ¡Qué predilección, buen Giu! Si entraba en vuestros salones, mil risas desdeñosas me acogían. Mi estatura, mis deformidades, mi rostro, mi traje irrisorio, hasta las enfermedades de mi deplorable naturaleza, todo se prestaba á las burlas de tu execrable tío y sus execra-

bles amigos. Y yo, ni aún callarme podía; era preciso mezclar mi risa á la risa de los demás. Responde, ¿crees que tales humillaciones sean un título de agradecimiento para una criatura humana? ¿Crees que no valgan por las miserias de otros esclavos, por el trabajo sin descanso, por los ardores del sol, por los collares de hierro y por el látigo de los mayores? ¿Crees que no bastan para hacer germinar en el corazón de un hombre un rencor ardiente, implacable, eterno como el estigma de infamia que ostenta mi pecho? ¡Oh! para haber sufrido tanto tiempo, pequeña ha sido mi venganza. ¡Qué no hubiera podido hacer sufrir á mi odioso tirano todos los tormentos que renacían para mí todos los días y á cada instante! ¡Por qué no habrá conocido ántes de morir la amargura del orgullo lastimado, y sentir las ardientes huellas que dejan las lágrimas de vergüenza y rabia sobre el rostro condenado á perpétua risa! ¡Es muy duro haber esperado la hora de vengarse y concluir sólo con una puñalada! ¡Y si al ménos hubiera sabido la mano que le hería! Pero estaba yo demasiado impaciente por oír su último estertor y hundí el cuchillo con tanta fuerza y rapidez, que murió sin reconocerme, y mi furor engañó mi venganza. Ahora, al ménos, será más completa. Me ves bien, ¿no es así? Es verdad que apenas podías reconocerme; siempre me has visto loco y alegre, y ahora nada impide á mi alma aparecer ante tus ojos como soy. Tú no conocías más que mi máscara: ¡mira mi rostro!

Estaba horrible.

—¡Monstruo! —exclamé,—te engañas; ¡todavía hay algo de burlesco en la atrocidad de tus facciones y en tu corazón!

—No hables de atrocidad,—interrumpió el enano.—
Acuérdate de las atrocidades de tu tío.

—¡Miserable!—repuse indignado;—si era cruel, tú tenías la culpa. Compadece la suerte de los infelices esclavos; ¿pues por qué abusabas de tu ascendiente sobre tu amo para impulsarle contra ellos? ¿Por qué no has tratado alguna vez de influir en su favor?

—Me hubiera librado muy bien. ¡Impedir yo que un blanco cometiese una atrocidad! ¡Yo le impulsaba, por el contrario, á redoblar los malos tratamientos para apresurar la hora de la rebelion, á fin de que el exceso trajese más pronto la venganza! Parece que perjudicaba á mis hermanos; al contrario, les servia mejor.

Quedé confundido ante tan profunda combinacion del odio.

—¿Te parece que no he sabido meditar y ejecutar?—
continuó diciendo el enano.—¿Qué te parece el bufon de tu tío? ¿Qué piensas de Habibrad?

—Acaba tu obra, dispon mi muerte; pero apresúrate,—le respondió.

El bufon, convertido en hiena, se puso á pasear de uno á otro lado de la plataforma, frotándose las manos.

—¿Y si no quiero apresurarme? ¿Y si quiero saborear á mi placer tus angustias? Mira; Biassou me debia mi parte de botin en el último saqueo; pero en cuanto te vi en el campo de los negros, le pedí tu vida y me la concedió. Ahora es mia y me divierto con ella. Pronto seguirás á esa cascada en el abismo, descuida; pero ántes quiero decirte que he descubierto el retiro donde vive oculta tu mujer, y he inspirado á Biassou la idea de incendiar el bosque, lo que á esta hora ya se habrá ejecutado. Tu familia queda extinguida. Tu

tio ha muerto por el hierro; tú vas á morir por el agua; tu esposa perecerá por el fuego.

—¡Miserable!—grité tratando de arrojarme sobre él.—Pero el enano se dirigió rápidamente á los negros.

—¡Cogedle, puesto que anticipa su última hora!

Entónces empezaron los negros á atarme en silencio con las cuerdas que llevaban. De repente creí oír los ladridos de un perro; pero tomé este ruido por la ilusión producida por el ruido de la cascada. Los negros concluyeron de atarme y me acercaron al abismo que me debía tragar. El enano, cruzado de brazos, me miraba con alegría triunfante. Levanté los ojos á la abertura para evitar su odiosa presencia y para ver el cielo otra vez más.

En aquel instante resonó un ladrido más fuerte y cercano; la enorme cabeza de Rask apareció en la abertura. El enano gritó: *Vamos*. Los negros se dispusieron á lanzarme en medio del abismo.

LIII.

—¡Camaradas!—gritó una voz atronadora.

Los negros se volvieron. Era Bug-Jargal. Estaba en pié al borde de la abertura; una pluma roja flotaba en su frente.

—¡Camaradas,—repitió,—deteneos!

Los negros se prosternaron.

—¡Yo soy Bug-Jargal!—añadió.

Los negros inclinaron sus frentes hasta la tierra, arrojando gritos cuya expresion era imposible distinguir.

—¡Desatad al prisionero!—gritó el jefe.

El enano pareció salir del estupor en que le habia sumergido la inesperada aparicion, y detuvo brusca-mente los brazos dispuestos á cortar mis ligaduras.

—¡Cómo! ¡Qué quiere decir esto!—exclamó.

Y levantando la cabeza hácia Bug-Jargal:

—Jefe del Morne-Rouge, ¿qué venís á hacer aquí?

—Vengo á mandar á mis hermanos,—respondió Bug-Jargal.

—Es verdad,—dijo el enano con rabia reconcentrada,—son negros del Morne-Rouge. Pero, ¿con qué derecho,—añadió alzando la voz,—disponeis de mi prisionero?

El jefe respondió:

—Yo soy Bug-Jargal.

Los negros volvieron á prosternarse inclinando sus frentes hasta el suelo.

—Bug-Jargal no puede deshacer lo que ha hecho Biassou,—replicó Habibrad.—Este blanco me pertenece y quiero que muera, y morirá. ¡Obedeced,—añadió dirigiéndose á los negros,—y arrojadle al abismo!

A la poderosa voz del obi, los negros se levantaron y dieron un paso hácia mí. Creí todo concluido.

—Desatad al prisionero, — volvió á gritar Bug-Jargal.

En un momento estuve libre; mi sorpresa igualaba á la rabia del obi, que quiso arrojarle sobre mí. Los negros le detuvieron.

—¡Cómo! ¡Miserables! ¡Rehusais obedecerme! ¡Desconocéis mi voz! ¿Por qué he perdido el tiempo hablando á este maldito? He debido arrojarle en seguida para que sirviera de pasto á los peces. Por querer una venganza completa, lo pierdo todo. Escuchad: si no me obedecéis, si no arrojais á ese maldito blanco en el torrente, os maldigo. ¡Vuestros cabellos se volverán blancos y los gusanos os devorarán vivos; vuestras piernas y brazos se retorcerán; vuestro aliento abrasará vuestra garganta como arena ardiente; moriréis en seguida, y despues de vuestra muerte vuestras almas serán condenadas por toda una eternidad!

Esta escena me producía un efecto singular. Solo de mi especie en aquella húmeda y oscura caverna, rodeado de negros parecidos á demonios, mirando á aquel abismo sin fondo y amenazado por el horrible enano, por aquel hechicero deforme, y protegido por el gran negro que se me aparecía por el único punto

por donde se veía el cielo, me parecía estar ante las puertas del infierno esperando la salvación ó la pérdida de mi alma, y asistir á una lucha tenaz entre mi buen ángel y mi mal genio. Los negros se mostraban atemorizados con las maldiciones del obi; éste quiso aprovecharse de su indecisión, y exclamó:

—¡Quiero que el blanco muera! ¡Obedeced!

Bug-Jargall replicó gravemente.

—¡Vivirá! Yo soy Bug-Jargal. Mi padre era rey y administraba justicia en el umbral de su puerta.

Los negros se prosternaron de nuevo. El jefe prosiguió:

—¡Hermanos, id y decidle á Biassou, que no despliegue sobre la montaña la bandera negra que debe anunciar á los blancos la muerte de este prisionero, porque este prisionero ha salvado la vida á Bug-Jargal, y Bug-Jargal quiere que viva.

Los negros se levantaron. Bug-Jargal desprendió la pluma roja de su cabeza y la arrojó en medio de ellos. El jefe del destacamento se cruzó de brazos en señal de respeto, y después la recogió del suelo. Luego salieron de allí sin pronunciar una sola palabra.

El obi desapareció al mismo tiempo en las tinieblas del camino subterráneo. Entonces fijé mis ojos sobre Bug-Jargal que á su vez me contemplaba con una singular expresión de reconocimiento y orgullo.

—Que Dios sea bendito,—dijo por fin;—todo se ha salvado. Hermano, vuelve por donde has venido y me encontrarás en el valle.

Me hizo una señal con la mano, y se retiró.

LIV.

Deseoso de llegar al sitio designado para saber por qué maravillosa ventura habia llegado mi salvador tan oportunamente, me dispuse á salir de la horrible caverna, donde sin embargo nuevos peligros me amenazaban. En el momento en que me dirigia á la galería subterránea, un obstáculo imprevisto me barrió el paso. Era Habibrad.

El rencoroso obi no habia seguido á los negros como yo habia creido; se habia ocultado detras de un pilar de rocas, esperando un momento más propicio para su venganza. Aquel momento habia llegado; el enano se apareció súbitamente y arrojó una carcajada. Yo estaba desarmado; un puñal brillaba en su mano; aquel puñal que le servia de crucifijo. A su vista retrocedí involuntariamente.

—¡Ah, ah! creias escapar, ¡maldito! pero el loco es ménos loco que tú. Estás en mi poder, y esta vez no te haré esperar. Tu amigo Bug-Jargal no te esperará en vano; irás á buscarle al valle; pero las aguas del torrente se encargarán de conducirte.

Diciendo esto, se precipitó sobre mí puñal en mano.

—¡Monstruo!—exclamé retrocediendo sobre la plata-

forma;—hace poco sólo eras un verdugo, ahora eres un asesino.

—¡Quiero vengarme!—replicó rechinando los dientes.

En aquel momento me encontraba sobre el borde del precipicio, cuando saltó sobre mí para darme una puñalada. Esquivé el golpe; el pié le faltó sobre el musgo resbaladizo de que estaban tapizadas las rocas húmedas, y rodó por la pendiente redondeada por las aguas.

—¡Mil demonios!—exclamó rugiendo de rabia.

Cayó en el abismo. El enano encontró en su caída la raíz del árbol que salía entre las hendiduras de las rocas de que os he hablado; sus vestidos se engancharon, y asiendo el salvador apoyo, se agarró con energía extraordinaria. Su gorro puntiagudo se desprendió de su cabeza, y tuvo que abandonar el puñal; esta arma de asesino y el tocado bullicioso de bufon, desaparecieron juntos en las profundidades de la catarata.

Habibrad, suspendido sobre el horrible abismo, trató de encaramarse á la plataforma; pero sus pequeños brazos no podían alcanzar á la arista de la plataforma, y sus uñas se rompían en esfuerzos impotentes para vencer la superficie viscosa de la roca. Aullaba de rabia. La menor sacudida de mi parte hubiera podido precipitarle, pero hubiera sido una cobardía, y no pensé en ello ni un momento. Esta moderación le extrañó. Agradeciendo al cielo la salvación que recibía de un modo tan inesperado, me decidí á abandonarlo á su suerte, é iba ya á salir de la habitación subterránea, cuando oí de repente la voz del enano, dolorosa y suplicante.

—¡Mi amor!—gritaba,—¡mi amor! no os vayais, por piedad. En nombre del buen *Giu* no permitais que

muera impenitente y culpable una criatura humana á quien podeis salvar! ¡Ah! las fuerzas me faltan, la rama se desliza y se dobla bajo mis manos; el peso de mi cuerpo me lleva, va á romperse!... ¡Ah! mi amo, el torrente nuge debajo de mí. En el santo nombre de Dios, tened lástima de vuestro pobre bufon. He sido muy criminal; pero ¿no probareis que los blancos valen más que los mulatos, que los amos valen más que los esclavos?

Me acerqué al precipicio casi conmovido, y la tenue luz que descendía por la abertura me mostraba sobre la repugnante faz del enano una expresion que nunca habia visto en ella; la del ruego y la angustia.

—Señor Leopoldo,—continuó, animado por el movimiento de piedad que se me habia escapado,—¿será posible que un sér humano vea á su semejante en una posicion tan horrible y no le socorra! ¡Ah! tendedme una mano, tirad de mí. Mi reconocimiento igualará á mis crímenes...

—¡Desgraciado!—le interrumpí,—¡no evokes ese recuerdo!

—¡Es para detestarlos, mi amo!—repuso.—¡Ah! sed generoso. ¡Yo desfallezco, yo caigo! ¡La mano, tendedme la mano, en nombre de vuestra madre!

Todo lo olvidé. Ya no era un enemigo, un traidor, un asesino; era un desgraciado á quien un pequeño esfuerzo de mi parte podia arrancar de una muerte horrible. Todo reproche, toda reconvencion hubiera sido inutil y ridicula en aquel momento; la necesidad de socorro era urgente. Me bajé, y arrodillándome sobre el borde, apoyé una de mis manos sobre el tronco del árbol, cuya raíz sostenia á Habibrad, y le tendi la otra... Apénas la tuvo á su alcance, la asió

con las suyas con una fuerza prodigiosa, y léjos de prestarse al movimiento de ascension que quise darle, sentí que trataba de arrastrarme con él al abismo. Si el tronco del árbol no me hubiese prestado sólido apoyo, infaliblemente me hubiera arrancado del borde, con la inesperada y violenta sacudida que me dió el miserable.

—¡Infame!—exclamé,—¿qué haces?

—Vengarme,—respondió con una carcajada infernal.—Por fin te tengo, imbécil; tú mismo te has entregado. Estabas en salvo y yo perdido; tú mismo te has metido en la boca del lobo. ¡Mi muerte es mi venganza! Estás cogido en el lazo; por fin voy á tener un compañero que llevar á los peces del lago.

—¡Ah traidor!—decia yo resistiéndome:—¿es así cómo recompensas el haber querido sacarte del peligro?

—Sí,—decia;—ya sé yo que hubiera podido salvarme contigo, pero prefiero que mueras conmigo. Mejor quiero tu muerte que mi vida. ¡Ven!

Al mismo tiempo, sus manos bronceadas y callosas se crispaban sobre la mia con esfuerzos poderosos; sus ojos despedían llamas; su boca arrojaba espuma; sus fuerzas, cuyo abandono deploraba un momento ántes, se habian aumentado con la rabia y el deseo de venganza; sus piés se apoyaban como dos palancas en las paredes perpendiculares de la roca, y se agitaba como un tigre sobre la raíz que le sujetaba por sus vestidos, sosteniéndole entónces á pesar suyo, porque hubiese querido romperlas para descargar todo el peso de su cuerpo y precipitarme más pronto. Algunas veces interrumpía sus esfuerzos para morder mi mano con furor. Parecia el horrible demonio de aque-

lla caverna buscando una presa para su palacio de abismos y tinieblas.

Afortunadamente, una de mis rodillas se había apoyado en una de las afranctuosidades de la roca; mi brazo se había adherido fuertemente al árbol, y luchaba contra los esfuerzos del enano con toda la energía que en semejantes momentos da el instinto de la conservación. De tiempo en tiempo, levantaba penosamente mi pecho y llamaba con todas mis fuerzas.

—¡Bug-Jargal!...

Pero la distancia y el ruido de la cascada no dejaban oír mi voz. Entre tanto, el enano, que no esperaba tanta resistencia, redoblaba sus furiosas sacudidas. Empezaba á perder mis fuerzas; una tirantez insoponible casi paralizaba mi brazo; mi vista se turbaba; zumbaban mis oídos; sentía crugir la raíz, próxima á romperse, y me parecía que el abismo se acercaba á mí.

Antes de abandonarme á la debilidad y á la desesperación, tenté un último llamamiento; reuní mis fuerzas agotadas, y grité otra vez más:

—¡Bug-Jargal!...

Un ladrido me respondió. Reconocí á Rask y volví los ojos. Bug-Jargal y su perro estaban al borde de la abertura. No sé si había oído mi voz, ó si volvía inquieto por mi tardanza.

—¡Mantente firme un momento!—gritó viendo el peligro que me amenazaba.

Habibrad, temiendo mi salvación, me gritaba por su parte arrojando por su boca espuma de furor:

—¡Ven!... ¡Ven!...

Y reunió, para concluir, todo el resto de su vigor sobrenatural. En aquel momento mi brazo fatigado

abandonó el árbol. Todo estaba concluido, cuando de repente sentí que me asian por detrás. Era Rask. A una señal de su amo saltó por la abertura á la plataforma, y me retenia con sus dientes por los faldones de mi casaca. Este socorro inesperado me salvó. Habibrad había agotado sus fuerzas en un último esfuerzo; yo reuní las mias para retirar mi mano de entre las suyas hasta conseguirlo; la raíz se rompió bajo su peso, y mientras que Rask me retiraba violentamente, el miserable enano se hundió en la espuma de la cascada, arrojándome una maldición que no entendí, y que cayó con él en el abismo.

Así murió el bufon de mi tío.

LV.

Aquella horrible lucha y su espantoso fin me habian anonadado.

Estaba sin fuerzas y casi sin conocimiento. La voz de Bug-Jargal me reanimó.

—¡Hermano!—me decia:—apresúrate á salir de ahí. Antes de media hora se habrá puesto el sol. Sigue á Rask: yo voy á esperarte allá abajo.

Aquellas palabras me infundieron esperanza y valor, y me levanté. El perro se internó rápidamente en la avenida subterránea; yo le seguia, sirviéndome su fuerte respiracion de guía en medio de la oscuridad.

Despues de algunos instantes la luz reapareció ante mis ojos: llegamos á la salida y respiré libremente.

Al salir de la húmeda y oscura bóveda me acordé de la prediccion del enano, cuando poco ántes entrá-bamos en ella:

—«Sólo uno de los dos volverá por este camino.»

Le habia engañado la esperanza; pero la profecía se habia realizado.

LVI.

Cuando llegué al valle encontré á Bug-Jargal y me arrojé en sus brazos. Apenas podía pronunciar una palabra, dominado por la emoción, y deseaba hacerle mil preguntas.

—Escucha,—me dijo:—tu mujer está en seguridad. La he llevado al campo de los blancos, á un pariente suyo que manda los puestos avanzados. Yo quería quedarme prisionero por temor de las diez cabezas de mis camaradas que responden de mí; pero he sabido que sus vidas no serán sacrificadas si la tuya se respetaba, y he venido á evitar tu suplicio. Biassou debe enarbolarse una bandera negra en lo alto de la montaña anunciando tu muerte. He corrido, Rask me ha guiado, y gracias al cielo he llegado á tiempo. Tú vivirás y yo también.

Y tendiéndome la mano, añadió:

—¿Estás contento?

Volví á estrecharle entre mis brazos, y le supliqué que no nos abandonase y se quedase conmigo entre los blancos, prometiéndole un grado en el ejército colonial. Al oír mi propuesta me interrumpió con aire enfadado:

—Hermano, ¿te he propuesto yo que te quedes entre los míos?

Guardé silencio, y él añadió con alegría:

—¡Vamos, apresúrate á ver y tranquilizar á tu esposa!

Esta proposición respondía á una necesidad apremiante de mi corazón: me levanté ébrio de felicidad y partimos. El negro conocía el camino y andaba delante de mí: Rask nos seguía. El sol había dejado de iluminar las rocas más elevadas del valle.

De repente un rojizo resplandor pasó por el horizonte. El negro se estremeció y estrechó mi mano.

—Escucha,—me dijo.

Al resplandor siguió un ruido sordo: la descarga de una pieza de artillería, que resonó en los valles prolongándose de eco en eco.

—Esa es la señal,—dijo el negro con voz sombría, y añadió:—es un cañonazo, ¿no es verdad?

Le respondí con una señal afirmativa de cabeza. En dos brincos se subió á una roca elevada: yo le seguí. Se cruzó de brazos y se sonrió tristemente.

—Mira,—me dijo.

Miré al sitio que me indicaba, y vi sobre un elevado pico la gran bandera negra. Después supe que Biasou, apresurando su marcha y creyéndome muerto, hizo enarbolar el estandarte ántes que volviese el destacamento que debía ejecutarme.

Bug-Jargal, en pié y con los brazos cruzados contemplaba la lúgubre bandera. De repente se volvió y bajó con presteza de la roca.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—exclamaba:—¡mis desgraciados compañeros!

De spues volviéndose á mí:

—¿Has oído el cañon?—me dijo.

—No,—respondí.

—Pues bien, hermano, esa es la señal. Ahora los conducen.

Dejó caer la cabeza sobre su pecho, y añadió al cabo de un instante:

—Hermano, ve á buscar á tu mujer; Rask te conducirá.

Silbó un aire africano, el perro empezó á agitar su cola y parecía querer dirigirse á cierto punto del valle. Bug-Jargal me cogió de la mano y procuró sonreírse, pero su sonrisa era convulsiva.

—Adios,—me dijo con voz animada.

Y se perdió entre los árboles que nos rodeaban. Yo quedé petrificado. Lo poco que comprendía en lo que acababa de tener lugar, me hacía temer nuevas desgracias. Rask, al ver desaparecer á su amo, se adelantó sobre el borde de la roca y aulló lastimeramente. Volvió bajando la cola; sus grandes ojos estaban húmedos; me miró con aire inquieto; despues volvió al lado por donde su amo había partido y aulló diferentes veces. Comprendí al pobre animal y sentí los mismos temores que él; di algunos pasos en la misma direccion, y entónces partió como una flecha siguiendo las huellas de Bug-Jargal. Pronto le perdí de vista aunque yo corría con todas mis fuerzas; pero el noble perro volvía en mi busca, y de este modo atravesamos muchos valles, franqueamos colinas cubiertas de bosques... ¡Por fin!...

La voz del capitán Auverney se hizo ininteligible al llegar á esta parte de su relato; una sombría desesperación se manifestó en todas sus facciones, y apenas pudo articular estas palabras:

—Prosigue, Tadeo, porque yo no tengo fuerzas para ello.

El viejo sargento estaba tan conmovido como su capitán, pero se dispuso á obedecerle.

—Con vuestro permiso... puesto que lo mandáis, mi capitán.

Y prosiguió el interrumpido relato en esta forma.

—Debo deciros, señores oficiales, que aunque Bug-Jargal, llamado también Perico, era un negro bondadoso, fuerte y valiente y el primer bravo del mundo, después de vos, mi capitán, yo estaba animado contra él, lo que no me perdonaré jamás, aunque mi capitán me lo haya perdonado. Cuando se anunció que vuestra muerte, mi capitán, tendría lugar en la tarde del segundo día, mi cólera se redobló, y con un verdadero placer infernal le anuncié al pobre negro, que él, ó á falta suya diez de sus compañeros, irían á haceros compañía, es decir, que serían fusilados á modo de represalias. Nada dijo; pero una hora después huyó de su prisión practicando un gran agujero.

Auverney hizo un gesto de impaciencia. Tadeo continuó:

—Corriente. Cuando se vió la bandera negra ondear sobre la montaña, como él no había vuelto, lo cual no nos extrañaba, se disparó el cañonazo de señal y fui encargado de conducir á los diez negros al sitio de la ejecución, llamado la Boca del Diablo Grande y lejano del campamento así como... en fin, es igual. Una vez allí mandé atarles, como es costumbre, y dispuse mis pelotones, cuando de repente veo salir del bosque al gran negro. Dejé caer los brazos con desaliento. Llegó á mí jadeando, y sin decir nada empezó á desatar á sus compatriotas. Entónces se empeñó una lu-

cha de generosidad entre los negros y él, y yo mismo, de ello me acuso, la hice cesar. En aquel instante, su perro... ¡pobre Rask! llegó y se abalanzó á mi cuello. ¡Ah! mi capitán, debió haberme tenido sujeto algunos momentos más; pero Perico hizo una señal y el pobre animal me dejó; Bug-Jargal no pudo impedir que fuese á tenderse á sus piés. Yo os creia muerto, mi capitán, y además estaba ciego de cólera. ¡Gritél...

El sargento extendió la mano, miró á su jefe y no pudo articular la palabra fatal.

—Bug-Jargal cayó.—Una bala rompió la pata á su perro... Desde entónces, señores oficiales, está cojo. En esto oí gemidos en el bosque vecino y entré en él: erais vos, mi capitán: una bala os habia alcanzado en el momento en que corríais á salvar al gran negro. Fuisteis conducido al campamento, Bug-Jargal habia muerto; pero curasteis de vuestra herida, gracias á los buenos cuidados de madame María.

El sargento se detuvo. Auverney repuso con voz solemne y dolorosa:

—¡Bug-Jargal habia muerto!

Tadeo bajó la cabeza.

—Sí,—dijo;— él me habia dejado la vida y yo fui quien le maté!

CONCLUSION.

Como los lectores, por regla general, tienen la costumbre de exigir reseñas definitivas sobre la suerte de los personajes por quienes se ha procurado interesarles, se han hecho investigaciones, con el deseo de satisfacer á esta costumbre, sobre el destino ulterior del capitán Leopoldo de Auverney, de su sargento y de su perro. El lector recordará que la sombría melancolía del capitán reconocía una doble causa, la muerte de Bug-Jargal y la pérdida de su querida María, la cual no se salvó del incendio del fuerte Galifet sino para perécer poco despues en el primer incendio de la ciudad del Cabo. Respecto al capitán, hé aquí lo que ha podido descubrirse respecto de su persona.

Al día siguiente de una gran batalla, ganada por las tropas de la república francesa sobre el ejército de Europa, el general de división M***, encargado del mando en jefe, estaba en su tienda solo y redactando, en vista de las notas de su jefe de Estado Mayor, el parte oficial que había que dirigir á la Convención, relativo á la victoria de la víspera. Un ayudante de campo vino á decirle que el representante del pueblo, comisionado cerca de él, deseaba hablarle. El general

aborrecia á aquella especie de embajadores con gorro colorado, que la Montaña diputaba á los campamentos para degradarlos y diezmarlos, delatores con diploma encargados por los verdugos de espiar á la gloria; pero hubiese sido peligroso rehusar la visita de uno de ellos, sobre todo despues de una victoria. El ídolo sangriento de aquella época gustaba de las víctimas ilustres, y los sacrificadores de la plaza de la Revolución estaban muy contentos cuando podian, de un golpe, derribar una cabeza y una corona, aunque fuese de espinas, como la de Luis XVI; de flores, como las de las jóvenes de Verdun, ó de laurel, como las de Custine y Andrés Chernier. El general mandó que pasase adelante el representante.

Despues de algunas felicitaciones frias y restrictivas sobre el reciente triunfo de las armas republicanas, el representante se acercó al general y le dijo á media voz:

—Ciudadano general, no es eso todo; no basta vencer á los enemigos de fuera; es preciso exterminar tambien á los de dentro.

—¿Qué quereis decir, ciudadano representante?—preguntó sorprendido el general.

—Hay en vuestro ejército,—repuso misteriosamente el comisario de la Convencion,—un capitán llamado Leopoldo de Auverney, que sirve en la media brigada número 32. ¿Le conoceis, general?

—Sí por cierto,—replicó éste.—Precisamente en este momento estaba leyendo un informe del ayudante general, jefe de la media brigada núm. 32, referente á dicho capitán, que por cierto le honra mucho.

—¡Cómo, ciudadano general!—dijo el representante con altivez.—¿Le habeis dado algun grado?

—No puedo ocultaros, ciudadano representante, que tal era en efecto mi intencion.

El comisario interrumpió impetuosamente al general:

—La victoria os ciega, ciudadano general. Tened cuidado con lo que haceis y con lo que decis. Si abrigais en vuestro seno las serpientes enemigas del pueblo, temed que el pueblo os aplaste al aplastar á las serpientes. Ese Leopoldo de Auverney es un aristócrata, un contrarevolucionario, un realista, un liberalista, un girondino. La justicia pública le reclama; es preciso entregármele inmediatamente.

El general respondió con frialdad:

—No puedo.

—¿Cómo que no podeis?—exclamó el comisario, cuya cólera iba en aumento.—¿Ignorais, ciudadano general, que aquí no existe más poder ilimitado que el mio? ¿La república os manda y contestais que no podeis? Escuchadme: quiero, por condescendencia á vuestra victoria, leeros la nota que he recibido sobre ese Auverney, y que debo enviar al acusador público, juntamente con la persona á que se refiere. Escuchad:

«LEOPOLDO AUVERNEY (antes de *Auverney*), capitán en la media brigada núm. 32, convicto: *primo*, de haber contado en un conciliábulo de conspiradores una pretendida historia contrarevolucionaria, encaminada á ridiculizar los principios de libertad é igualdad, y á exaltar las antiguas supersticiones conocidas bajo los nombres de *monarquía* y *religion*; convicto, *secundo*, de haberse servido de expresiones reprobadas por todos los buenos descamisados para caracterizar diversos acontecimientos memorables, sobre todo la libertad de los ex-negros de Santo Domingo; convicto, *ter-*

lio, de haberse servido siempre de la palabra *señores* ó *caballeros* durante su relato y nunca de la de *ciudadanos*; y por fin, *cuarto*, de haber en dicha narracion conspirado abiertamente para derribar la república en provecho de la fraccion de girondinos y brisotistas. Merece la muerte.»

—Ahora bien, ciudadano general; ¿qué decis de todo esto? ¿Protegeréis todavía á semejante traidor? ¿Titubearéis en entregar al castigo á este enemigo de la patria?

—Este enemigo de la patria,—replicó el general con firmeza,—acaba de sacrificarse por ella. Al extracto de vuestro informe, responderé con un extracto del mio. Escuchad á vuestra vez:

«LEOPOLDO DE AUVERNEY, capitán en la media brigada núm. 32, ha decidido la nueva victoria obtenida por nuestras armas. Habiendo establecido los coaligados un formidable reducto, que era la clave de la batalla, se hacia preciso tomarle á toda costa. La muerte del valiente que fuera el primero en atacarle era segura, y el capitán Auverney se ofreció al sacrificio; tomó el reducto, fué muerto, y hemos vencido. El sargento Tadeo, de la misma media brigada número 32, y un perro, han sido encontrados muertos cerca de él. Proponemos á la Convencion nacional decreto, que el capitán Leopoldo de Auverney ha merecido bien de la patria.»

—Ya veis, ciudadano representante,—continuó el general tranquilamente,—la diferencia de nuestras misiones; ambos enviamos, cada uno por su lado, una lista á la Convencion, y en ellas se encuentra el mismo nombre. Vos le denunciáis como un traidor, yo como un héroe; vos le lanzáis á la ignominia, yo á la gloria;

vos quereis levantar un cadalso, yo un trofeo; cada uno su papel. Fortuna ha sido para el valiente, que ha escapado en una batalla á vuestro suplicio. A Dios gracias, el que quereis hacer morir, ha muerto ya. No ha querido esperaros.

El comisario, furioso al ver morir su conspiracion con su conspirador, murmuró entre dientes:

—¡Ha muerto! ¡Qué lástima!

El general lo oyó, y exclamó indignado:

—Todavía os queda un recurso, ciudadano representante del pueblo. Id á buscar el cuerpo del capitán Auverney entre los escombros del reducto. ¿Quién sabe? ¡Tal vez las balas enemigas hayan dejado la cabeza á la guillotina nacional!

FIN.

EL PERIÓDICO PARA TODOS

SEMANARIO ILUSTRADO

escrito por los Sres. **D. Manuel Fernandez y Gonzalez,**
D. Ramon Ortega y Frias, D. Torcuato Tarrago y
Mateos y D. Pedro Escamilla, con la colaboracion
de los primeros escritores de España.

Contiene novelas, artículos literarios, cuentos, anécdotas, chistes, charadas, geroglíficos, etc., llevando además en cada número una seccion de causas célebres y otra destinada exclusivamente á Ultramar.

Cada número consta de 48 grandes columnas, conteniendo por lo ménos tanta lectura como tres cuadernos de los que cuestan á **dos reales** cada uno, y lleva cuatro ó más grabados hechos expresamente para este periódico.

Precio: UN REAL cada número en toda España y **TRES** en Ultramar.

Se suscribe en casa de su editor **D. Jesús Gracia,** calle del **Olivar, G, principal, Madrid,** y los suscritores de provincias pueden hacerlo remitiendo libranza ó letra de fácil cobro.

Se publican 52 números cada año.

Los pedidos y reclamaciones se dirigirán á su editor D. Jesús Gracia, Olivar, G, principal derecha, Madrid.

EL GENIO DEL CRISTIANISMO

POR EL VIZCONDE DE CHATEAUBRIAND

SEGUNDA EDICION.

La universal importancia de esta magnífica obra, la primera en su género, no debemos encarecerla nosotros. El mundo cristiano, científico y literario la conoce; está traducida á todos los idiomas, y es el monumento más grande que la inteligencia humana ha levantado por sus bellezas y por sus incomparables cuadros. Cuando tan inmensa reputacion y popularidad ha adquirido, es inútil que nos esforcemos á demostrarlo. Basta el título de la obra y nombre del autor, gloria de la Francia y asombro de la Europa, para conocer lo que es la publicacion que ofrecemos.

PARTE MATERIAL.

Esta obra se compone de un abultado tomo de unas 600 páginas de apiñada lectura, ilustrada con cuatro láminas cromo-litográficas, y una preciosa portada. Su precio es el de

OCHO REALES EN TODA ESPAÑA.

Se remite franco de porte á vuelta de correo al que remita su importe en libranza ó letra de fácil cobro á su editor **D. Jesús Gracia, calle del Olivar, num. 6, principal, Madrid.**

Tambien se vende por medio de nuestros correspondientes sin aumento de precio.

Los pedidos y reclamaciones se dirigirán á su editor D. Jesús Gracia, Olivar, 6, principal derecha, Madrid.

OBRAS TERMINADAS.

	<u>Reales</u>
Historia de la guerra de Africa, un tomo.....	36
Dramas sangrientos, ó causas célebres, tres tomos..	100
La Vieja del Candilejo, dos tomos	40
Cuatro historias de amor, dos tomos.....	28
Amor de padre, dos tomos.....	36
Los hijos de familia, dos tomos	40
El Parnaso español	47
Memorias de un marido.....	52
El Corregidor de Almagro, por Fernandez y Gonzalez dos tomos	78
Los pordioseros de frac. por la baronesa de Wilson, un tomo de 206 páginas, con bellísima impresion.....	4
La hija martir, por Tárrago, un tomo.....	4
Arte de cocina, por D. Juan de Mata, cocinero en jefe y propietario del gran Hotel de Mata y del hotel de Juan de Mata, en Lisboa.....	12
Aventuras de tres mujeres, un tomo	4
Turcos y rusos, historia de la guerra de Oriente, tres tomos con infinidad de laminas	50
El génio del cristianismo, por Chateaubriand, un tomo	8
Los mártires, por el mismo, un tomo.....	8
El Doctor jorobado, un tomo.....	4
Pablo y Virginia, por Sain Picar, un tomo.....	4
El Barranco de las Animas, por Escamilla, un tomo	4
El Guardian de los Geronimos por el mismo un tomo	4
El Hijo del Ladron por Tárrago y Mateos un tomo	4
<p>EL PERIODICO PARA TODOS, Semanario ilustrado que se publica con cuatro ó mas grabados en cada número; precio de cada uno UN REAL, pagado en el acto de recibirlo</p> <p>Se hallan de venta en todas las librerias, ó bien dirigiéndose á su editor, D. Jesús Graciá, calle del Olivar, número 6, principal derecha. Madrid.</p>	